MUNDO HISPÁNICO



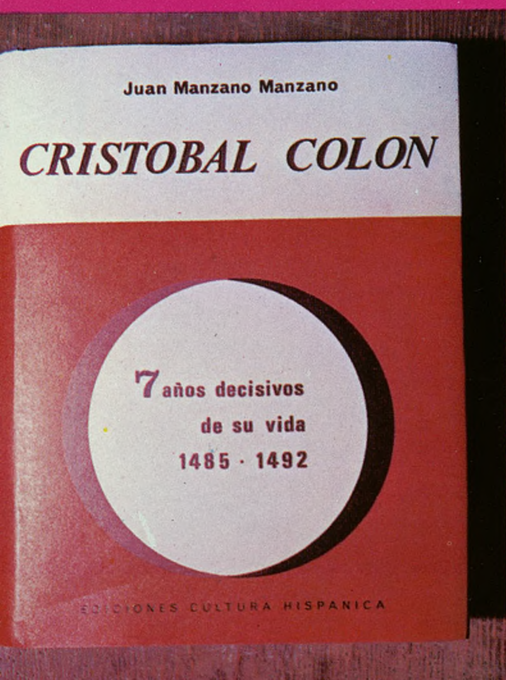
N.º 193
ABRIL
1 9 6 4
15 ptas.

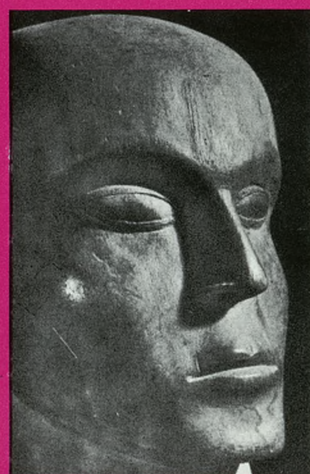
LA LENGUA ESPAÑOLA EN FILIPINAS
El premio Nadal para Colombia
FIN DE SEMANA CON LOPEZ IBOR
1564 - William Shakespeare - 1964

NUEVOS TITULOS DE

ediciones cultura hispanica

VENTA DE EJEMPLARES:
Avenida de los Reyes Católicos (Ciudad Universitaria) Madrid-3
DISTRIBUIDOR: E. I. S. A. - Oñate, 15 Madrid-20



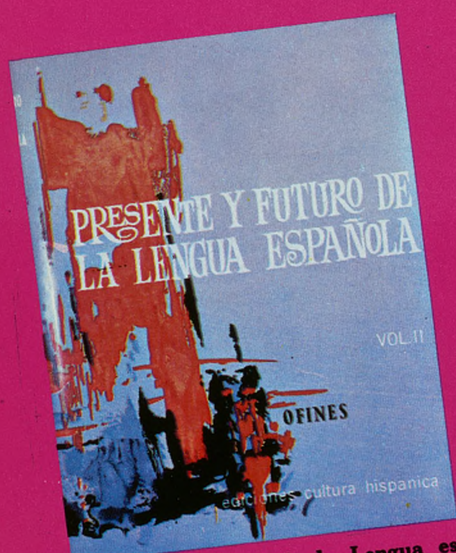




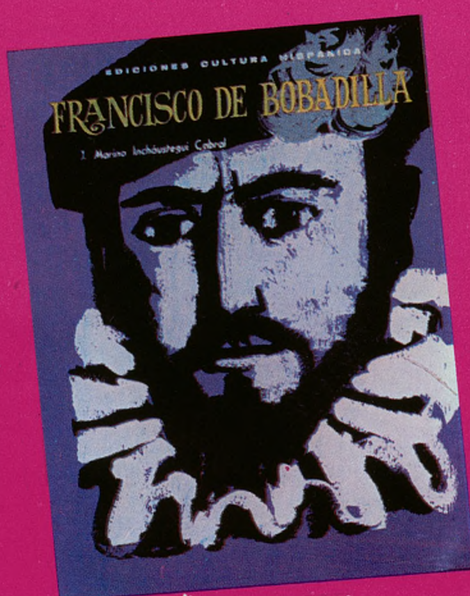


«Ex Votos de Brasil».
Por Blanchette Arnaud.
Ptas.: 350.

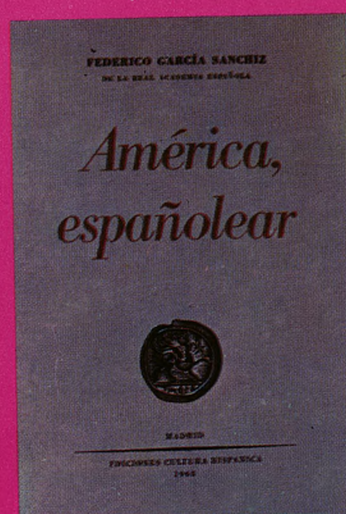
«Cristóbal Colón».
Por Juan Manzano.
Ptas.: 500.



«Presente y futuro de la Lengua española».
OFINES. Dos tomos.—Ptas.: 850.

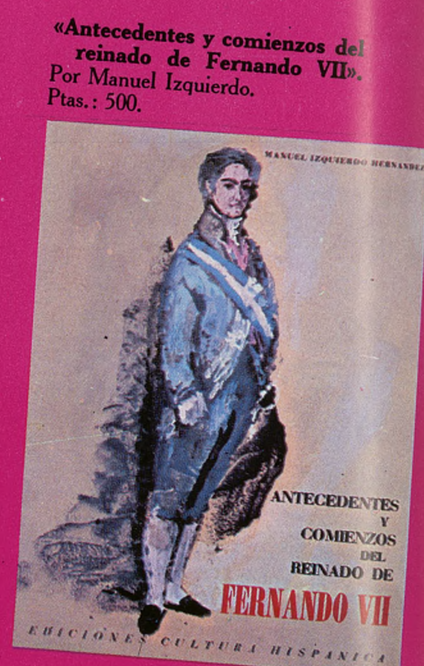


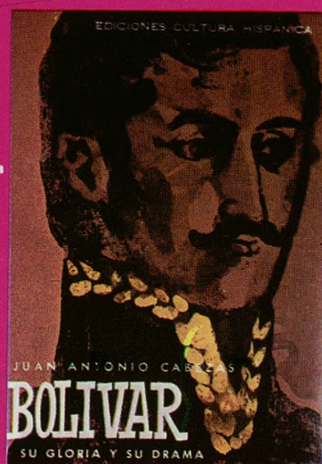
«Francisco de Bobadilla».
Por J. Marino Incháustegui.
Ptas.: 400.



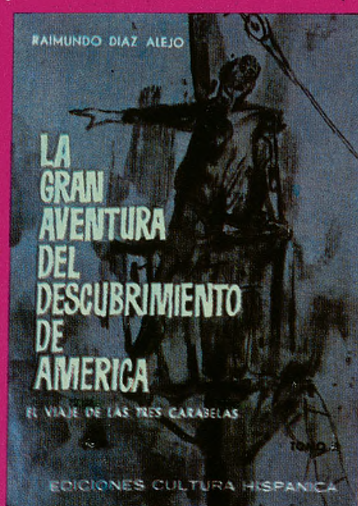
«América, españolear».
Por F. García Sanchiz.
Ptas.: 200.

«Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII».
Por Manuel Izquierdo.
Ptas.: 500.





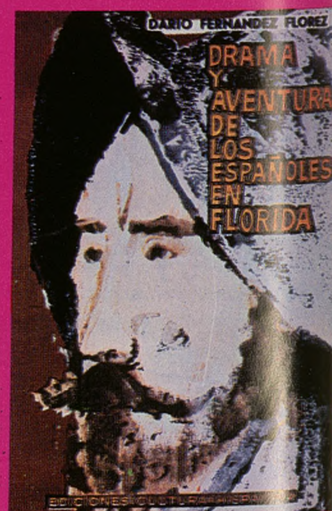
«Bolívar, su gloria y su drama».
Por J. A. Cabezas.
Ptas.: 25.



«La gran aventura del descubrimiento de América».
Por R. Díaz Alejo.
Ptas.: 50 (Dos tomos).



«La música y los músicos españoles en el siglo XX».
Por A. Fernández-Cid.
Ptas.: 25.



«Drama y aventura de los españoles en Florida».
Por D. Fernández Flórez.
Ptas.: 25.

193
ABRIL
1964
AÑO XVII

MUNDO HISPANICO

Director: FRANCISCO LEAL INSUA
Subdirector: JOSE GARCIA NIETO

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid (3)

TELEFONOS
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.)
Oñate, 15 - Madrid (20)

IMPRESO: EN LA FABRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE, LAS PAGINAS DE COLOR Y DE TIPOGRAFIA, Y EN H. FOURNIER, LAS DE HUECOGRABADO

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1964 NUMBER 193 ROIG. NEW YORK «MUNDO HISPANICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
ESPAÑA.—Semestre: 85 pesetas. Año: 160 pesetas. Dos años: 270 pesetas. Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S. Dos años: 8,50 dólares U. S. Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S. Dos años: 11,50 dólares U. S. Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 270 pesetas. Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas. Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

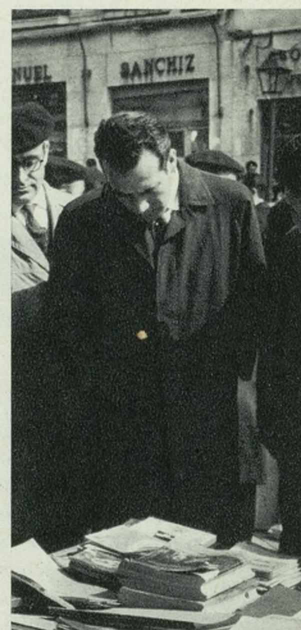
En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034 - 1958

sumario


O. F. I. N. E. S.


CIRCO


MEJIA VALLEJO


CURSO HISPANO-FILIPINO


ANALIA GADE

PERIODISTAS IBEROAMERICANOS





paz con vocación de futuro

LOS resultados de estos veinticinco años de paz española no se pueden juzgar con independencia del grado de adecuación histórica de la doctrina política que viene argumentando los despliegues de la tarea nacional. En este cuarto de siglo, la política española ha estado bien lejos de ser una fórmula de inercia o de inmovilismo conservador, pues precisamente lo que la prestigia es el dinamismo de su sistema de previsiones y la agilidad con que ha sabido acomodar sus planteamientos al cambiante sesgo de las coyunturas. Hay siempre un matiz de descrédito moral en la política que se caracteriza por un constante designio oportunista, pero en cambio no hay política válida si carece del don de la oportunidad, de la facultad urgente y certera de instrumentar sus propósitos con los recursos dialécticos y el utillaje técnico que cada hora demanda. Por eso, la gran virtud histórica del régimen español ha consistido en poner al servicio de un conjunto de dogmas nacionales inalterables un criterio de flexibilidad estratégica y de adaptabilidad circunstancial, sin el cual la política deriva hacia fórmulas de anacronismo y entra fatalmente en la vía muerta de las reiteraciones estériles, para acabar estrellándose contra un amargo gesto de desilusión colectiva. Parece que la faena de gobernar no dista demasiado de un empeño lúcido en fabricar sin pausa temas de ilusión comunitaria, mediante los cuales la vida del país vaya plasmándose, según esquemas de perfección, cuyo estimulante repertorio no se agote jamás.

Hay más que indicios de que el pueblo español ha estado buscando, a lo largo de muchos decenios, un género de ocupación trascendente que le permitiese despedirse de los niveles de mediocridad. Por eso, en el fondo de todas nuestras actitudes de negativismo latía un positivo anhelo de encontrar la eficaz convocatoria emocional y el incentivo de ideales y normas para una gran empresa de todos. Si nunca había sido sólidamente estable la paz entre nosotros, se debió a que no nos conformábamos con un tipo de sosiego epidérmico, que por fuerza había de ser un valor precario en una sociedad cargada de profundas razones de insatisfacción y de protesta. El pueblo español, tan penetrante y sensible hasta en sus capas más modestas, sabía bien que la paz asentada sobre seguras bases políticas tiene poco que ver con esos períodos infecundos en que el orden público se mantiene a duras penas a caballo de estrictas garantías de fuerza e intimidación.

Nacida el 1 de abril de 1939 como un brote cereal sobre una tierra probada en un largo castigo heroico, la paz española que ahora entra en la edad adulta de los veinticinco años venía a ofrecernos a todos la estupenda novedad de una tarea común, a cuyo bordo podían viajar las esperanzas colectivas más ambiciosas y audaces. En aquella primavera, escoltada por gentiles laureles espaderos, la paz española no se justificaba como un fin en sí misma, sino como una ancha vía por donde iban a transitar unos caudalosos afanes nacionales que no habrían de conformarse con metas fáciles ni con frutos efímeros. La ejemplaridad histórica de esta larga y sabrosa hogaza de paz con que se alimenta nuestra sostenida e irrefutable voluntad de convivencia, radica en que hemos sabido llenarla de sentido solidario, de tenacidad laboriosa y de vocación de futuro. Sobre todo, esto último: la hemos llenado de vocación de futuro. Pues la verdad es que la moderna historia de España, hasta el 1 de abril de 1939, encierra en sus páginas un clima angustioso, precisamente porque todas sus parcelas de paz, todos sus períodos de calma, tienen las fronteras amenazadas por un peligro de convulsión inminente. No me importa ser reiterativo si digo que España vivía, cuando le era posible, unas etapas de paz sin argumentos duraderos. Porque, arañando los débiles muros de aquella tranquilidad episódica, estaban las rivalidades de los clanes políticos, la insatisfacción de las masas, la crónica miseria de los humildes, la supervivencia de privilegios que constituían un ultraje social, la estrechez asfixiante de nuestros horizontes económicos.

La paz a palo seco no es un alimento cabal para el viejo anhelo de fruición civil de los paladares españoles. Para corresponder a nuestro apetito de plenitud y suficiencia históricas, había que darnos la paz acompañada con otras suculencias políticas. Bien podía un centroeuropeo, por muy gigantesco y universal poeta que fuese, decir aquello de «prefiero la injusticia al desorden». Pero habían de ser las promociones juveniles que preludiaron con su generosa impaciencia revolucionaria el gran estallido del 18 de julio, las que replicasen frontalmente a Goethe: «Nosotros preferimos el desorden a la injusticia.» En rigor, se trataba de dar a los españoles una paz de sustancia clásica, nutrida de armonía convivencial, de equidad distributiva, de aquiescencia unitaria; una paz, en fin, que estuviese equidistante de la injusticia y del desorden.

El caso es que a esto sólo se puede llegar por un camino. No importa que quienes manejan las viejas alegorías se empeñen en presentarnos la imagen de la paz con las gentiles plantas desnudas apoyadas en algún categórico símbolo bélico. Este cromo ya no es útil para inspirar conceptos modernos. Ahora sabemos todos que la paz vencedora del tiempo y de los azares históricos tiene que sostenerse, con airosa gravedad, sobre los hombros poderosos del pueblo. No puede ser hallada cimentación más firme y honesta para una arquitectura política que aspire a perdurar.

Estos veinticinco años de vida española que estamos contemplando con mirada abarcadora y rápida nos sitúan de cara a un progresivo fenómeno de implicación popular, desde planos representativos de canalización diversa, en los afanes de la política nacional. Es curioso que, mientras otros países acusan, con expresión sobresaltada, el creciente indiferentismo político de las masas, cada vez más inclinadas a dimitir su presencia en favor de líderes profesionalizados o de técnicos, España acuse vigorosamente el contraste de una politización popular que va en aumento y que cada vez opera en términos más decisivos sobre la configuración de las instituciones, las proyecciones del poder y las múltiples vías de representación. Quiere esto decir, sencillamente, que nuestro pueblo comienza a interesarse, de un modo masivo, sereno y responsable, en el justo momento en que advierte que la política se inviste con garantías de pulcritud y de auténtico desvelo por el destino de la sociedad, de acuerdo con aquel género de mandamientos que la define como acción prudente al servicio del bien común.

Quisiera señalar con algún relieve un hecho, algo lejano ya, que me parece muy revelador del nivel de directa penetración popular en las tareas políticas. Ya en 1957, las elecciones de enlaces de las juntas sociales y económicas de los sindicatos atrajeron a una masa de votantes de más de ocho millones de trabajadores. De entonces acá, cada convocatoria electoral ha tenido la virtud de suscitar movilizaciones populares más intensas, apremiadas por una conciencia de deber político, percibido con lucidez y aceptado con ejemplaridad.

La intención sustantiva de las diversas etapas de la evolución del régimen aparece dialécticamente unificada por el «ritornelo» casi obsesivo de un propósito de extensión del diálogo con el pueblo a través de las instituciones. Se quiere dotar jurídicamente ese diálogo, garantizar su sinceridad, propiciar la fertilidad de sus resultados. Lo que ocurre es que una política que se proponga objetivos verdaderamente fecundos no tiene por qué reducir las fórmulas de diálogo al puro verbalismo. Vivimos un tiempo en que las masas apremian al Poder para que se ejercite preferentemente en la dialéctica de la acción creadora. También para los pueblos con fina conciencia política la acción es la auténtica fiesta del alma. Por otra parte, no es nada difícil advertir que las etapas más gárrulas de nuestra historia política coinciden con los más desolados panoramas de decadencia. Nada vale más que la seguridad de que detrás, y como respaldo de una política, está la tensión muscular de todo un pueblo, pero también la ordenada, alegre y espontánea vibración de su espíritu, enrolado ilusionadamente en un esfuerzo de potenciación nacional. Poco se puede esperar de una política que amasa planes en sus laboratorios, concibe grandes despliegues teóricos, promueve apresurados arbitrismos técnicos, si junto al artilugio de las abstracciones no se encuentra el fuerte hombro popular que arrastra las piedras angulares, sitúa los bloques de la cimentación y labra la graciosa curva de las cúpulas. Es así como el pueblo pone su intervención más elocuente y afirmativa en el diálogo político. El ritmo de la herramienta, el talante de quien la manipula, incluso el grado de perfección de la obra, suelen ser el resultado de un estímulo ideal que la política acierta a provocar únicamente cuando se inspira en el anhelo más hondo, acucioso y legítimo del individuo.

Resulta interesante notar cómo, paralelamente a la acentuación de las características populares del régimen, ha ido modificándose y tornándose más realista la actitud de los países que—hace ahora veinticinco años—acogieron la victoria de Franco con un indisimulado gesto de contrariedad y recelo. A medida que nuestros acontecimientos domésticos se desarrollaban, las cancillerías y todo linaje de observadores iban percatándose de que la paz española era un bien seguro, una inconmovible conquista, sobre la que el pueblo, por primera vez identificado en la aceptación clamorosa de un ideal y un caudillaje, podría modelar el perfil de una vida inspirada en un canon autóctono de libertad humana, dignidad civil y social decoro. Los que más pronto y mejor nos comprendieron han sido, naturalmente, los países de nuestra estirpe. Nada significan los convencionales desmelenamientos de quienes en Hispanoamérica, dóciles a la exigencia electoral de la pasajera maniobra política, hubieron de adoptar un tono de hostilidad que cargaba mucho más en el radicalismo de las palabras volanderas que en el hondo sentir, refugiado en la conciencia y en los reductos cordiales.

Ciertas posiciones pasionales, tan propias del genio de la raza, no tardaron en ceder su ramalazo a favor de más serenos pronunciamientos, con los que se acataba la imprescriptible ley de la fraternidad de sangre y espíritu. Este tramo histórico de veinticinco años ha servido, de modo muy patente, para reafirmar las indisolubles ataduras de los vínculos del mundo hispánico sobre estipulaciones que han rebasado el mediocre territorio de la retórica tradicional para adentrarse en los ámbitos de una dilatada y fértil relación de cultura, comercio y diplomacia. Y es que nuestro amor familiar estaba pidiendo a gritos, desde hace tiempo, una congruencia de los hechos con las viejas palabras propiciatorias.

Hechos, acabamos de decir, y ahí está la clave de los últimos veinticinco años de vida española, en que la antigua frivolidad del juego político se convirtió a la artesana seriedad de un menester de creación, de edificación, también de fundación. Esta paz nuestra—sobre cuyas cosechas volveremos a hablar en sucesivos números de MUNDO HISPANICO, pues el tema es rico en sugestiones y perspectivas—no hemos querido que fuese un yermo amenazado por un cielo hosco, sino una parturienta tierra de sembradura, de la que han salido un nuevo orden jurídico, una firme vertebración institucional, un esperanzador proyecto de vida en común, un repertorio de diálogos para la convivencia, unos alumbramientos de riqueza, unas adquisiciones de universal prestigio, unos logros de bienestar social y unas posesiones de libertad, a los que no renunciaremos.

El futuro—su acento, su rumbo, su cariz y su gracia—está ya configurado en la entraña de estos veinticinco años de paz, que llaman hacia el horizonte inédito con una valerosa voz cargada de confianza.

Carlos RIVERO

HACIA UNA TAREA HISPANICA A FUERZA DE LATINA

por josé maría pemán

LA operación de amplios vuelos que con seria tenacidad, bien pronunciada y bien gesticulada, viene realizando el general De Gaulle en la política internacional, tiene, no cabe duda, los mil realismos, pragmatismos y urgencias que son inherentes a cualquier política, pero aloja, indudablemente, en su cogollo más profundo, una cierta e impresionante recuperación de los fueros de la inteligencia latina. Hace unos años era inverosímil una independencia de criterio y palabra como la que el general francés viene prodigando frente al dominio de lo sajón, que, por técnica y riqueza, se había impuesto al amenazado Occidente.

Esa independencia de una Francia renacida a su «grandeur» intelectual o moral ha tenido una dimensión oriental: reconocimiento de China, distensión hacia Moscú y posible viaje amistoso. Y se prepara a tener una dimensión occidental con el viaje a México y la renovada atención a los países de la América española.

Es natural y lógico que, en un primer plano, esto ponga en guardia a algunas mentes hispánicas de uno y otro lado del mar. Toda política tiene un plano primero, inmediato—economía, mercados, tratados, intercambios—, donde es inevitable la concurrencia vidriosa entre los diferentes países. Habrá puntos de fricción, y las manos de nuestros vecinos y las nuestras se encontrarán, sin duda, sobre el tapete verde del juego, disputándose «posturas» y «fichas». Pero al mismo tiempo me parece que sería vano y anacrónico que renacieran las disputas de principios de siglo sobre lo latino y lo hispánico en América, sobre afrancesamiento o casticismo. El mundo opera en estos momentos sobre volúmenes y zonas de influencias mucho mayores. Sin eliminar todas las competencias económicas concretas en torno a

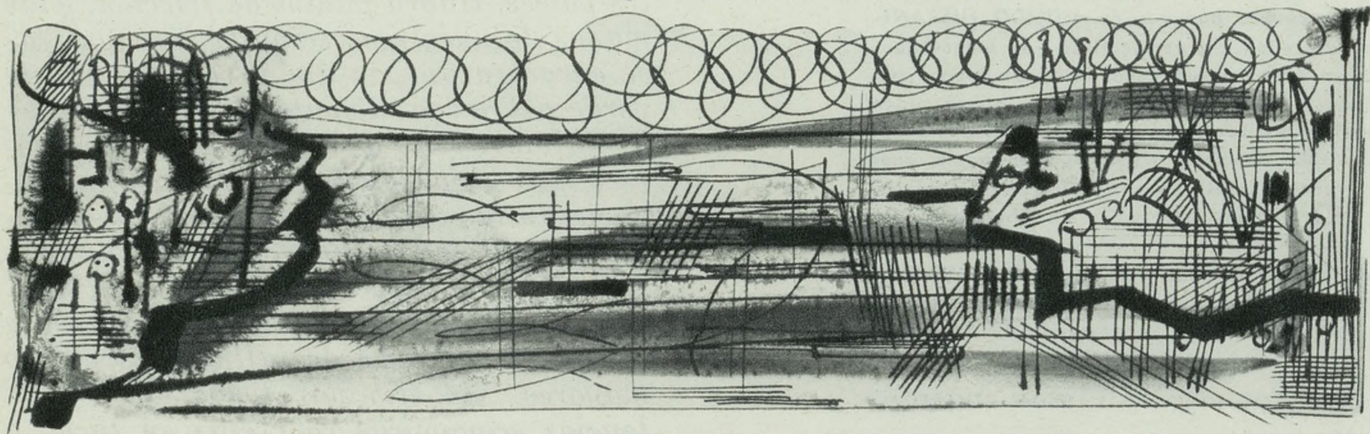
este o al otro capítulo, lo latino es, sobre América, un valor común y católico. España no debe enfocar las operaciones francesas sobre América desde una disputa aldeana de tuyo y mío. No gana nada el hispanoamericanismo proyectándose hacia el Nuevo Continente como un pleito mantenido en sus bases europeas frente a lo francés o lo italiano. Al revés. Querríamos un buen entendimiento latino, como los que enamoraban a Federico Mistral o a Charles Maurras, como líneas de arranque para la acción maternal y amistosa de España en América. Querríamos que se resolvieran los pleitos europeos del Mercado Común y que no proyectásemos nuestra acción hispanoamericana como una nostálgica y melancólica reivindicación castiza, pensada, con resentimientos de nuestros vecinos, desde una instalación suburbana en Europa. Querríamos que no fuera sólo el general De Gaulle el que peregrinase a las tierras españolas de América...

No estaría bien planteada ya la cuestión cultural y espiritual en América como un pleito entre el casticismo—hispanista o indigenista o gauchista—y lo afrancesado. La cultura es cada vez menos aldeana. ¿Acaso nuestra cultura de la época virreinal no estaba llena de latinismo? Sor Juana Inés de la Cruz, ¿no explotaba todos los recursos posrenacentistas o gongorinos de una cultura latinizante? Cuando América se independiza, las mismas voces que cantan su independencia, como Olmedo y Heredia, ¿no lo hacen con énfasis de «Eneida», con previsiones de Carducci? La agricultura de la zona tórrida, o sea, lo más castizo de la vegetación y la fauna tropical, ¿no es cantada por Andrés Bello con andadura de «Geórgica»? ¿No parte Rubén Darío de Verlaine, de Moreas, de ajenjos y Montmartres, para insolentarse con Teodoro Roosevelt o convocar en hexámetros latinizantes, con ecos de la «Egloga» IV de Virgilio, las «ínclitas razas ubérrimas»? ¿Es que ha producido algún fenómeno semejante de incitación y fecundación cultural la vecina floración literaria norteamericana de los O'Neill, Dos Passos, Miller, Tenessee Williams? Somos nosotros, españoles, los que hemos perdido un poco la cabeza con esas morbosas importaciones americanas. En la América del Sur no se conoce ninguna acción fecundante de esos autores, como la tuvo la de los «afrancesados» de ayer, que, desde Rubén a Lugones o Gutiérrez Nájera, tantas veces acabaron en claras voces hispánicas.

Habría que irse acostumbrando, a ritmo con los volúmenes y dimensiones de esta época, a encarar las cosas de nuestras hermanas tierras americanas, sin desprenderse de lo hispánico como levadura y cogollo, en proporciones de latinidad. Por encima de toda anécdota hay un modo clásico y latino de entender la política: la acción como expresión de un pensamiento. Así actúa Francia... Hace poco recorrí tierras del Líbano. Como los franceses estuvieron allí, allí está su cultura. La «Commedie Française» actuaba en Beirut. En Balbeck, para los festivales de verano, se anunciaba a Molière o Poulain. Torrentes de francos se gasta Francia allí, como en Tánger o Marruecos, en hacer literatura entre los árabes. ¿Vamos a mirar esto con recelo cuando el pleito del mundo se juega entre grandes áreas espirituales: orientales, comunistas, latinos, católicos, sajones? ¿Es que acaso la fundación de nuestras tierras americanas no estuvo construida—véase la reciente conferencia del licenciado González Torres acerca de la conquista de México—sobre un esquema escolástico, donde se jugaban fichas mucho más universales que puramente hispánicas: el Emperador, el Papa, el Evangelio, la Cristiandad?

No miren, pues, con recelo de tertulia de café el americanismo del general De Gaulle. No nos preparemos de antemano a recibir con reticencia aldeana sus discursos de México redactados en español. Preparémonos a encontrarnos allá con el general francés. Porque siempre tendremos una específica tarea hispánica que realizar en América. Pero nunca será tan fecunda como cuando sea coadyuvante a una grande y envolvente tarea latina y católica.

José María PEMAN





Un aspecto de la presidencia en la reunión de OFINES. De izquierda a derecha, don Enrique Suárez de Puga, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica; don Rafael Lapesa, académico; don Ramón Menéndez Pidal, presidente de la Real Academia Española, y don Gregorio Marañón, director del I. de C. H.

OFINES AL CUIDADO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

EN el Instituto de Cultura Hispánica se ha celebrado una reunión para la elección del I Consejo Directivo de la Oficina Internacional de Información y Observación del Español. A ella asistieron, bajo la presidencia de don Ramón Menéndez Pidal, el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón; el secretario general del Instituto, don Enrique Suárez de Puga, así como los miembros de la Oficina don Dámaso Alonso, don Rafael Lapesa, don Rafael de Balbín, don Julio García Morejón y el secretario general de OFINES, don Manuel Criado de Val.

Con unas breves palabras de presentación y saludo, don Gregorio Marañón hizo un completo ofrecimiento del Instituto de Cultura Hispánica para el mejor desenvolvimiento de la OFINES, dando toda clase de facilidades para colaborar con ella en todos los aspectos.

A las palabras del señor Marañón contestó don Ramón Ménendez Pidal, haciendo votos porque el nuevo organismo cumpla una misión verdaderamente eficaz dentro de una estrecha y sincera colaboración entre los centros que tienen por objeto principal el estudio de la lengua española.

A continuación, el señor Criado de Val dio a conocer el resultado de las votaciones para la constitución del I Consejo Directivo. Hizo un comentario detenido de los estatutos aprobados, especialmente del artículo 21, que, a propuesta de la Academia Colombiana, se incorporó a dichos estatutos, y cuyo texto es el que sigue: «La Oficina adelantará sus labores teniendo en cuenta las que realizan la Asociación de Academias de la Lengua Española en general y cada una de las que la constituyen en particular. Procurará, además, colaborar con estas instituciones para el mejor logro de cuanto se refiera al estudio, la enseñanza, la unidad y la defensa del español.»

Señaló también este mismo deseo de hacer muy precisas y claras las relaciones entre la OFINES y las Academias de la Lengua Española, idea que ha inspirado el artículo editorial que aparecerá en el número 2 del «Español Actual», editado por la Oficina, y en el cual se establece la relación y correspondencia entre los referidos organismos. Después de la lectura del artículo, don Rafael Lapesa, don Dámaso Alonso y don Rafael de Balbín intervinieron con observaciones dirigidas a completar, de una manera más concreta, el contenido del editorial.

Seguidamente se hizo un resumen de la situación y actividades de la OFINES desde su creación hasta el momento presente. Los trabajos que ha venido desarrollando se centran en estos aspectos: a) *edición de las actas del Congreso de Instituciones Hispánicas que, con el título de «Presente y futuro de la lengua española», recoge las comunicaciones presentadas por los asistentes al mismo;* b) *publicación del boletín «Español Actual», que ha de servir como portavoz de sus asociados;* c) *redacción de los estatutos de la Oficina, con carácter definitivo, sobre la base de lo acordado en el Congreso de Instituciones Hispánicas;* d) *ordenación de ficheros en los que figuren nombres y direcciones de los profesores, organismos y universidades de todo el mundo que se dedican a la enseñanza o al estudio del español, y* e) *establecimiento de un contacto con las universidades y organismos relacionados con el estudio del español, para ordenar y clasificar los catálogos enviados por dichas universidades europeas y americanas, con el objeto de disponer del más completo material para la publicación del «Anuario del Español».*

Desde su creación, en junio de 1963, la Oficina cuenta con numerosos asociados y realiza una activa labor de consulta entre ellos por medio de encuestas. También, en colaboración con el Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe», se están ampliando las encuestas con ayuda de los alumnos de los distintos países hispanoamericanos. Asimismo, y en unión del Instituto «Miguel de Cervantes», del C. S. de I. C., se están estudiando las nuevas creaciones de la lengua coloquial, utilizándose los medios difusores de radio y televisión para incrementar la atención a los estudios lingüísticos y a problemas relacionados con sus enseñanza.

Por último, de acuerdo con los datos recibidos en relación con la enseñanza del español en Filipinas, el señor Criado de Val dio cuenta de los telegramas que los miembros de la Oficina envían al Gobierno filipino pidiendo su apoyo para mantener la enseñanza del español en aquel país.

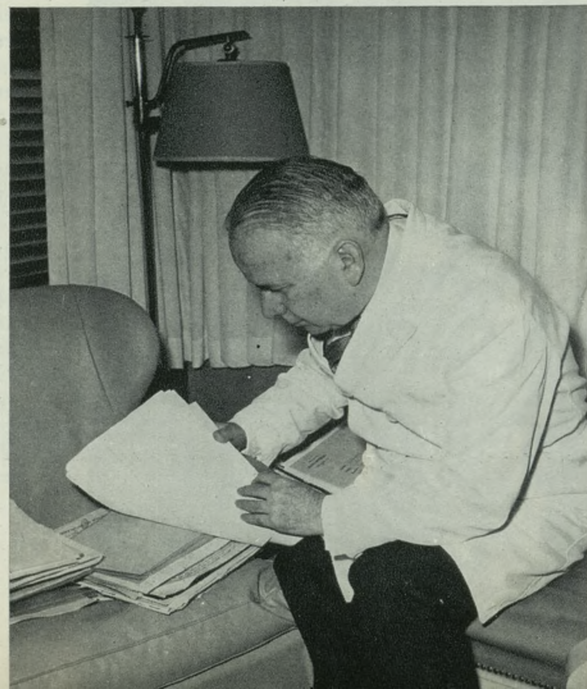
Grupo de profesores hispanoamericanos que saludaron a don Ramón Menéndez Pidal al llegar al Instituto de Cultura Hispánica y le felicitaron con motivo de su noventa y cinco cumpleaños.



fin de semana

DESDE la zona residencial de Puerta de Hierro al Parque Metropolitano, bordeando las amplitudes de la Ciudad Universitaria, corre todas las mañanas, a las nueve menos cuarto, el automóvil del doctor López Ibor. «Me levanto a las ocho para estar en la clínica a las nueve.» La clínica se encuentra en un hotelito de la calle de los Olivos, rodeado de vegetación. Mañana y tarde, don Juan José López Ibor, un psiquíatra español de fama y categoría internacional, recibe la confesión de innumerables hombres y mujeres con la mente o el ánimo vacilante, de toda clase de enfermos mentales o personas asediadas simplemente por la ansiedad y el ritmo de nuestro tiempo. Entre libros y plantas, en su santuario de estudio y silencio, el doctor espera...







LOPEZ IBOR.

"La psiquiatría está muy avanzada en algunos países hispanoamericanos"

fin de semana

JUAN JOSE LOPEZ IBOR





El fin de semana
lo pasa López Ibor
junto a la familia,
en su casa
de Puerta de Hierro.
Doce hijos
y una esposa joven y gentil.



"El próximo Congreso Mundial de Psiquiatría se celebrará en Madrid"

fin de semana

JUAN JOSE LOPEZ IBOR

DE las once de la mañana a las dos y media de la tarde, paso consulta en el hospital...

Tiene el cabello blanco y planchado. Con la bata de trabajo parece un médico de cabecera de los de antes, graves y bondadosos. Habla a media voz y mueve levemente una mano, con aire de confesor. Cuando se despoja de la bata, su traje impecable le amengua el aspecto de científico. Lo encontramos entonces más próximo a un técnico o un financiero. López Ibor trabaja todos los días en su clínica de cuatro de la tarde a diez de la noche. En la primera planta del edificio se encuentran las instalaciones médicas: acero, cristal y asepsia. En la segunda planta la casa se humaniza, se torna más habitable y cordial. Libros, revistas, cuadros. Obras de varios pintores modernos. La máquina de escribir de la secretaria nos envía su tecleo constante desde alguna habitación contigua. El fin de semana es para el doctor López Ibor una continuación del trabajo diario. Un descanso del estudio en otros estudios.

—Si alguna vez tuve afición a los trabajos manuales o los deportes, como distracción, creo que lo he ido olvidando.

El fin de semana lo pasa junto a la familia, en su casa de Puerta de Hierro. Es una casa situada en una pequeña elevación, sobre la carretera, y rodeada de árboles. Hemos llegado aquí a mediodía del sábado. Un perro ladra entre los pinos. Hay andamios en la azotea. El vestíbulo de la residencia de López Ibor es espacioso y señorial. De él parte una escalera semicircular con pasamanos dorado. Iconos primitivos, oro y plata, cuadros antiguos y modernos. Tres abstractos, alineados verticalmente en una pared. Tapices y muebles oscuros. En el piso de arriba, amplias estancias con sol. Más cuadros. El cuarto de estar, el comedor, el despacho: todo espacioso y alegre. Se respira aquí una paz de buena burguesía, no exenta de finura espiritual. Es placentero pasear por estas salas, conversar de diván a diván, ir conociendo demoradamente a la larga familia López Ibor. Doce hijos y una esposa joven y genti Libros. Muchos libros.

—Leo de todo. La lectura es mi *hobby*.

Un volumen abierto sobre la mesa. Teatro de Bertold Bretch.

—Ultimamente he leído muchas cosas sobre la evolución del cerebro humano. El problema de si éste se va a perfeccionar en el futuro...

—¿Tiene ya su opinión personal y definitiva sobre esto?

—Yo dudo de que nuestro cerebro evolucione. Ahora bien, es indudable que el hombre se perfecciona al perfeccionarse las formas de vida.

—¿Es posible influir por procedimientos científicos en el desarrollo cerebral?

—Tampoco creo que sea posible mejorar artificialmente el intelecto. La humanidad, ya digo, ha evolucionado poco en este sentido, pero mucho, por el contrario, en cuanto a todas las otras formas de vida.

Los hijos mayores del doctor López Ibor tienen aire de muchachos de la nueva ola. Luego viene toda la sucesión de párvulos y colegialas. Pero, a pesar de la mucha familia, no es ésta una casa ruidosa. En un rincón, alguien lee en silencio. En otro, la madre juega con una hija pequeña. Siempre en torno del padre, dos o tres chicos, serios y correctos, atentos a subir o bajar una persiana, a atender sus menores exigencias.

—¿Escribe usted actualmente muchos artículos científicos?

—Menos de los que quisiera.

Luego hablamos de sus libros. *Lecciones de psicología* y *La utopía del hombre nuevo* son las obras que actualmente tiene en telar el doctor. Nos explica, en cuanto a las *Lecciones*, que se trata ya del segundo volumen.

—Cuando escribe usted para el lector de periódico, ¿necesita esforzarse para mantener un lenguaje asequible, no cerradamente científico?

—Nada de eso. Escribo siempre a mano, directamente, y suelo dar por válida la primera redacción. Apenas corrijo. Una vez encontrado el tema, ya todo es fácil.

Las horas del fin de semana son lentas y gratas en esta casa de Puerta de Hierro. El doctor nos cuenta cosas de su trabajo en la clínica y en el hospital.

—Todos los días se presentan casos interesantes en esta profesión. También en esto la realidad suele ser superior a cualquier ficción.

Le preguntamos a López Ibor por lo que pueda haber de cierto en la idea ya tópica del desequilibrio que padece, por influencia del medio, el hombre de nuestro tiempo.

—Bueno; ocurre, por una parte—nos dice—, que ahora llegan al campo de la Medicina desequilibrios y problemas que antes iban solamente al confesor. Pero también es cierto que el hombre de hoy resulta más sensible a sus problemas internos, como consecuencia de la general disminución del esfuerzo físico en el trabajo y en la vida. Este suavizamiento de las condiciones exteriores le deja más en contacto con su intimidad, poblada frecuentemente de situaciones conflictivas. Al disminuir los problemas externos, crecen los internos.

Viajero por medio mundo, el doctor ha estado varias veces en América:

—La última vez, en el Perú, invitado a la toma de posesión del Presidente de aquel país.

—¿Cuál es el estado de desarrollo de la psiquiatría en Hispanoamérica?

—Muy avanzado, en algunos países. Actualmente, unos cuarenta médicos americanos preparan conmigo la especialidad de psiquiatría aquí, en Madrid. De cuatro o cinco años a esta parte, la investigación y los estudios psiquiátricos han tomado gran incremento en Hispanoamérica, incluso en los países de menos tradición científica...

Algunos de los hijos mayores del doctor se han acercado a nosotros y escuchan interesados las palabras de su padre. Cuatro de estos muchachos estudian Medicina. López Ibor convive con sus hijos durante todo el tiempo que le deja libre el trabajo. Atiende a ese delicado fenómeno que es siempre la formación de un hombre, con doble interés de padre y de científico que ha estudiado profundamente los últimos secretos de la mente humana.

—Pero me interesan como padre mucho más que como psiquiatra...

El domingo por la tarde, paseando por el jardín silvestre que rodea la casa, hemos charlado sobre Freud, nombre y tema que saltan inevitablemente, antes o después, en la conversación de todo psiquiatra.

—Mire usted—nos dice López Ibor—, cuando yo estudiaba en Alemania, Freud había dejado de interesar allí. Luego se produjo el gran auge freudiano en Norteamérica, que ha devuelto a Europa, revalorizado, el prestigio de su nombre.

Considera a Freud un maestro de la psiquiatría antes que del psicoanálisis.

—En Rusia está vetado, porque se le tiene por un fenómeno típico de las sociedades *grancapitalistas*—nos dice.

—¿Y qué hay de cierto en ello?

—La psiquiatría ha de ocuparse de problemas que florecen especialmente en determinadas estructuras sociales. Pero sin darle toda la razón a los rusos, hemos de admitir que el capitalismo es un suelo propicio para los problemas de hipersensibilidad, desequilibrio, etc.

—¿Por qué razón no ha arraigado en España el psicoanálisis?

—Ya digo que esto suele ser un problema de estructuras sociales. En el fenómeno de la difusión del psicoanálisis se dan curiosas paradojas. Viena, la patria de Freud, con tres millones de habitantes, sólo cuenta trece psicoanalistas, y no todos ellos profesionales.

El tema de conversación es apasionante. López Ibor lo trata con profundo conocimiento, pero sin énfasis. Es admirable constatar cómo un hombre perpetuamente asomado a los fondos alucinantes del cerebro y sus delirios, que van del simple histerismo a la locura, puede permanecer siempre sereno, dentro de una normalidad impecable. Se diría que el drama de

Una vida plena y un hogar feliz. Este científico español ha conseguido, por caminos sencillos y laboriosos, la verdadera paz.



la mente—en la que, según los antiguos, residía el alma—no le salpica. Aunque sabemos que, en realidad, le ocupa y preocupa de modo fervoroso y permanente.

—¿Qué proyección futura prevé usted a la psiquiatría en España y en el mundo?

—Creo que como mejor puedo responder a esa pregunta es con una noticia: he sido comisionado para preparar el Congreso Mundial de Psiquiatría, que se celebrará en Madrid en septiembre de 1966. De ese Congreso saldrán muchas cosas, y muy interesantes.

—¿Qué otros proyectos le ocupan actualmente?

—Estoy especialmente ilusionado con la terminación del nuevo Hospital Clínico y la nueva Clínica Psiquiátrica.

La esposa del doctor se ha sentado bajo un árbol, al último sol de la tarde. Termina el domingo y los hijos del matrimonio van regresando al hogar. Cogidos de la mano, los esposos se acercan a examinar la marcha de las obras que se están realizando en la parte posterior de la casa. Un hogar con una docena de hijos que crecen, estudian y juegan en torno a los padres, hay que ensancharlo todos los días para que no reviente venturosamente, colmado de vida.

La madre va nombrando dulcemente a los hijos a medida que regresan y se acercan a ella. El mayor se llama Juan José, como el padre. Luego viene José Miguel, Francisco José, Javier, Alfonso... Y las niñas, todas guapas y morenas: María José, Berta, Blanca, Alicia y Sofía, que es la pequeña de la familia.

—Pero aquí están Luis y Carlos.

Efectivamente, nos habíamos olvidado de Luis y Carlos, dos colegiales simpáticos, que ya son buenos amigos nuestros.

—¿Está usted seguro de que no le falta ninguno en la lista?

—Vamos a comprobarlo.

Y comienza de nuevo el recuento de los hijos: Juan José, José Miguel, Francisco José... Si hasta tiene ritmo y eufonía esta relación de nombres. ¡Qué hermoso poema de doce versos!

López Ibor, una vida plena y una familia feliz. Abandonamos la casa, camino del centro agitado de la urbe, con la sensación de haber dejado atrás la paz. Esa paz que busca el mundo por complicados caminos, y que este científico español, gran padre de familia, ha conseguido tan sencillamente. El lunes, el automóvil de López Ibor rodará nuevamente, reanudando el ritmo semanal, desde la zona residencial de Puerta de Hierro al Parque Metropolitano. A las nueve menos cuarto de la mañana.

FRANCISCO UMBRAL

(Reportaje gráfico de Basabe.)

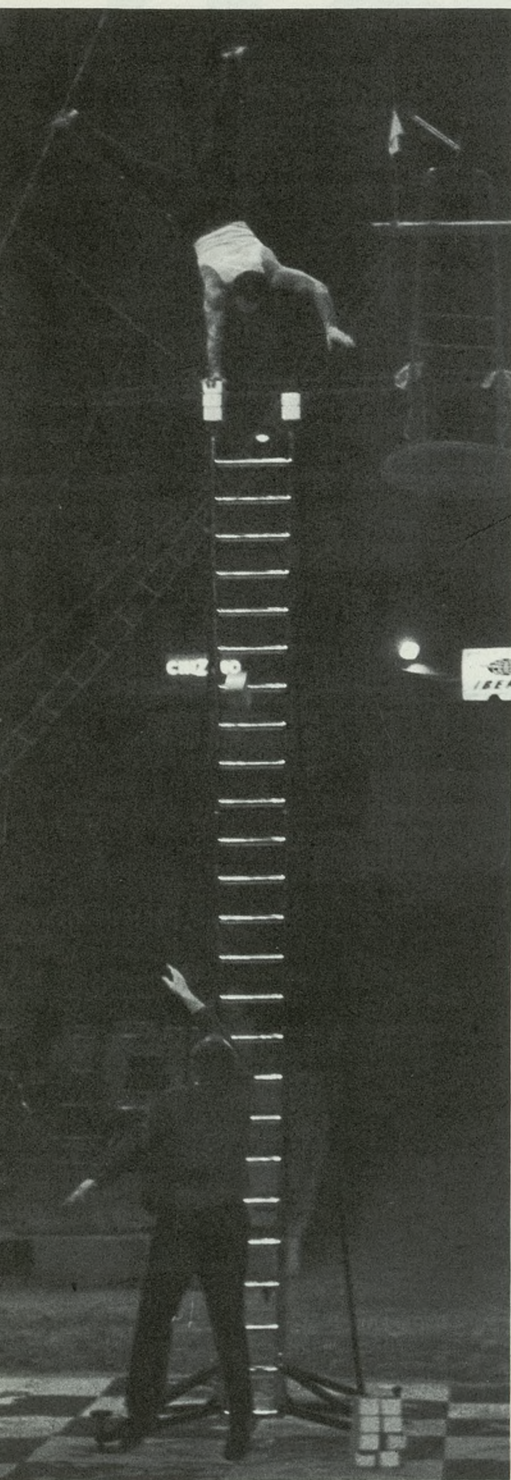


24

Doma de caballos «lipizzanes», que tienen su origen de raza en España y han tirado de las carrozas reales en casi todas las cortes de Europa.

HORAS CON EL CIRCO





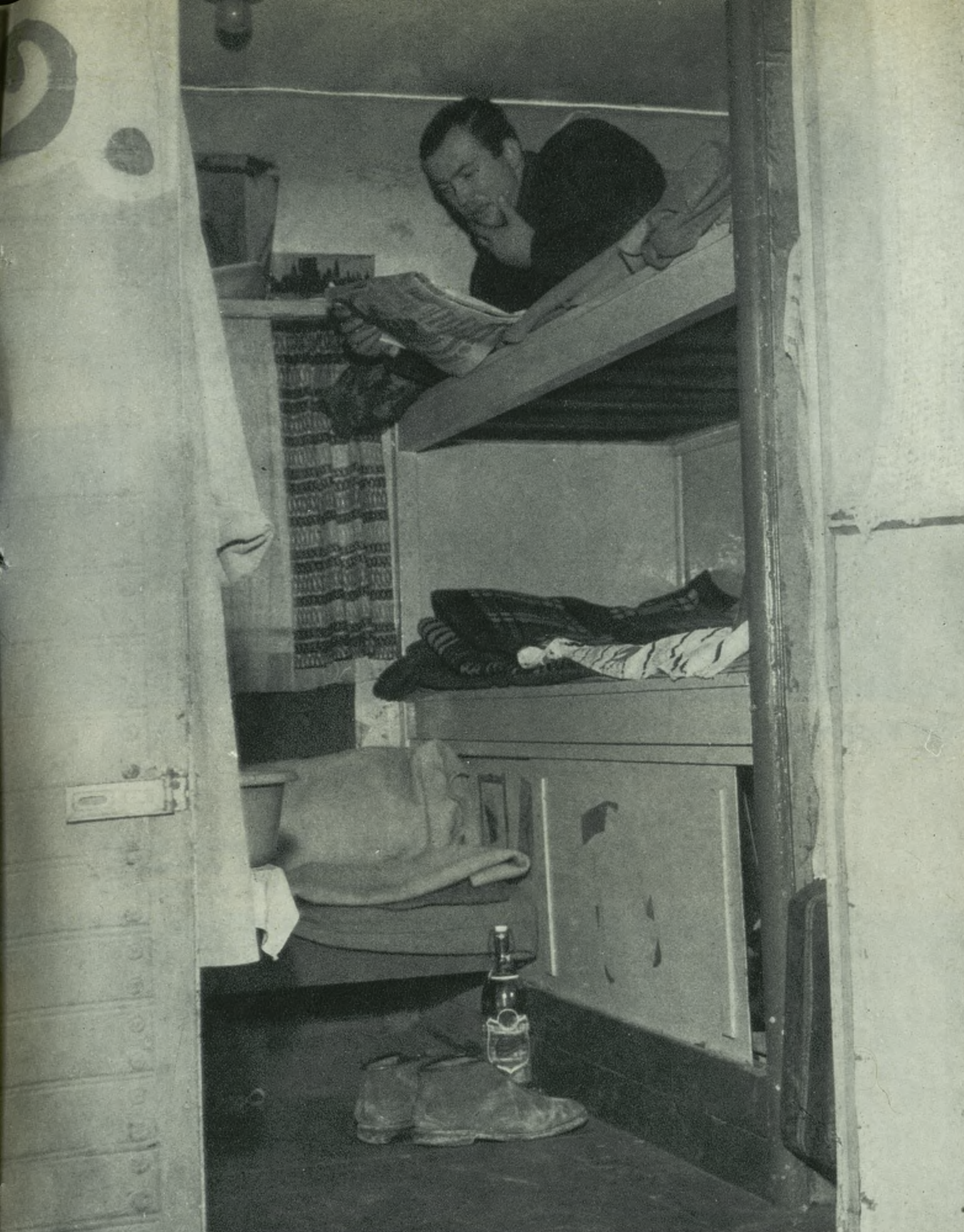


Cada sesión de circo es una carrera contra reloj, un más difícil todavía, una orgía de música y peligro que se prolonga, convertida en fiebre, en el recuerdo de la «ecuyére», del trapecista, del domador, de todos los artesanos del milagro

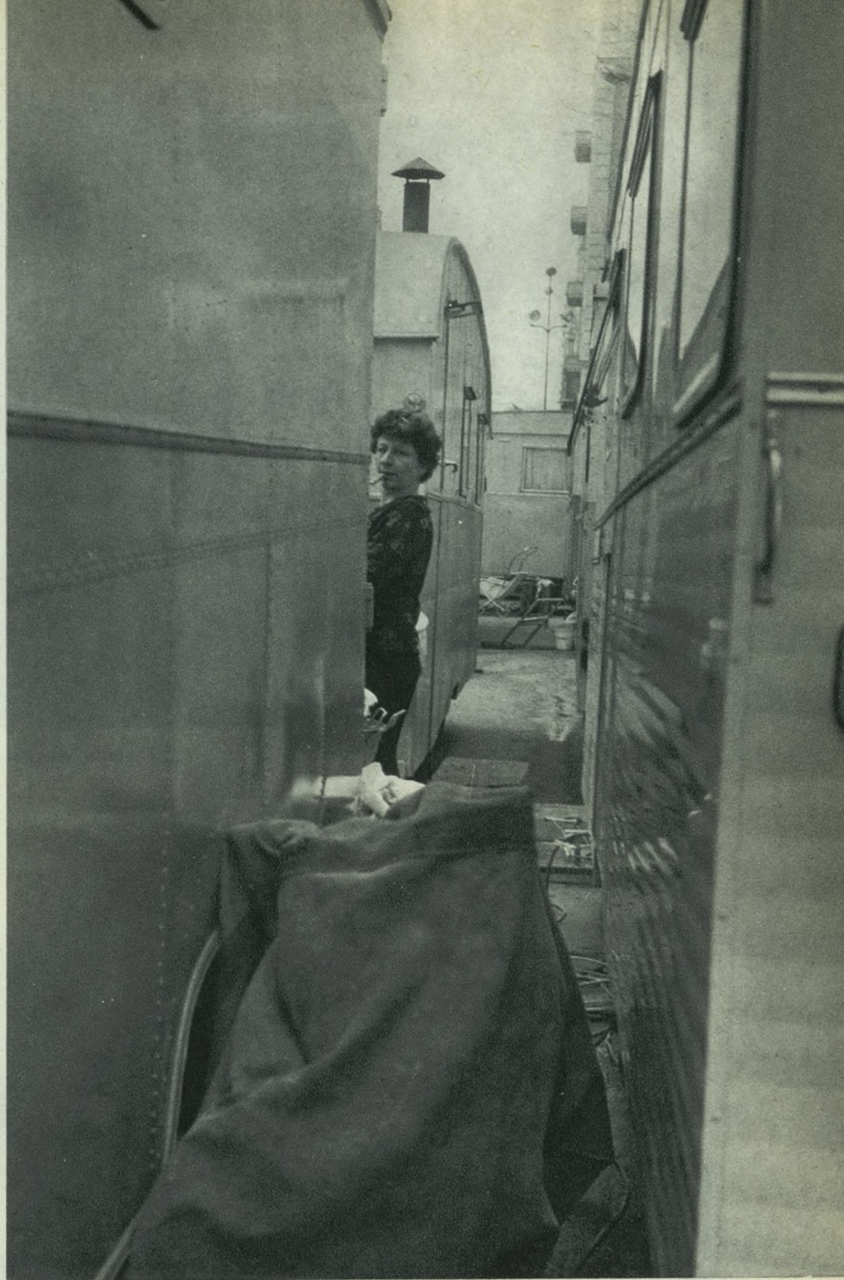
24 HORAS CON EL CIRCO







La familia errante, en su hogar vertical.



El circo descansa.



La hija de mamá trapecista, ¿será trapecista el día de mañana?

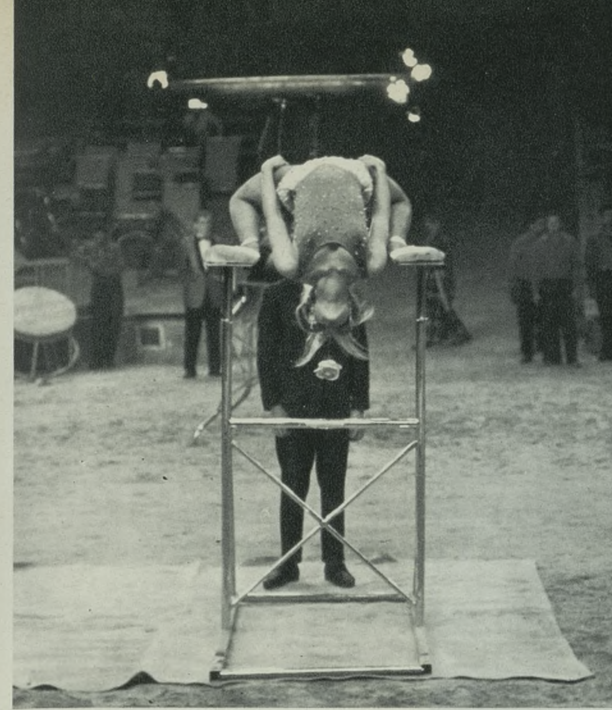
"MAS difícil todavía." Este lema se opone y supera al de "Non plus ultra", porque en el espectáculo circense siempre hay un "más allá". Los increíbles ejercicios de fuerza, de destreza, de habilidad, de paciencia, de arrojo y de gracia que hemos visto tantas veces en el escenario redondo, en el anillo de las maravillas, pueden ser siempre superados. La familia errante, la caravana de la ilusión, los "artesanos del milagro", se guían por un constante afán de emulación y de superación. No se conforman con lo ya conseguido y realizado. Ofrecen más y dan más.» Son palabras de Alfredo Marquerie, el escritor español que con más asiduo amor ha vivido el circo y escrito sobre él. Palabras que nos sirven como la mejor introducción a estas veinticuatro horas de circo que hemos compartido entre los protagonistas—domadores, jinetes, payasos, acróbatas...—y el zoo. Con su sabor de «belle époque» y su prestigio popular y eterno, el circo, el gran circo, el del peligro y la leyenda—sin posteriores mixtificaciones—, asoma todavía, de vez en cuando, a nuestras grandes ciudades, o viaja por los pequeños pueblos, que hacen corro para gozar sus maravillas y asombros. Ese mundo auténtico de ayer, con hermosa y consoladora vigencia hoy, es el que hemos vivido y visto vivir.



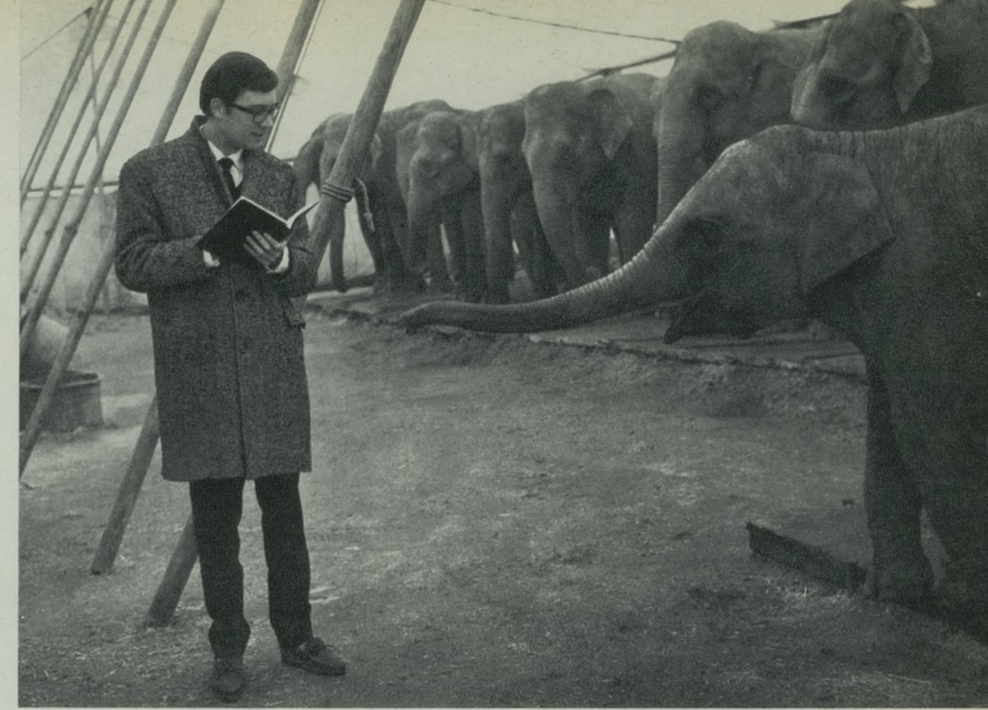
El circo despierta.



El circo ensaya.

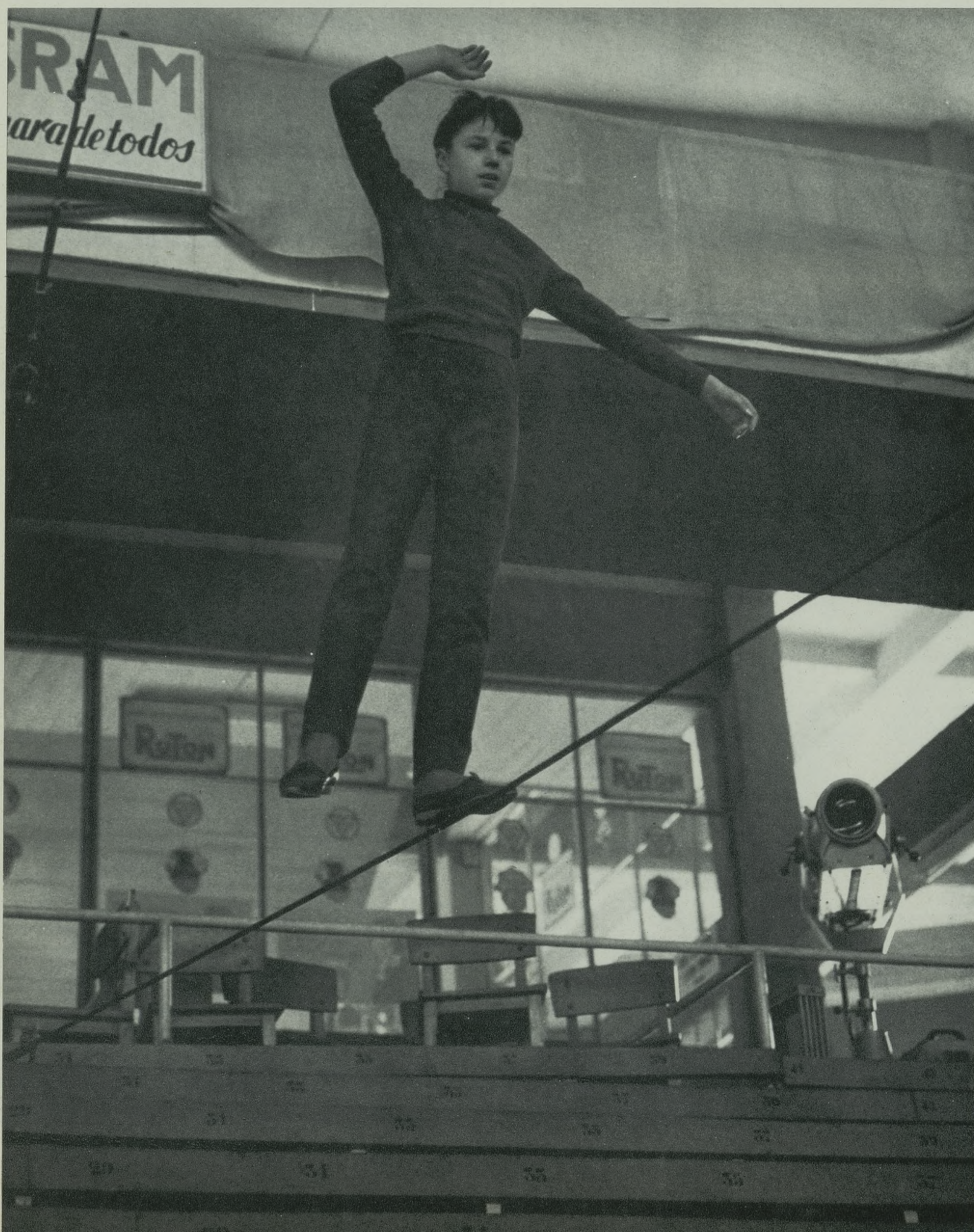


El circo trabaja.



El circo responde.

Katarina Rosemberg, la gentil alambrista adolescente, siempre segura y silenciosa.





Los artesanos del milagro

FUE Altley quien, en 1768, hizo nacer el circo, el espectáculo que pronto cumplirá los dos siglos, a la manera como hoy lo concebimos. Su denominación exacta, aplicada con prolijidad muy de la época, era ésta: «espectáculo ecuestre-acrobático-cómico».

La pista circense tiene forma de circunferencia, porque esa figura es la que dibuja el galope de un caballo sujeto con una cuerda cuando da vueltas sobre la arena del picadero. Quiere decirse que el circo es una manifestación de fuerza; fuerza que realiza su ascensión a la categoría de arte, en hombres y bestias, gracias al riesgo depurador, a la paciencia voluntariosa, al amor y al peligro. Así nació y así debe persitir. Así persiste en algunos de los pocos y grandes circos auténticos que todavía viajan por la vieja Europa. Las lentejuelas y la *varieté* han venido después. Pero el circo-circo no abre sus puertas a la frivolidad. Sólo la risa pura del payaso les pone cenefa multicolor a las aves humanas que se remontan hacia lo alto de la carpa.

En esa pequeña ciudad con cielo de lona conviven los grandes veteranos, las viejas glorias de la pista, con artistas de las nuevas generaciones, los últimos vástagos de familias circenses, o muchachos que, nacidos lejos de este ambiente, han sentido de pronto, por modo misterioso, la llamada inevitable del circo y su aventura.

GENTE DE CIRCO

Así, en nuestras veinticuatro horas circenses hemos conocido a Barina, una linda gimnasta que vive diariamente un vuelo imposible sobre el trapecio oscilante. Y a los Bradfords, esos perchistas prodigiosos. ¿Por qué entre la gente de circo abundan tanto los alemanes? Alemania ha dado al mundo los mayores músicos y los mejores trapecistas. Entre estos dos polos de sensibilidad y fuerza puede jugarse la ecuación de la rubia raza centroeuropea.

Y alemanes son, inevitablemente, Carly Bremer, Harry Althoff, Shelfhout, los artífices de la doma de los caballos *lipizzanes*, caballos que, por cierto, tienen su origen de raza en España, y han tirado de las carrozas reales en casi todas las cortes de Europa. Bubi Fröchte es el hombre de la blusa de raso que sale a la pista, se pone de espaldas sobre una mesa y hace girar con los pies un enorme trébol de cuatro hojas. Jörg Till hace juegos malabares sobre la cuerda oscilante montado en una rueda de bicicleta... Todos son grandes artistas.



Caballos y elefantes, en un número mixto.

El payaso se juega la vida en un clima de alegría.

Pero cuando reposan o charlan en los remolques, en sus pequeñas habitaciones rodantes, instaladas en torno de la gran pirámide de lona y prontas para volver a formarse y salir viajando en caravana, todos resultan sencillos y amables. Hacen cordiales esfuerzos por traducir a nuestro idioma sus difíciles lenguas nórdicas. No son personajes desarraigados, según el tópico, sino que llevan la intimidad hogareña consigo, y viven en familia tras los visillos floreados de sus casas viajeras y liliputienses. Son la hermosa gente del circo, con su cuarto de estar y su alcoba paredaños del elefante bonachón que se resigna a salir siempre a la pista con los pantalones arrugados, según frase de otro escritor amante del circo: Gómez de la Serna.

—Y éste es Cesario, el hombre de la luna.

Nos han presentado a Cesario, el melancólico Cesario, cuyo poético oficio es subirse todas las tardes, todas las noches, a una gran luna destelleante que cuelga en lo alto de la cúpula, solitaria entre una astrología de trapecios y escaleras de cuerda. Es una luna falsa, como de tango argentino o bolero sentimental. Suena una música dulce y amatoria cuando Cesario sin demasiada propaganda, como sin darle importancia a la cosa, hace sus ejercicios de lunático allá arriba, y se juega la vida. Porque Cesario está siempre en la luna, y es en ella como un enamorado sin amor, al que ella—una imposible ella—hubiese citado en el cuarto menguante o en el cuarto creciente para no acudir nunca a la cita. Luego Cesario, siempre solo y en silencio, desciende a la tierra—astronauta sin gloria—, se va a su barracón y piensa en que, a lo mejor, al día siguiente... Pero al día siguiente hay eclipse de luna.

¿Quién no recuerda aquella antología cinematográfica del *music-hall* internacional titulada *Mundo de noche*? ¿Y quién no recuerda a los marineros de goma que actuaban en aquella película? Pues los Merkys son tres contorsionistas que repiten exactamente el número de los marineros.

—¿No le parece a usted que lo hacemos tan bien como ellos?

—Y yo diría que aún mejor, muchachos.

Los Brumach son una pareja—rubia ella, moreno él—que cabalgan de pie sobre sendos caballos y manejan antorchas encendidas.

—Yo soy Harry Althoff.

Harry Althoff, joven y delgado como un Anthony Perkins rubio, representa la auténtica nueva ola del circo. Harry tiene una novia: la equitación. *Scheick* es su caballo favorito.

—*Scheick* es de raza árabe—nos dice.



Leones, osos y panteras, en el número cumbre de todos los espectáculos circenses.

Harry sale a la pista vestido de vaquero, como un Buffalo Bill adolescente, y galopa sobre dos caballos simultáneamente. Todo un espectáculo.

Pero cuando el lejano Oeste invade de verdad la pista es cuando un grupo de mozallones alemanes vestidos de tejanos improvisan su rodeo con caballos, que es como un bullicioso domingo de San Antonio de Texas. Uno de estos *cow-boys* apócrifo se llama Max. Max se juega la vida sobre su caballo dos veces por día. Ahora nos ha invitado a su carromato.

—Quiero presentarle a unas amigas.

Las amigas de Max son tres europeas rubias, una de ellas todavía muy joven y bonita, con las que juega a las cartas y toma pasteles durante las primeras horas de la tarde, antes de la función. En cada uno de los remolques y carromatos hay tertulias como ésta, donde la gente fuma y charla. Es la buena gente del circo, que cada día conoce una ciudad nueva a través del ventanuco de su casa rodante. Max nos ha presentado también a otro buen muchacho de nombre difícil: el capitán Bent Nielsen. Bent es rubio y menudo. Nos ha recordado a Richard Widmark.

—Mi esposa y yo—nos explica en su castellano casi correcto—nos dedicamos a la doma de focas reales.

—¿Muy difícil eso de las focas?

—Bastante, no crea.

Pero ha conseguido de esos bigotudos bichos que hagan maravillas con el pelotón de colores, juguete que, como es sabido, divierte una barbaridad a las focas.

Por la mañana, tras el ensayo con sus fieras anfibias, Bent se pone un sombrerito de pelo y un abrigo de cheviot y sale a pasear. Bent tiene gusto para eso de la ropa. No hay más que ver la chaqueta azul, cruzada, que saca a la pista para hacer su número. Bent reparte pescadillos entre sus focas, las obliga a revolcarse por la pista y a saludar al público, y nunca una gota de agua o una mota de polvo salpican el tono azulina de su elegante chaqueta.

—Buen trabajo, capitán Bent.

Y Bent tuerce una media sonrisa, a lo Richard Widmark.

¿Cuál es la aportación de España a ese espectáculo vario e internacional que es el circo? Sin duda, la Alta Escuela Española de Equitación de Viena, que predomina en el arte del circo clásico. Hoy hemos conocido a Marianne Althoff y Jeannette Bremer, que montan pura-razas andaluces. Son unas amazonas rubias, unas lindas *écuyères* que muy de mañana, mientras un criado le peina el rabo a sus caballos, están ya en la pista ensayando.

—Ah, la *écuyère*...

—¿Cómo dice?

Pero uno no dice nada. La *écuyère* es ninfa ideal en la mitología circense, personaje de todos los cuentos de circo, que suele enamorarse del trapecista valiente, mientras un triste payaso la ama en silencio y llora lágrimas pintadas a la puerta de su barraca. Pero los tiempos deben de haber cambiado, porque ya nadie escribe cuentos de circo, y las bellas Marianne y Jeannette son dos chicas deportivas que no parecen dispuestas a sufrir de amor por ningún trapecista, aun cuando sea capaz de dar, por ellas, el triple salto mortal.

—¿Ha dicho usted payaso triste?

Parece que ya no hay payasos tristes. Los «augustos» del circo fumaban esta tarde tabaco rubio mientras esperaban el momento de saltar sobre la alfombra multicolor para hacer su destrozos de vajilla, ante el regocijo de los espectadores. Hay entre ellos el señor del sombrero hongo, y el del gorro en pico, y el del traje de oro, y ese otro señor bajito, que mantiene una bombilla milagrosamente sostenida en el extremo de un palo horizontal, y al final nos descubre que la bombilla estaba atada al palo. Arlequines y polichinelas escapados de *La comedia del arte* para caer de bruces en el tópico literario de la risa que llora por dentro. Tratados de cerca, son gentes sin tópicos que le han tomado cariño al traje de cuadros rojos y negros, que es ya para ellos su verdadero traje de paisano.

Los hombres de la risa nos presentan al hombre del músculo, que se queda con nosotros a fumar un cigarrillo.

—Alfred Burton.

—Tanto gusto.

Alfred Burton, gran equilibrista, es un muchacho peinado y repeinado que ha viajado por Europa y América. Su fuerte es subirse en lo alto de una escalera e ir poniendo y quitando, sosteniéndose en una mano, y cabeza abajo, los ladrillos que le lanzan desde la pista.

—¿Difícil, Alfred?

—Difícil.

Nos hemos echado a un lado para dejar paso a la caravana de camellos y dromedarios que cruzan camino de la pista. Desde lo alto del último camello salta al suelo una guapa muchacha con *maillot*. Es Isabelle, que tiene un hermoso y largo pelo y zapatillas de bailarina.

—A mí me llaman la «Muñeca del Contorsionismo».

—Lo del contorsionismo puede que sea verdad, Isabelle, aunque nosotros todavía no te hemos visto actuar ante el público; pero lo de muñeca salta a la vista.

Isabelle siempre viaja de un lado a otro del circo subida en algún pacífico animal: camello o elefante bailarín.

—No hay nada tan divertido como un elefante bailarín.

—¡Cuidado! ¡Cuidado!

Era Pío Nock, el noble payaso, que venía lanzado en su bicicleta de paseo. Pío tiene debilidad por las bicicletas. Y con una de ellas se gana la vida. Es la que utiliza para su recorrido sobre un cable aéreo atravesando la jaula de las fieras, a pocos metros sobre las cabezas de leones y panteras, es decir, jugándose la vida como un caballero, mientra aleja del público la noción del peligro con sus divertidas payasadas y su pinta estrafalaria. Gran tipo este Nock.

Les Elmontes, pareja de trapecistas; el Trío Angelos, que viajan en motocicleta a 24 metros de altura; los Burkett, etc., son otras gentes que hemos conocido en nuestra jornada completa con el circo. Estos Burkett realizan en sus trapecios volantes unos vuelos de auténticas «águila humanas», muy semejantes a los que vimos en la película *Trapecio*. El jefe del trío es el cabeza de familia, un hombre menudo que se conserva increíblemente joven. El veterano Burkett, con su sombrero de ala ancha, tiene cara de *sheriff* bondadoso de cualquier pueblo de Arizona. Lo secundan en el número sus dos hijos, chico y chica, ambos morenos, atléticos y sonrientes. Viven en el interior de un camión, sobre cuyo motor colocan cada mañana dos tiestos—uno más pequeño que otro—con amoroso cuidado.

Hemos visto al viejo Burkett cuidar estos dos tiestos con no sé qué nostalgia de hogar. Luego, a la hora de su número, los tres miembros de esta familia circense se juegan la vida por los aires, dentro de sus mallas azul pálido. Cuando la bella muchacha vuela de trapecio a trapecio, y la tirantez del peligro está en el aire, uno piensa, con el corazón apretado, en los dos tiestos que acompañan por el mundo a esta pequeña familia. Macetas con tierra de su tierra, florecidas bajo los soles de cualquier parte...

GROCK Ruge, allá en los fondos y trasfondos del circo, el poderoso león abisinio. Rugen en sus jaulas los leones de melena poderosa. Y Dantés, el do-





Apoteosis final, con tres jaulas en la pista.

La función ha terminado.

mador, vestido de blanco y con blancas botas, va y viene entre los barrotes, entre las garras, entre los rugidos. Habla con sus fierras, las amansa, les pone la comida, la carnaza que él ha contratado personalmente, esta mañana, en el matadero. Pío Nock, ya buen amigo nuestro, nos presenta a otro payaso: Max, compañero durante muchos años del inolvidable Grock, el mejor payaso del mundo. Max es un músico finísimo, que, entre toque y toque de xilofón, cuenta cosas del fabuloso, del mítico Grock.

—Charles—él siempre nombra a Grock por su patronímico—era suizo, y no inglés, como se ha dicho. Nació en 1880, cerca de una fábrica de relojes. También su padre había amado el circo. A los siete años de edad descubrió él a las *roulottes* del Circo Wetzel, y, para imitar sus acrobacias, plantó un palo en el huerto de su casa e hizo el número del «hombre-serpiente» ante sus compañeros de escuela.

Max pone sonrisa de payaso, y prosigue:

—Charles se aficionó a la música en el piano del restaurante de su padre. Tocaba la flauta, el violín, el clarinete, el acordeón, el saxo, el xilofón, la mandolina, la concertina... El se inició como músico ambulante. Pero también fue relojero, pintor y otras muchas cosas. Por cierto, que en el circo se inició con una familia española...

—¿Española?

—Sí; los Barraceta. Fue con ellos saltador, trapecista e incluso cajero del circo.

—¿En qué año empezó a llamarse Grock?

—Aunque se lo oí contar muchas veces, no recuerdo exactamente. Creo que fue hacia 1913.

Hay otro importante momento español en la vida del primer payaso del mundo. Es en Madrid donde se independiza de Brick, su payaso *partenaire*, para empezar a trabajar por su cuenta. De Madrid pasó a Barcelona.

—Y de Barcelona, a Marsella—continúa Max—, donde conoció al gran Antonet. Volvieron juntos a Barcelona y trabajaron durante medio año en el Circo Alegría. «Si uno gusta en Barcelona, gustará luego en todas partes», decía siempre Charles. En el Circo Alegría crearon muchos números: el del biberón, el de los huevos, el del clarinete que sale por el cráneo... Cuando debutaron en el Parish, de Madrid, estaban presentes en la sesión los reyes de España. Luego recorrieron todo este hermoso país, y llegaron a intervenir incluso en una corrida de toros.

—¿Y cuándo llegó Grock al gran Circo Medrano, de París?

—Al Medrano llegó directamente de España, y siempre en compañía de Antonet. También actuaron en Berlín y Londres. La guerra europea separó a esta gran pareja.

—¿Hasta qué año permaneció Grock en activo?

—En 1949 se despedía de los públicos en el Etoile, de París. Pero poco más tarde realizó una gira por Alemania con la empresa Plotz-Althoff. A los setenta y tres años de edad, en 1953, volvía a actuar en Suiza, su patria, con gran emoción suya y del público. Al año siguiente se retiró a su villa de San Remo, construida en sus tiempos felices de los años veinte.

Y allí moría, el 14 de julio de 1959, este gran mimo, acróbata, bailarín, parodista, cantante, músico, personaje sólo comparable a Charlot. Max recuerda todavía, con lágrimas en sus ojos pintados, el célebre número mudo en que Grock trataba de acercar el piano a la banqueta, con ímprobos esfuerzos, sin intentar la solución, mucho más sencilla, de acercar la banqueta al piano.

APOTEOSIS FINAL

Charles Dubé y sus osos polares son ya buenos amigos nuestros, como tantos otros pobladores del circo o de su zoo. Y también Katarina Rosemberg, la gentil alambrista adolescente que pasea bajo una sombrilla blanca en maravilloso equilibrio. Katarina, pálida y silenciosa, casi una niña, ensaya en cualquier rincón del circo: se la puede ver, absorta, por los pasillos, flexionando sus piernas o andando sobre las punteras, como una solitaria bailarina de Degas. Muy de mañana, Katarina, con suéter rojo y pantalón vaquero, recorre en equilibrio las largas cuerdas horizontales que atraviesan los ámbitos del circo. Es una soñadora criatura, una breve Pavlova de las alturas. Algo así como la ninfa sola y lejana del luciente bosque de las acrobacias.

—Lo haces muy bien, Katarina.

Pero Katarina no contesta.

Los Prietos son unos *cow-boys* que acuchillan el contorno de sus novias con puñales llameantes sobre una gran diana. Y Bárbara y Eugen Poludniack, amaestradores de animales, y tantas otras gentes buenas y valientes como hemos conocido bajo la carpa. Porque en la novela del circo todos son protagonistas.

Aunque se acuestan tarde, «los artesanos del milagro» suelen madrugar. El circo duerme poco. Tiene el sueño ligero. Muy de mañana hay ya mujeres lavando a la puerta de los carromatos. Las madres peinan a sus niños, esos niños rubios y extranjeros que no conocen otro ambiente que el del circo, y tardarán muchos años en saber que hay otra gran pista, mucho más amplia, que es la circunferencia del mundo, donde no todo es tan luminoso y tan alegre como dentro de este recinto. Y ellos corren y juegan durante el día entre sogas enrolladas y sillas patas arriba. Son esos niños privilegiados que nunca pagan entrada en el circo. No saben aún que el circo es un hermoso satélite que gira en torno de la tierra, alrededor de ella, viajando siempre, pero que la tierra, nuestro viejo planeta, es otra cosa...

La chiquilla rubia nos ha pedido en su alemán de trapo que la ayudemos a obtener un caramelo de la máquina tragaperras. Luego pasea a su hermanito en la silla de ruedas. Amazonas y equilibristas ensayan sus números desde primeras horas, mientras las limpiadoras barren aún en torno a la pista. Hay restos caídos de la alegría del día anterior. Dentro de los carromatos, la madre enseña a leer a su hija, mientras la olla hierve en la breve cocina. En tanto, los hombres limpian los caballos, dan de comer a las fieras, tensan las cuerdas y los cables, sacan de paseo a los elefantes...

Tras las tertulias de sobremesa, todo se va preparando para la sesión de la tarde y de la noche, que culminará con la apoteosis final, con el gran desfile de toda la compañía, con los fuegos y las luminarias, la música y el gozoso cansancio del trabajo cumplido y el riesgo superado. Luego todo volverá al silencio. Cuando el público aplaude y se va, queda un relajamiento en los cables y en los músculos, un silencioso aflojar de cuerdas. El león tiene sueños pacíficos y el domador sueños inquietos. Cada sesión de circo es una carrera contra reloj, un «más difícil todavía», una orgía de música y peligro que se prolonga, convertida en fiebre, en el recuerdo de la *écuyère*, del trapecista, del domador, mientras escriben postales urgentes, en los vestuarios, al hogar lejano, a la novia o la madre. «Mañana salimos para Lisboa...» O para Roma, o para Londres. Es la vida del circo. Tan literaria, que más vale no ponerle literatura.

F. A. U.

(Reportaje gráfico en color y negro de Alfredo. Dos fotos en color de Serrano.)



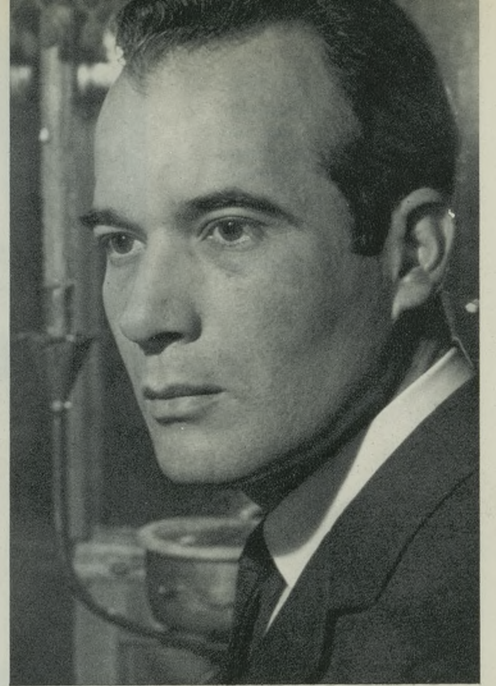
el premio NADAL salta el Atlántico

MANUEL MEJIA VALLEJO Y "EL DIA SEÑALADO"

por
EDUARDO
MARCO

Uno de los más prestigiosos premios literarios españoles, el Eugenio Nadal, ha sido otorgado al novelista colombiano Manuel Mejía Vallejo. Por primera vez un escritor de Colombia obtiene en España un premio de la categoría del Nadal. Una empresa editorial ha establecido así un cordial puente que sólo excepcionalmente, y como fruto de años, se logra entre dos países tan fraternos pero tan distantes. Ahora Mejía Vallejo ha venido a Madrid y a Barcelona desde su lejano Medellín para recoger el premio, para recibir el homenaje de los escritores españoles y para tomar en sus propias manos el libro, aún con tinta fresca, en cuya lectura han de encontrarse los lectores de habla hispana. El hecho reviste especial importancia para los que a diario estamos comprometidos en la tarea de difundir los valores culturales de Hispanoamérica. Manuel Mejía Vallejo nos interesa como escritor, como novelista galardonado y como colombiano. Por eso le pedimos unas horas de su estancia entre nosotros para cambiar impresiones con él y para recoger sus propias ideas.

un escritor colombiano ha entrado en Madrid





Manuel Mejía comienza la conversación con el periodista en el hotel. Después se asoma al mundo abigarrado del Rastro.

Los *ladinos* no deben coger los cangrejos.

—¿Por qué?—preguntó Manuel Mejía al indio.

—Porque el cangrejo es el animal sagrado que hace el agua.

Verdaderamente, da miedo pensar cómo el cangrejo hace el agua con su saliva en las cumbres, bajo las rocas. Verdaderamente, da miedo pensar cómo el cangrejo...

—Pero ¿y las nubes?

—Eso no lo sabe el *ladino*. Sólo lo sabe el *natural*. Porque, por las noches, una nube de cangrejos sube al cielo. Verdaderamente, da miedo pensar cómo los cangrejos hacen la lluvia con su saliva...

En una de sus correrías por Centroamérica, esta vez en Guatemala, Manuel Mejía convirtió la pesca del cangrejo de río en caza de un motivo literario ancestral y poético, trozo de un mundo semisalvaje, semimístico, en el que vive el indio.

Después de cinco libros publicados—tres novelas y dos volúmenes de cuentos—, Manuel Mejía Vallejo prepara una nueva novela sobre un tema que le va cercando la fantasía desde hace varios años, y un libro fantástico, construido sobre leyendas y esoterismos. Con palabras suyas:

—Una novela realista, pero de un realismo trascendido, como ha de ser el de toda narración: pretexto para que el escritor cree. Y una obra de imaginación, para nosotros fantástica, pero no para los indios, que viven la leyenda.

Mejía Vallejo se encuentra en Madrid «como un provinciano», según dice él. Casi olvidado de sí mismo, atento a las preguntas, a las llamadas telefónicas, a la ciudad que se mueve a su alrededor con un ritmo quizá desacostumbrado.

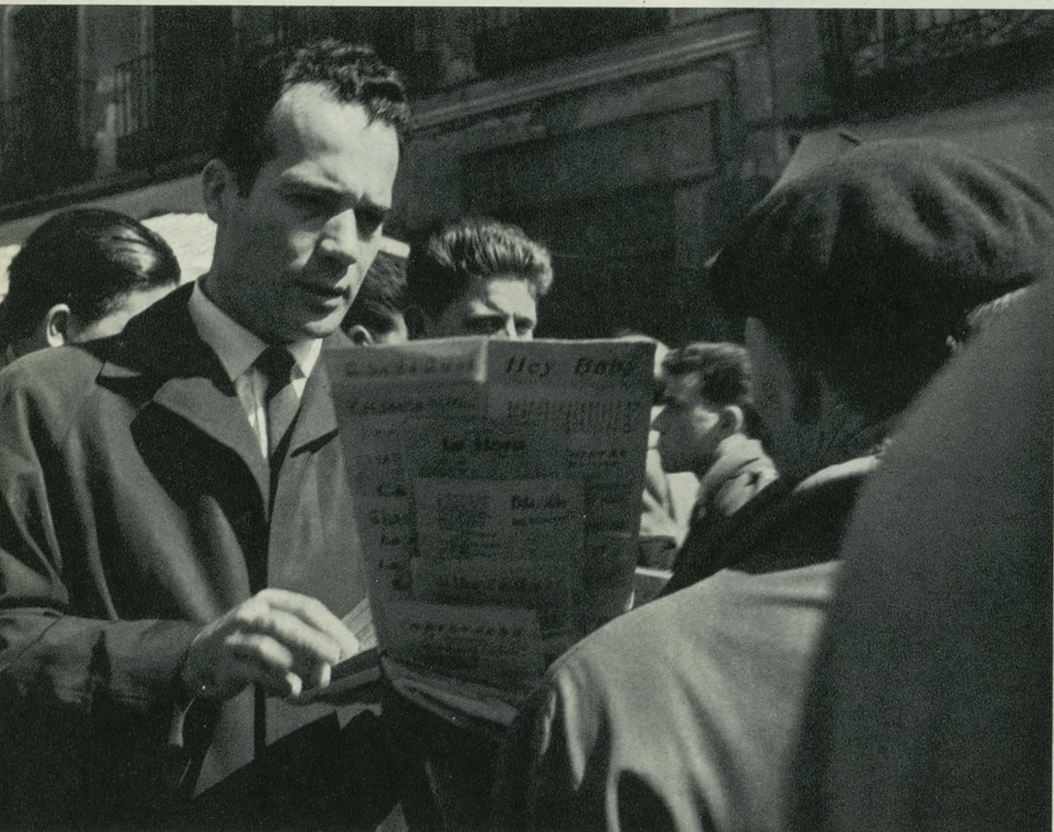
En 1945, Manuel Mejía publicó su primera novela: *La tierra éramos nosotros*, y en 1952 consiguió el tercer premio en el Concurso Nacional del Cuento, en Venezuela. Luego, en 1957, aún editó otro volumen de cuentos: *Tiempo de sequía*. Y fue en 1958 cuando apareció *Al pie de la ciudad*, la novela de la vida en los suburbios y del ambiente de la clase media adinerada. Ciudad que no identifica exactamente, pero que tiene aún viva en el recuerdo. Casas de lata, chozas en los barrancos, «villas-miseria» de gentes hacinadas y hambrientas.

En 1962, Mejía Vallejo volvió a publicar otra colección de narraciones breves, bajo el título *Cielo cerrado*, y es ahora, en 1964, cuando obtiene en España, con su novela *El día señalado*, el Premio Eugenio Nadal de 1963. *El día señalado* pudo llamarse también *La venganza*, pero eligió aquel título porque en la conciencia de sus personajes habían de suceder muchas cosas en un determinado día.

Mientras hablamos, se pierden sus ojos

Un deseo cumplido: descansar en una de estas mecedoras. Y se la hubiera llevado a casa de tener aquí un vehículo.

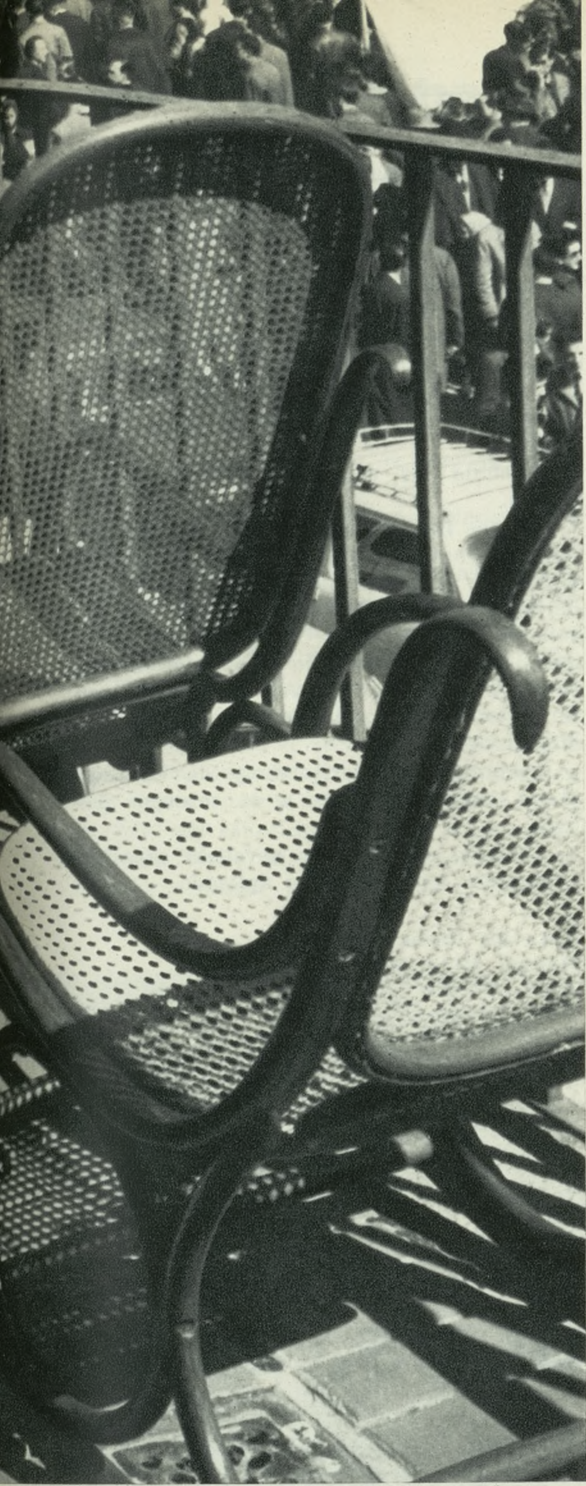
«¿Canciones de Carlos Gardel?» El escritor se detiene ante el vendedor ambulante y acaba por comprar algunos pliegos.





Porcelanas antiguas y cerámicas populares. Algo que le es familiar y conocido.

un escritor colombiano ha entrado en Madrid





a la busca de algo que teme no advertir. Está tranquilo, y su atención se concentra obedientemente. Habla largo rato del tema de su última novela, esa cosa que él escribe con mayúscula: la Violencia. No es un hecho político, ni un fenómeno social, ni una causa económica, ni un problema religioso. Es una mezcla de todo ello. No tiene factores simples, ni está desligada totalmente de la misma idiosincrasia del pueblo colombiano.

«Hay que ser alguna cosa en la vida», se dijo José Miguel Pérez, ese joven muerto de la novela. Y se puso en camino de la muerte por encontrar un caballo alazán. El alazán de Mejía tiene alas, está tocado por la gracia de la inspiración y adonde le lleva es a la vida. Manuel Mejía ha corrido todos los países centroamericanos, ejerciendo el periodismo como colaborador, como columnista, como reportero, como autor de artículos y de crónicas. Siete años de trabajo para *El Diario de Hoy*, de San Salvador; *Diario de Occidente*, de Maracaibo; *El Sol* y *El Colombiano*, de Medellín; *El Espectador* y *El Tiempo*, de Bogotá. Esta fue la época de los primeros triunfos con sus narraciones breves. Mejía también ha sido profesor de Literatura en la Universidad de Antioquía. En el Instituto de Bellas Artes de Medellín, donde reside, estudió Escultura y Dibujo. Su madre es ceramista, y una hermana suya, Rosana, ejerce la misma profesión. Espío en él la violencia, pero no se muestra en ningún indicio.

—¿Qué es la violencia?—le pregunto.

—Una maldición. Una fuerza desatada y fatal que ha dañado al pueblo. Es una trágica posibilidad: dejarse matar o hacerse homicida.

El, testigo incomprometido de la violencia, nos explica:

—Algunos personajes y situaciones pueden ser testimonio y denuncia, pero no porque me lo proponga. Yo me veo obligado a darle libertad al protagonista para que diga cosas en las que a veces no estoy de acuerdo. Aunque no se le debe dejar propiamente suelto, hay que darle posibilidad de que viva, pero sintiéndose responsable de él. Si se le frena de continuo, se crea en el personaje un segundo «yo» que corresponde al autor.

—Las grandes obras de la literatura son de violencia, aunque nosotros creemos que la hemos inventado—añade.

Y yo me acuerdo de la apostilla a una breve biografía de Mejía Vallejo leída en no sé qué periódico americano: «Tiene cuarenta años. Sigue vivo.»

A veces es manso, y otras parece que se siente constreñido en el cuadrilátero del salón. Acaso sienta nostalgia de su Tambo, el pueblecito de la novela. *El día señalado* es título de anuncio, de compromiso y de cita. Decidimos salir a la calle.

«Dos cohetes estallaron en el cielo amarillo.» Tomamos camino del Rastro. Sí. Parece que vamos hacia Tambo, mientras Manuel Mejía va hablando:

—La autobiografía no es incompatible con el mensaje. Es una forma de expresar. En principio se escribe porque se siente el instinto de comunicación. El novelista no puede ser indiferente al medio que le rodea; es hombre antes que escritor. Ha de tratar de decir sus propias ideas, pero ha de ponerse también en el trance de cada uno de los personajes. Todo es discutible, naturalmente; del mismo modo que nadie puede ser absolutamente objetivo. Cada escritor tiene su técnica.

La obra de Manuel Mejía está modelada con diálogos, a veces con soliloquios, con dos líneas de acción en contrapunto, y hasta con dos pensamientos en el mismo plano argumental. No sé si en cierto modo estamos repitiendo el juego en nuestra conversación durante nuestro paseo.

«En Tambo se reunirán los galleros.» «Tambo se pone alegre.» «¿Y quién no tiene cuarenta y cinco años a estas alturas de la vida?» Decididamente, hay algo en el Rastro que se parece a Tambo. En el Rastro, «sin nubes el cielo quemado».

—¡Qué bien aquí! Me encuentro como un convaleciente.

—Manuel, allá enfrente se reúnen los vendedores de pájaros.

—Es sorprendente. Es muy hermoso.

«Miró como si abriera una puerta...» Me gusta utilizar sus expresiones, porque parecen de ahora, de este mismo momento.

A Manuel Mejía Vallejo ya le ha nacido la tentación de escribir un libro sobre todo esto.

—Diagnostica el momento literario actual en Colombia.



un escritor

—Es de transición. Desde la narrativa costumbrista, hacia una proyección más universal, enriquecida por las técnicas americanas y europeas.

—¿Influencias decisivas?

—En ensayo, la europea; en ficción, la norteamericana: Faulkner, Saroyan, Hemingway, Henry y Arthur Miller... La novelística italiana incluso, hoy la primera, debe mucho a estos escritores.

—Señala los mejores escritores colombianos.

—Jorge Isaacs, José Eustasio Rivera, Tomás Carrasquilla, César Uribe Piedrahita. Entre los actuales, Eduardo Caballero Calderón, con *El Cristo de espaldas*, una novela de la Violencia; Gabriel García Márquez, con *La hojarasca* y *El coronel no tiene quien le escriba*; Alvaro Cepeda, con *La casa grande*; Arturo Echeverry, con *Marea de ratas*...

Hablamos de escritores y de editores. Mejía pregunta cosas y se interesa por todo.

—¿Quién es el mejor novelista español? —inquiere como un chico aplicado.

Ante los libros viejos, Manuel Mejía se siente como anclado. «Hoy mismo voy a leer el libro de Ramón», dice.

Este es su primer viaje a España. «Pero no será el último. Esta ciudad me enamora.»

colombiano ha entrado en Madrid

Establece niveles en las letras colombianas:

—Los muertos; los académicos; algunos jóvenes rebeldes entre los académicos; los «nuevos», a los que pertenezco, con Caballero Calderón y otros, y que, por cierto, ya no somos nuevos. Y los «nadaístas», grupo irreverente fundado por Gonzalo Arango, que va contra la tradición, contra las costumbres, aunque tienen algunos aciertos como escritores en medio de muchas extravagancias.

—¿Qué significa el Premio Nadal para Colombia?

—Es, sin duda, el que más prestigio tiene. Cualquier otra novela hubiera tenido una edición de cuatro mil ejemplares. La tirada inicial de ésta es de veinte mil. Colombia es un país con un gran mercado de lectores en potencia. En este sentido, lo más revelador es el hecho de haber vendido trescientos ochenta mil libros en lotes de diez títulos en tres días. Esto ocurrió en el Festival del Libro de mil novecientos sesenta y dos. Por el mismo procedimiento se ha llegado a vender un millón de ejemplares en Venezuela. A diferencia de la Fiesta del Libro que se celebra en España, estos festivales consisten en la difusión y promoción de ventas para determinados títulos o autores escogidos.

Apunto cifras. Estamos junto a un puesto de libros viejos; se me figuran escombros. Sin embargo, la gente se arremolina, hojea y compra.

De regreso, Manuel Mejía me habla de los indios de la sierra de Santa Marta, de Colombia; de su mundo interesante y brumoso. A uno de ellos le preguntó:

—¿Por qué crees que sueñas cuando duermes?

—Es para que los ojos no pierdan la costumbre de ver.

—¿Y por qué, cuando estás despierto, ves lo que tienes alrededor?

—Porque los ojos no deben desacostumbrarse de soñar.

Entre este ver y ese soñar está la clave del novelista Manuel Mejía Vallejo, que va, camino del hotel, con los periódicos del día y con unas canciones y unos romances que compró en el Rastro.

E. M.

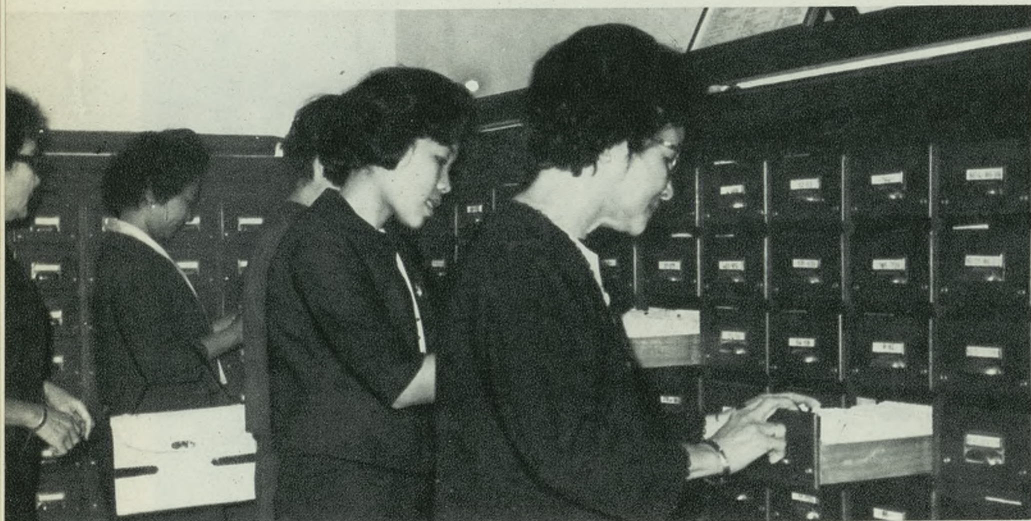
(Reportaje gráfico de Alfredo.)



NIVIO LOPEZ PELLON

EL ESPAÑOL EN FILIPINAS

II CURSO HISPANO-FILIPINO PARA FORMACION DE PROFESORES DE LENGUA ESPAÑOLA





Grupos de cursillistas filipinas trabajando en la Biblioteca Hispánica del Instituto.

El embajador de Filipinas en España, don León María Guerrero, laureado recientemente con el máximo galardón literario de su país—el Premio Zobel de Ayala 1963—, dejó escrito en *La Nación Filipina, nacida de España* (junio de 1962), que «nadie puede enseñar a nadie a ser nación: una nación se hace a sí misma, se descubre a sí misma en el justo momento histórico, y así lo hizo Filipinas el 12 de junio de 1898...»

Filipinas es la nación más culta del sureste asiático, con un modernismo trepidante, pero en cuya alma nacional—retoño hispánico en el Oriente—conserva siempre, a través del tiempo, los rasgos que la identifican con el molde originario.

Todo allí—los misioneros, la Universidad de Santo Tomás, el aparato constitucional y administrativo, la nación entera—estaba conseguido al modo español. Cabe incluso decir que hasta «la independencia filipina se hizo en español», porque España supo dar sentimientos nacionales a un archipiélago fragmentado en más de 7.000 pedazos.

Pero después de la segunda guerra mundial comienza aceleradamente la decadencia del idioma español en Filipinas como una de las lenguas oficiales del país, hasta el punto en que hoy se encuentra. Y actualmente sólo hay en Manila un periódico —*El Debate*—que se edite en español, sostenido con mucho esfuerzo...

Los cursos hispano-filipinos

Después de una primera experiencia el año pasado, tiene lugar ahora el II Curso Hispano-Filipino, organizado por el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, para profesores filipinos de lengua española de las distintas universidades del país. La esperanza de mejores tiempos para el español en Filipinas, en buena parte dependerá de estos profesores que ahora estudian en Madrid, porque ellos, a su vez, irán luego formando a otros. La necesidad característica del momento es la de contar con un número suficiente de profesores, aun para conservar lo que de enseñanza obligatoria queda por ley.

No cabe duda de que este profesorado que se forma en los cursos programados por el Instituto de Cultura Hispánica es promesa de rescate y ampliación del idioma en tierras que son en el Extremo Oriente una avanzada de la cultura occidental, en medio de una red de culturas diversas. Porque, pese a sus hondas raíces hispánicas, Filipinas ha ido perdiendo el uso de la lengua española, quedando reducido a una minoría profesional. El filipino medio de nuestros días no puede leer directamente a sus principales autores nacionales, como Rizal, que escribieron en español, ni estudiar sus propios archivos; les van quedando escritos en un idioma extraño...

Estado actual del español en Filipinas

En la actualidad, la situación es ésta: en la enseñanza primaria no hay docencia alguna de español, con excepción de contados colegios privados que quieran tenerla. En la segunda enseñanza, o *high school*, la ley preceptúa que en los dos últimos años el aprendizaje del español sea optativo. Y en la enseñanza universitaria, en carreras como Artes liberales, Derecho, Medicina, Educación, Comercio y Servicio extranjero, es obligatorio el estudio de 24 «unidades académicas», mientras que en las demás carreras universitarias sólo existe la obligatoriedad de estudiar un mínimo de 12 unidades.

Casi 30 millones de personas pueblan las



Aspecto del aula durante una de las clases del II Curso Hispano-Filipino.

insulares tierras filipinas, pero no pasan de un millón los que allí conocen el español. Nacionalmente se habla el inglés, y familiarmente, el tagalo, que, dicho sea de paso, es el principal y más extendido de los 80 dialectos o lenguas indígenas que aún se conservan.

—Nuestra juventud—nos dice la profesora y cursillista señora Lelilia de Fernández Lumba; su esposo, don Enrique Fernández Lumba, es un gran hispanista—entra en la vida sin conocer el idioma que hablaron sus padres. Y la grandeza de nuestro pasado no se puede conocer bien sin el pleno dominio del español.

El futuro del español en Filipinas dependerá de lo que en definitiva acuerde el Senado, donde ahora se discute una reforma educacional del país, y con ella la supresión o confirmación de la Ley Cuenco, por la que se elevó en 1957, de 12 a 24, el número de «unidades» de estudio del español en las carreras ya mencionadas. El asunto tiene en estos momentos a la opinión pública dividida: muchos abogan por la reducción de las 24 «unidades», y no faltan los que de paso defiendan la tesis de quitar toda obligatoriedad del estudio del español en los años universitarios, dejándolo a opción del estudiante.

Mensajes de Hispanoamérica

Los países de Hispanoamérica han comenzado a cursar mensajes al Presidente de la República de Filipinas, Diosdado Macapagal, y al presidente del Senado, doctor Eulogio Rodríguez, solicitando la continuación de la obligatoriedad del castellano, por lo menos en la misma forma que ha regido hasta ahora.

Recientemente lo han hecho las instituciones culturales hispano-argentinas, entre ellas la Academia Argentina de Letras, las universidades de Buenos Aires, El Salvador, Mar del Plata y la Universidad Católica Argentina; el Círculo de la Prensa de Buenos Aires, la Sociedad Argentina de Autores y Compositores, la Cámara Argentina del Libro, la Cámara Española de Comercio de la Argentina, los Institutos de Cultura Hispánica Cuyano, de Santa Fe, de La Plata, de Córdoba y otras instituciones más.

El conjunto de estos mensajes, los que hasta ahora se han cursado y los que seguirán cursándose por los distintos países de América, constituyen, sin duda alguna, un fervoroso homenaje a España, cuya elocuencia la da el mismo idioma castellano, que para fines de siglo hablarán 600 millones de personas, y será entonces la lengua más hablada. Además, conforme se lee en el mensaje enviado al Presidente de Filipinas por la Cámara Española de Comercio de la Argentina, «el progreso que se acentúa en las comunicaciones transoceánicas está acercando, cada día que pasa, a los países de la cuenca del Pacífico, y es dable predecir las gravitaciones que en el terreno comercial, por ejemplo, irán teniendo los países cuyas opuestas riberas van al Mar del Sur, entre los cuales se hallan ocupando posición de privilegio Filipinas y las naciones de América». Nadie duda, pues, del beneficio que supone el uso de un instrumento de relación humana cuyo ejercicio se hará punto menos que imprescindible.

La labor del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, al establecer los cursos hispano-filipinos y preparar anualmente varias decenas de profesores de español, se ha adelantado a acontecimientos previsibles y ha iniciado una obra de sementera y de futuro, camino largo y de paciencia, pero firme y seguro. Con cada profesor de es-



Las estudiantes visitan con detenimiento los lugares de significación hispánica.

pañol que se forma en Madrid, una posición más se ocupa luego en Filipinas para el rescate y conservación del castellano.

El I. de C. H., a nivel de universidad

En el II Curso Hispano-Filipino, que en la actualidad funciona (de enero a junio) en la propia sede del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, se han matriculado un total de 30 cursillistas, de los cuales 28 son mujeres. Todos son profesores de español que vienen a perfeccionarlo en España. Pudiera pensarse que un mayor número de cursillistas debiera nutrir esta matrícula, pero cuando se tiene en cuenta la lejanía de la procedencia de los asistentes y la duración del curso, que supone para todo el que lo haga un desplazamiento de residencia por medio año, entonces el número de estos profesores tiene mucho valor. Cada asistente paga—aunque con una sustancial ayuda del Instituto de Cultura Hispánica—el viaje trasatlántico, que es un gasto fuerte; luego el Instituto facilita en Madrid la estancia, matrícula, libros y clases.

El curso comprende, entre otras asignaturas programadas: Fonética y Fonología, Sintaxis y Ortografía, Historia del idioma, Filología y Metodología, Dialectología, Lingüística comparada con el inglés, Estilística, Literatura moderna y Prácticas de enseñanza.

De acuerdo con las autoridades educacionales y universitarias de Filipinas, el título es reconocido oficialmente en aquel país. Este reconocimiento de *master major in Spanish* otorga, en consecuencia, al Instituto de Cultura Hispánica, organizador del curso, y en cuyo edificio se dan las clases, un rango de universidad, en relación con Filipinas, disponiendo así el Instituto de un instrumento educativo con pleno valor legal. De este Curso saldrán profesores especializados, que a su vez podrán formar a otros, y quedarán capacitados para programar en sus tierras nuevos planes y tecnificar una enseñanza que se verá enriquecida con material didáctico, intercambio cultural y hasta una nueva pedagogía.

En este sentido pueden abrigarse esperanzas de mejores tiempos para el español en las hermosas tierras filipinas.

Los problemas de Filipinas podrán ser, como tantos otros, problemas del mundo actual, pero en especial son de todos nosotros, porque Filipinas es un frente del mundo libre, cristiano e hispánico en el Extremo Oriente. Junto al florecimiento de nuevas naciones, todos sentimos el impulso universal de asociarnos. Y Filipinas—irreversiblemente hispánica—representa un noble aspecto de nuestra integración. La presencia de la cultura hispánica en el Extremo Oriente es un fenómeno interesante de la historia moderna, y de ahí la importancia que damos al rescate del español en el gran archipiélago, comenzando por la formación de estos profesores en Madrid, con lo que recibirá la nación filipina una transfusión de lingüística fresca, promoviéndose un intercambio cultural con el envío de revistas, periódicos y libros desde España. Los profesores de español en Filipinas son los nuevos mensajeros del mundo de la hispanidad en el Oriente.

N. L. P.

(Fotografías de Basabe en color y negro.)

Muchachas filipinas —que asisten al curso para profesores de español— ataviadas con sus típicos trajes en los jardines del Instituto de Cultura Hispánica





ANALIA GADE EN EL



MUSEO ROMANTICO





ANALÍA GADÉ EN EL MUSEO ROMÁNTICO

Analía Gadé, que se confiesa secretamente romántica, es visitante habitual de este Museo.

de la saleta de Isabel



II al cuarto de Larra

Un cigarrillo en el cuarto de Larra, ante el retrato del máximo representante del romanticismo español.





ANALÍA GADÉ EN EL MUSEO ROMÁNTICO

Contrasta en una mujer de nuestro tiempo, como Analía lo es, esta tendencia a la ensoñación.



EN la madrileña calle de San Mateo abre sus puertas el Museo Romántico. Mariano Rodríguez de Rivas, su creador, ha escrito de esta mansión: «...en ella tuvo su sede el famoso colegio de San Mateo, que, dirigido por el correcto vate Alberto Lista, dio alas y musas a la poesía romántica. Por esta calle deambularon sus discípulos José de Espronceda, el marqués de Molíns, don Ventura de la Vega, don Patricio de la Escosura, don Eugenio Ochoa, el conde de Cheste y el gallego don Antonio Cavanilles. Su enlosado tiene eco de aquellas, ora apacibles, ora nerviosas, pisadas...» El edificio es una construcción académica y horizontal. Ventanas enrejadas y bohardillones. Fue construido en 1779. Al fondo del zaguán, un patio con fuente, pájaros y enredaderas. Ante la cancela, el busto del marqués de la Vega-Inclán, obra de Benlliure.



Otro cigarrillo entre muebles de época, contemplando la decoración de techo y paredes.





ANALÍA GADÉ EN EL MUSEO ROMÁNTICO

El arpa, de la que han huido las sombras becquerianas, luce, dorada y clásica, en uno de los salones.

ANALÍA Gadé, la famosa actriz argentina, cuyos éxitos la han identificado con nuestro pueblo y nuestras cosas, se confiesa secretamente romántica, y por eso ha llegado a este Museo, del que ya es visitante habitual.

—Sí, creo que soy completamente romántica, pero me avergüenzo un poco de manifestarlo. Me parece que eso ya no se lleva.

Efectivamente, contrasta en una mujer muy de nuestro tiempo, como ella lo es, esa tendencia a la ensoñación, ese culto del pasado sentimental. Por eso, para vivir libremente su romanticismo, para sentirse a gusto entre viejos cuadros y evocadoras luces de otra época, Analía viene de vez en cuando al Museo Romántico. Se sienta a leer en el jardín; pasea por las estancias, de la saleta de la reina Isabel II al cuarto de Mariano José de Larra; pulsa el delicado piano o el arpa, de la que han huido pájaros y sombras becquerianos, y que luce, dorada y clásica, en un amplio salón...

Las dos románticas reinas españolas, María Cristina de Borbón y su hija, Isabel II, nos contemplan desde los egregios medallones. En la saleta de la reina Isabel hay una consola fernandina y dorada sillería preisabelina de caoba. En el techo, una fantasía oriental de odaliscas y sultanes.

—¿Quién ha pintado esos señores del techo?

—Juan Gálvez lo pintó, querida Analía. Juan Gálvez fue un pintor romántico que murió en 1847.

Pero hemos entrado en el salón de baile. En el techo se representa *La Aurora.* Hay una alfombra de la Real Fábrica, sobre la que Analía Gadé pisa con paso menudo y gracioso. Dos grandes arañas y robustos ángeles rococó. Tapicería azul, sobre la que han pasado versos románticos y susurros de la conspiración restauradora. Gustavo Adolfo Bécquer, el duque de Sesto, Gertrudis Gómez de Avellaneda, don Ramón de Campoamor, don Antonio Cánovas del Castillo, el general Martínez Campos, don Marcelo Azcárraga... Esos fueron los ilustres contertulios de este salón. Eran los tiempos en que Núñez de Arce calificaba las rimas de Bécquer de «suspirillos germánicos». Cuadros de Esquivel.

—Mira, Analía, ese niño del retrato es el hijo de don Julián Romea y doña Matilde Díez, tus más importantes colegas de la época romántica.

Chimenea, reloj y atizafuegos. Retratos de Madrazo y Vicente López. Todavía vibra luminosa, en ellos, la paleta romántica. Analía va del arpa al piano, del piano al arpa.

Sala del general Prim, con cuadros de Joaquín Domínguez Bécquer y Eduardo Cano. Un retrato de la miniaturista doña Teresa Nicolau y Parody, a quien Rodríguez de Rivas ha llamado la «Gioconda romántica». Saletas de los militares y de los pintores costumbristas; esta última, muy poblada por las obras y el recuerdo de Valeriano Bécquer.

—¿El hermano del poeta?—pregunta Analía.

—Exactamente.

La romántica decoración de la salita de Madrid reúne una lámpara de cristal esmerilado, una consola y un sillón de caoba, grabados, litografías, cerámicas, lienzos y miniaturas. Gómez pintó el Madrid del XVIII. En otros marcos, el Madrid litografiado del XIX. Aguadores del Prado y ermitas madrileñas. Atuendos regionales por las calles y plazas de la Villa. Sala de literatos y artistas, con un trasunto pictórico de las lecturas de don Ventura de la Vega, escuchadas por Antonio Guzmán, Emilio Mario, García Luna, Manuel Ossorio... Sala del siglo XVIII, con retratos de Godoy y María Luisa. En el oratorio, el San Gregorio Magno de Goya. En la sala real, recuerdos de los monarcas e infantes del romanticismo. Un clima *pompier* preside la estancia. Fernando VII y sus esposas, en la iconografía. Isabel II, todavía adolescente. Junto al balcón central, una escultura de mármol,



firmada por Piquer en 1855, representando a un infante.

En el dormitorio se ha reproducido la habitación de una damisela romántica. Colcha filipina, alto espejo, tocador, gran consola, joyero, tenacillas para rizar el bucle rubio que luego, quizá, habría de cortar, audaz, el galán. Hay un despacho que bien pudiera haber sido de Mesonero Romanos. Un Zurbarán en la sala del ingreso. Pasamos al estrado o habitación familiar, dispuesta para el visiteo semanal de confianza. Buenos cuadros y lindos abanicos. Toda una amplia familia de sillas y sillones. El techo del comedor se decora con escudos de las provincias españolas. Cerámica de Sargadelos y Pasajes, cristalerías de La Granja, platos de la fábrica de Cartagena y una licorera en forma de coche. Cafetera de porcelana.

En este comedor romántico, Analía se ha sentido muy ama de casa. Cómo le gustaría recibir a sus invitados en un lugar así, servirles en estas vajillas, bajo estas lámparas...

—Sería como un sueño—dice.

Pero tanto la bella visitante como uno mismo, estamos deseando llegar al cuarto de Larra, máxima figura del romanticismo español. «El inadaptado, el cansado de vivir, el fatigado observador de la cominería humana», ha escrito de él Mariano Rodríguez de Rivas, su homónimo admirador. En la vitrina familiar de Mariano José de Larra—al fin hemos llegado—, los autógrafos literarios, la intransigente aritmética de las cuentas caseras, los pequeños recuerdos y una pistola... El suicidio de Larra—la primera pluma del periodismo español—se llevó a cabo delante de un espejo. Se ha dicho que el *dandy* quería ser frío testigo de su escena final, frente al dramático azogue. «Su fija mirada apesadumbra hoy esta habitación», como escribiera otro romántico.

Sobre el papel listado de la pared, otros escritores acompañan la sombra y el recuerdo de *Fígaro,* efigiados por Benjumea, Gómez Cros, etc. Se trata de don Francisco Martínez de la Rosa; Eulogio Florentino Sanz, el «mundano y estremecido», y don Manuel Bretón de los Herreros, sosegado y castizo. Sobre el *secreter* podría orearse aún la tinta reciente de la última crónica de Larra.

El jardín es espeso y decadente. Hay en él pensamientos primaverales, hortensias de junio, margaritas de julio y geranios populares de agosto, como los que asoman a tantos balcones y ventanas madrileños para respirar en la noche pintoresca un aire de verbena. Crece el magnolio en su rincón. El viejo tilo, los jóvenes chopos, el acer, junto a la binca y el aligustre... Hierba «María Luisa», hierbabuena en los tiestos que rodean la fuente. A Analía le gusta sentarse a leer y fumar en este jardín. Como inquilinos de la hiedra y la enredadera, unos semidioses griegos, en asendereada escayola, que contemplan con sus ojos blancos al amorcillo verdinegro del surtidor.

Hasta el jardín nos llega, desde una ventana, la melodía de una caja de música que alguien hace sonar allá arriba. Analía pasea entre la fronda. Se despide con melancolía de todo esto. Sin duda, volverá otras muchas tardes para recorrer los entredormidos salones, pulsar el arpa o el piano, fumar un cigarrillo entre sombras galantes y evocadoras. La visita a este Museo es un bello y fácil viaje al pasado que todavía puede llenar de ensueño a una mujer de corazón secretamente romántico. Pero ha cesado la melodía, de pronto, en la caja de música.

F. ALEJANDRO

(Fotos de Basabe en color y negro.)

EL FUERTE DE SAN JERONIMO DEL BOQUERON

CONVERTIDO EN MUSEO MILITAR Y NAVAL DE PUERTO RICO



En 1587 ya existía en la isleta de San Juan, emplazado en el punto de la playa conocido por el Boquerón, opuesto a la punta del Condado, un pequeño fuerte destinado a impedir desembarcos enemigos en las caletas vecinas y los intentos que desde Cangrejos (hoy Santurce) pudieran realizar tropas invasoras para cruzar la laguna e invadir la isleta. El fortín estaba equipado entonces con cuatro piezas de artillería y defendido por una guarnición de trece soldados.

Sus cañones hicieron fuego en 1595 contra las naves del corsario inglés sir Francis Drake, impidiendo que efectuaran un desembarco por la playa del Escambrón. Tres años después, las mismas baterías, unidas a las que operaban desde el fortín de San Antonio (junto al puente del Agua), impidieron los intentos de las fuerzas inglesas del conde de Cumberland de ganar el acceso a la ciudad por dicho puente. No tuvieron el mismo éxito para evitar su desembarco por la playa del Escambrón.

El gobernador don Gabriel de Rojas reconstruyó el fuerte en 1609, poniéndolo bajo la advocación de San Jerónimo, cuyo nombre lleva desde entonces. Para esta época, según descripción del mismo gobernador, el fuerte ya tenía la forma cuadrada que aún conserva.

El fuerte no desempeñó función de importancia cuando se efectuó el ataque de los holandeses a San Juan en 1625, debido a que en esta ocasión la flota enemiga entró al puerto y sus tropas desembarcaron en la propia ciudad. En 1646 el fuerte fue reconstruido de nuevo por el gobernador don Fernando de la Riva Agüero, y durante este siglo fue utilizado varias veces como prisión.

A fines del siglo XVIII, la Corona española realizó vastas obras militares en Puerto Rico, que incluyeron la terminación del castillo de San Cristóbal. En las obras se dio especial atención al fuerte de San Jerónimo, ordenándose en él reformas que aprobó en 1791 el rey Carlos IV, y que quedaron terminadas cinco años después.

En 1797, el fuerte de San Jerónimo, junto con el fortín de San Antonio, tuvo participación destacada en la defensa de San Juan contra los ingleses. Por espacio de varios días, las guarniciones de ambos fuertes, comandadas, respectivamente, por el teniente coronel don Teodomiro del Toro y por el capitán de Ingenieros don Ignacio Mascaró, resistieron victoriosamente los esfuerzos que, para poner pie en la isleta, hicieron las tropas del general sir Ralph Abercromby, acampadas en Cangrejos (Santurce), dando lugar a que los milicianos y voluntarios del interior de la isla pudieran organizarse y atacar la retaguardia de los invasores. Ante esta situación, el ejército enemigo levantó repentinamente el sitio, reembarcándose con gran prisa y dejando abandonada gran cantidad de cañones y pertrechos de guerra. El fuerte sufrió tales daños a causa del intenso bombardeo a que entonces fue sometido, que hubo de ser reedificado (1799).

Al establecerse el bloqueo de San Juan por la flota norteamericana, en 1898, con motivo de la guerra entre España y los Estados Unidos, se instalaron en el fuerte cañones de largo alcance, pero no llegaron a utilizarse, debido al cese de las hostilidades por el armisticio entre ambas naciones. Para esta época se había construido en el fuerte, sobre la sala de armas, una casa de madera, que usaba como residencia un oficial del ejército español.

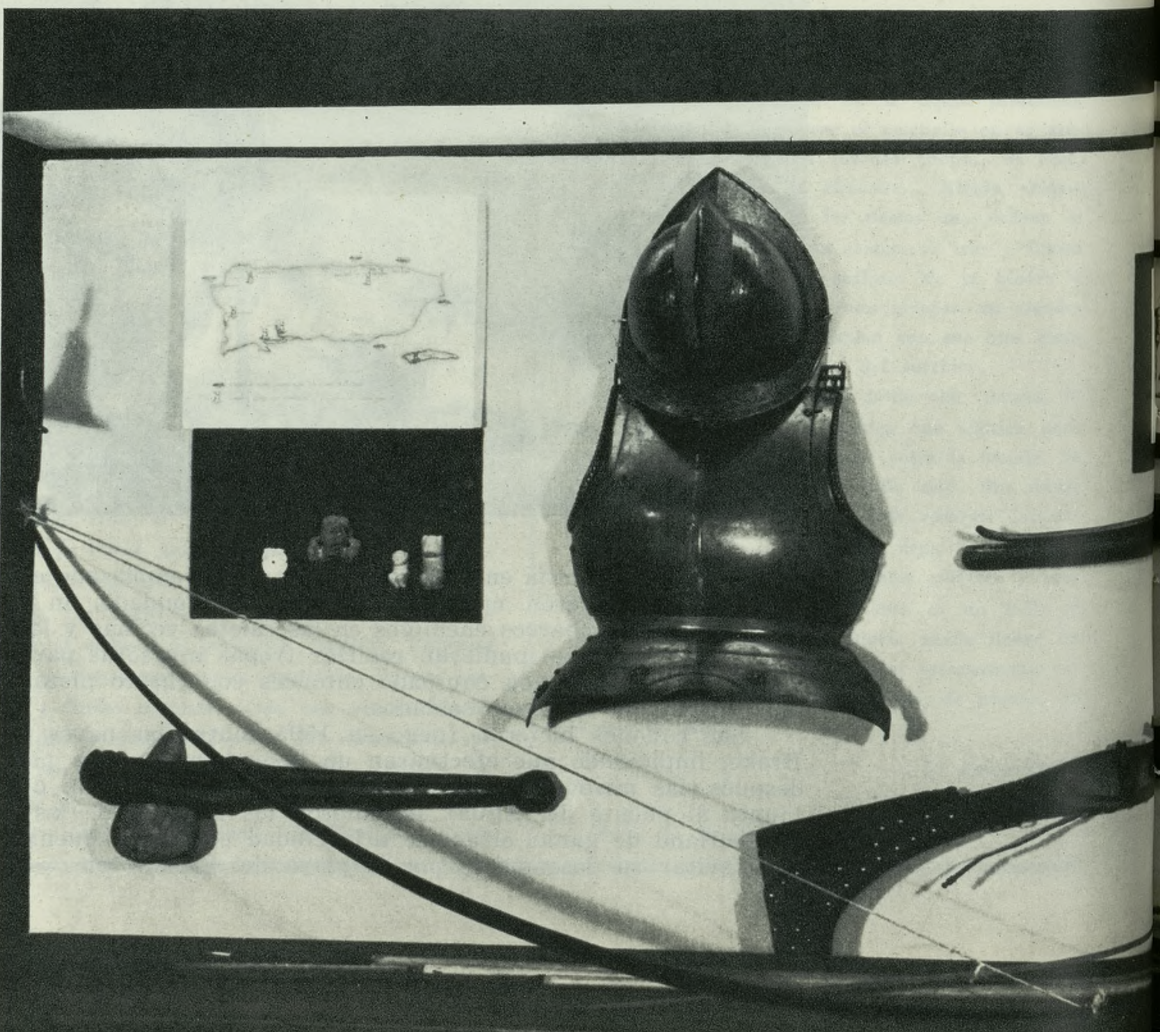
A principios del presente siglo, la Secretaría de Guerra de los Estados Unidos cedió el fuerte, por un período de noventa y nueve años, a un militar norteamericano retirado, que también utilizó la casa antes mencionada como residencia.

En los primeros años de la década de 1950, el Gobierno del Estado Libre Asociado, reconociendo el valor histórico del fuerte, lo adquirió de su propietario. Más tarde, el Gobierno entregó el fuerte al Instituto de Cultura Puertorriqueña, que se hizo cargo de su restauración, habilitándolo e instalando allí el Museo de Historia Militar y Naval de Puerto Rico, que es visitado constantemente.

EL FUERTE DE SAN JERONIMO DEL BOQUERON



Figura de soldado del siglo XVI y cañón tomado a los ingleses en 1797.



Armas españolas e indias utilizadas en Puerto Rico.



El Museo de Historia Militar y Naval

El Instituto de Cultura Puertorriqueña ha escogido, pues, para marco del Museo de Historia Militar y Naval de Puerto Rico, el recinto de un fuerte histórico, testigo y protagonista de muchas de las batallas que en defensa propia ha tenido que librar Puerto Rico a través de los siglos. El fuerte de San Jerónimo del Boquerón fue baluarte firme de la primera línea de defensa de San Juan de Puerto Rico, plaza militar que, por su importancia dentro del sistema defensivo del Imperio español en América, mereció ser denominada el Antemural de las Indias.

El Museo de Historia Militar y Naval incluye tres salas del fuerte, restauradas y amuebladas en un intento de reconstrucción histórica (capilla, sala de guardia, cocina), y otras dos salas dedicadas a exposiciones permanentes, todas ellas dentro del recinto amurallado. Algunas piezas de exposición, como los cañones y otros elementos de artillería, han sido ubicadas en las azoteas y troneras del fuerte.

La Sala Central

Las exhibiciones de la sala central (armas, armaduras, banderas, uniformes, grabados, documentos y otros objetos) procuran dar una visión de conjunto de los cinco grandes momentos de la historia militar de Puerto Rico:

1. La conquista española. Guerra entre los invasores y los indios (1511).
2. El ataque de sir Francis Drake a San Juan (1595).
3. La invasión del conde de Cumberland (1598).
4. El ataque holandés de 1625.
5. El último intento de los ingleses por apoderarse de Puerto Rico (1797).
6. La guerra hispanoamericana (1898).

En la pared de fondo de la sala se exhiben las banderas reales o nacionales de España que se usaron en Puerto Rico hasta el año 1898, especialmente las que ondeaban sobre los castillos de San Juan en las fechas en que se realizaron los ataques e invasiones antes mencionados:

1. Estandarte real de los Reyes Católicos (1493, 1508-1517).
2. Bandera de la cruz de Borgoña (Casa de Austria (1595-1598).
3. Bandera de la cruz de Borgoña (segunda época) (1625).
4. Bandera de Carlos IV de Borbón (1797).
5. Bandera nacional de España (1843-1898).

Junto a las banderas figuran maniquíes de soldados vestidos con la indumentaria o uniforme en uso por las tropas españolas en las fechas correspondientes, poco más o menos, a las banderas:

1. Epoca de la conquista (1508-1511).
2. Fines del siglo XVI (cuando se efectuaron los ataques de Drake y Cumberland).
3. Principios del siglo XVII (en tiempos del ataque holandés de 1625).
4. Final del siglo XVIII (en el año del último ataque inglés).
5. Y final del siglo XIX.

La Sala de Historia de la Navegación

En esta sala se presentan modelos de los diferentes tipos de navíos (casi todos de guerra) que, desde la época del Descubrimiento hasta el año 1898, realizaban la travesía del Atlántico, comunicando el Nuevo Mundo con los puertos de España. Se exhiben, además, mapas y planos relacionados con las fortificaciones de Puerto Rico y con las regiones geográficas del mar Caribe y el golfo de México.

Los modelos de buques son los siguientes:

1. Carabela «Santa María», tipo de fines del siglo XV y principios del XVI.
2. Galeón español de la primera mitad del siglo XVI.
3. Galeón de la flota de la Nueva España (siglo XVII).
4. Fragata de guerra usada como convoy en el siglo XVIII.
5. Destructor de la armada española (fines del siglo XIX).

La Sala de la Guardia y otras dependencias

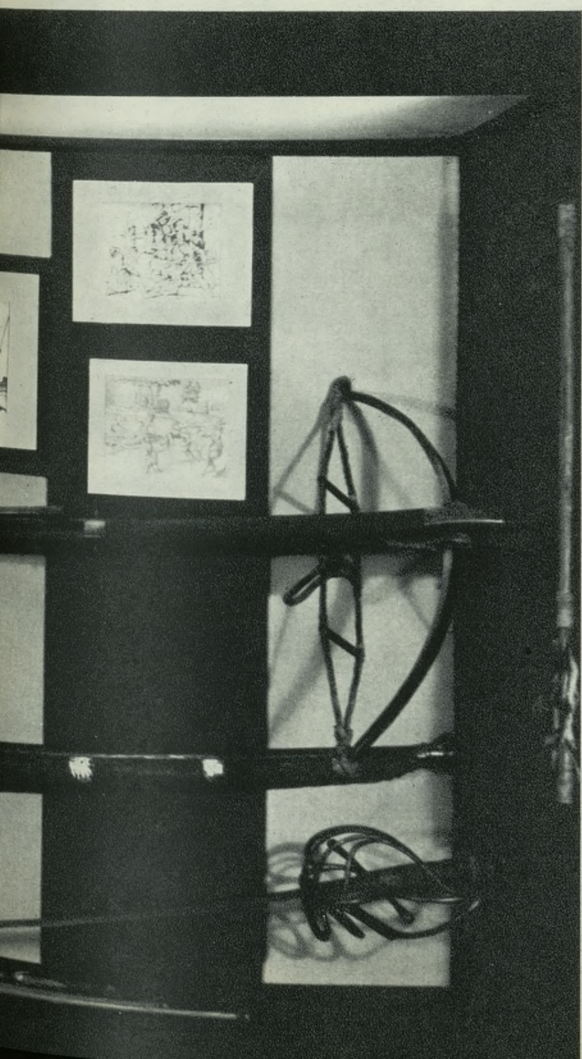
La sala de la guardia está amueblada con una mesa de campaña, un baúl, sillas de cuero y bancos de principios del siglo XVIII. De las paredes cuelgan granaderas de cuero. Se exhiben en esta sala una armadura completa del siglo XVI y un cañón portátil. Adorna una de las paredes la copia del famoso retrato de Carlos III, obra de Mengs, que se conserva en el Museo del Prado. A Carlos III se deben las grandes reformas y obras militares realizadas en Puerto Rico a fines del siglo XVIII.

La bóveda del fuerte ha sido convertida en capilla militar, presidida por un crucifijo de madera (talla puertorriqueña del siglo XIX) y un pequeño altar portátil de estilo rococó. Está equipada con algunos bancos rústicos. En una esquina figura la imagen de Santa Bárbara, patrona de los artilleros, escultura en piedra del siglo XVI.

La cocina, muy reducida, como corresponde a las dimensiones del fuerte y a lo limitada que fue siempre su guarnición, tiene un fogón de ladrillo, del que se proyecta una mesa del mismo material. Está equipada con bancos de madera, tinajas para agua, botijas de barro para el aceite y otros utensilios de cocina y de mesa.

En las almenas se han emplazado piezas de artillería de diferentes épocas; entre ellas, algunos cañones tomados a los ingleses en el año 1797.

Este es el actual destino del fuerte de San Jerónimo del Boquerón, convertido en Museo de Historia Militar y Naval de Puerto Rico.





Sala de la guardia en el Museo de San Jerónimo del Boquerón.

INSTITUCIONES HISPANICAS

LOS CABILDOS ABIERTOS

Por FRANCISCO XAVIER TAPIA

El cabildo abierto, una antigua institución hispánica cuyos orígenes se remontan más allá del medioevo, y quizá aún a los primeros pobladores de Iberia, arraigó ya desde el comienzo en la América hispana.

Hernán Cortés reunió a sus soldados en Veracruz para consultarles sobre el envío que pensaba hacer al rey del recién hallado tesoro de Moctezuma. Pizarro también convocó varios cabildos abiertos. Uno, famoso, para trasladar a los colonos españoles de Jauja al valle del Rimac, y constituir así la Ciudad de los Reyes, o Lima.

Otros conquistadores, como Suárez Rendón, Valdivia, Mendoza, Martínez de Irala, etc., usaron también el cabildo abierto en ocasiones importantes. Así, por ejemplo, Valdivia sólo aceptó la gobernación de Chile después de que los vecinos de Santiago se habían reunido varias veces en cabildo abierto y le habían elegido para el cargo por unanimidad. De una manera semejante, Gonzalo Suárez Rendón fue elegido por el pueblo de la ciudad de Tunja, que él mismo había fundado, como capitán general de Nueva Granada, después de la partida de los Quesada.

El cabildo abierto no se reunió solamente en el siglo XVI. Las ciudades y villas de América, con una relativa frecuencia, convocaron cabildos abiertos en los siglos posteriores. Se reunían o todos los vecinos o sólo un grupo escogido de ellos, según las circunstancias. Generalmente, en esas reuniones, se trataba de asuntos de alguna importancia para la ciudad o villa en cuestión. Así, temas discutidos en cabildo abierto fueron el nombramiento de un procurador, y, en algunos casos, la elección de un gobernador, aunque sólo unas pocas ciudades gozaron de este privilegio. También trataron temas de asunto religioso mixto, como el cumplimiento de un voto público o la creación de una nueva fiesta de guardar. Otras veces se reunían con el fin de recaudar fondos para una obra pública, como la erección de alguna pequeña fortaleza contra los piratas, una nueva iglesia o cementerio, un canal de desagüe que previniera las inundaciones, y otros muchos temas parecidos.

Las actas de aquellas reuniones se hallan muchas veces entremezcladas con las del cabildo ordinario municipal. Pero historiadores como José Milla, Oviedo, Velasco, Tello, nos hablan de otros casos que los escribanos no registraron.

El cabildo abierto, que tanto sirvió a los conquistadores y colonos hispanos, vino a ser utilizado más tarde por los criollos americanos. Cuando en los albores del siglo XIX los hispanoamericanos creyeron llegado el momento de su independencia, no recurrieron a los consejos de guerra de los indios, sino que utilizaron el cabildo abierto, que sus abuelos habían traído de España. Por eso, con ocasión de la independencia, se convocaron en toda América cabildos abiertos.

Famosos fueron los del 22 de mayo en Buenos Aires, 20 de julio en Bogotá y 22 de diciembre en Granada (Nicaragua). Algunos autores han venido a considerar el cabildo abierto como sinónimo de motín o sedición, pero es ésta una interpretación errónea, pues ni siquiera los cabildos de la independencia tuvieron ese carácter.

Cabildos abiertos ha seguido habiendo en América aun después de la independencia. El que esto escribe ha tenido ocasión de presenciarlos en Colombia, Bolivia y, últimamente, en Perú.

A los pocos días de iniciar su mandato, el Presidente Belaúnde Terry convocó, en todo el ámbito del territorio peruano, cabildos abiertos para elegir los alcaldes de las cabezas de partido. Presenciamos uno de estos cabildos en la pequeña localidad india de Chincheros, no lejos de la histórica ciudad del Cuzco. Era un día frío, suavizado por ese sol único de los Andes. En la plaza de Chincheros se habían congregado unos 1.200 indígenas del pueblo y sus alrededores. Teníamos a un lado las estribaciones nevadas de la cordillera, y al otro, un imponente muro incaico que daba soporte a la iglesia, de adobes, y a la parte alta del pueblo. Contrastaba todo esto con el marrón del suelo y los coloridos ropajes de los indios.

Se comenzó el cabildo abierto. Había seis candidatos. Pronto quedaron reducidos a dos: el maestro y un señor de aspecto importante. Se tuvieron los discursos de rigor, en quetchua. En seguida, la votación. Los indios, al oír el nombre de su candidato, levantaban la mano. Se contaron los votos, y salió elegido el maestro. Un gran aplauso proclamó al nuevo alcalde. Chincheros ya tenía un nuevo dirigente, escogido por el pueblo.

Ha comenzado el cabildo abierto. Los candidatos han propuesto sus programas, y al proclamarse el nombre de uno de ellos, sus partidarios expresan su voto.

Un grupo de indios espera, junto a la iglesia, a que se les dé acceso a la asamblea pública, de la que saldrá elegido un nuevo dirigente.

Al cabildo abierto asisten, junto con el pueblo, algunos alcaldes indios con el bastón simbólico.



¡TURISTAS!

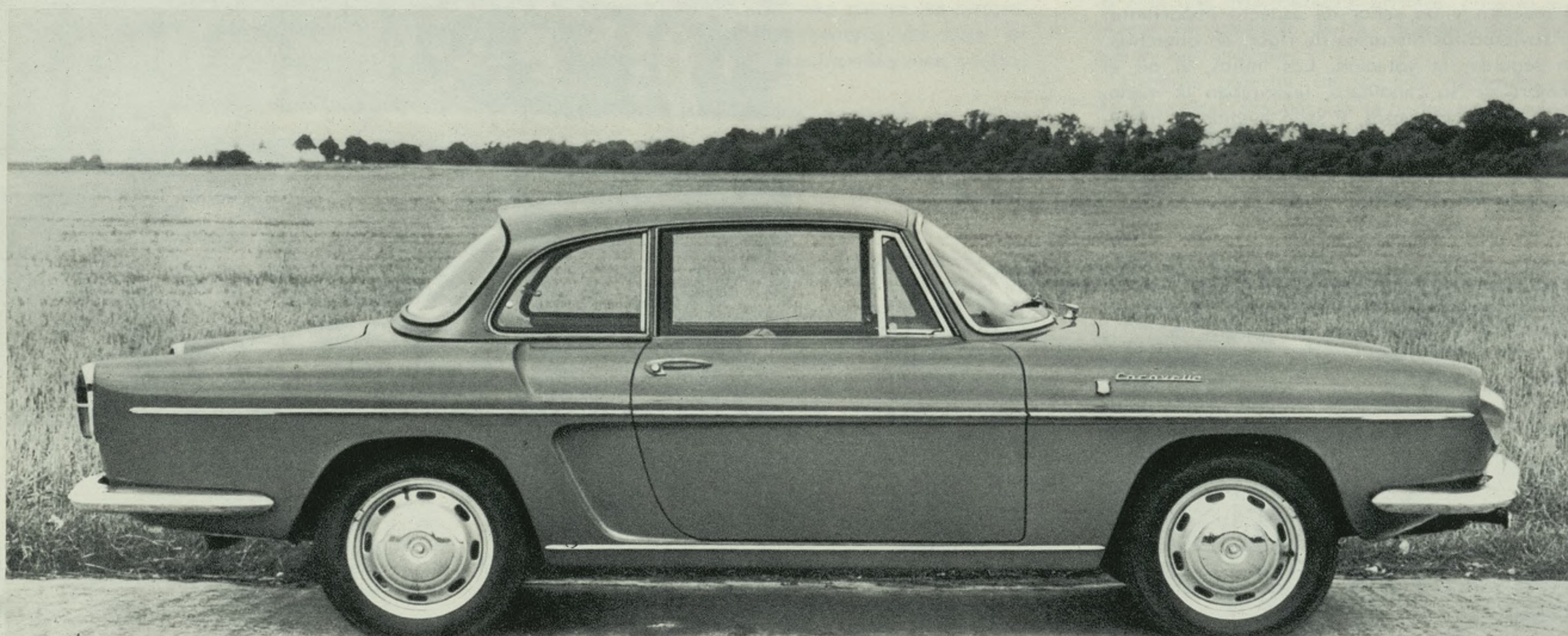
AL PENSAR EN SU VIAJE POR EUROPA NO OLVIDE QUE SU SOLUCION ES

MATRICULA TT

ENTREGA INMEDIATA

¡Más barato que cualquier tipo de alquiler!

Modelos 1964 desde $ 982 + gastos de entrega y matriculación



...y a su regreso devuélvanos el automóvil donde Vd. desee, con la aplicación de nuestras inmejorables tarifas de recompra.

Para información, CONCESIONARIOS RENAULT en:

* VALENCIA
Mestre Racional, 19-21
* SEVILLA
M. Vázquez Sagastizábal, 3
* PALMA DE MALLORCA
Av. Alejandro Roselló, 79
* CADIZ
Av. Cayetano del Toro, s. n.
* MALAGA
Carretera de Cádiz, 178

MADRID-1
P.º Calvo Sotelo, 16
* SAN SEBASTIAN
Av. Tolosa, s/n.º
* ORENSE
General Franco, 68
* LEON
Independencia, 10
* LUGO
Ronda de los Caídos, 30
* BILBAO
Gran Vía, 66

* BARCELONA-11
Rosellón, 188-190
* SANTANDER
Paseo Pereda, 35
* LA CORUÑA
Pardo Bazán, 22
* VIGO
García Barbón, 4
* OVIEDO
Principado, 9



la pintura de PEDRO FIGARI

Por JOSE PEDRO ARGUL

El pintor Pedro Figari era muy comedido en ilustrar de palabra la figuración de sus cuadros. Figari—bien lo afirmaba el artista en sus sabrosas charlas—tuvo su tema, cuyos motivos son todos innegablemente parecidos al escenario del río de la Plata. Bastante fácil es comprender que en este último aspecto sólo puede interesar al uruguayo o al argentino, pero los temas en pintura empiezan a ser válidos desde las mismas creaciones de los artistas, y no por méritos referenciales, que sólo atraen a la gente local. Lo que importa afirmar es que Figari creó su tema—«el país del doctor Figari»—y que la narración de ese folklore íntimo del artista interesa a todo el mundo, porque se le comprende como extraído desde dentro del pintor y no como captación externa o pintoresca de las cosas reales. De temas, motivos y anécdotas hablaba con sus amigos con la misma socarronería que lo hacía en su pintura. No comentó jamás su plástica; su expresión era algo que se daba en él como añadidura; habría sido difícil que la tomara como una problemática. En su color fue un armonista, tal como los de su época, los *impresionables*, que fijaban resoluciones sorprendentes, sólo atentos a sus ocurrencias. Como dibujo, Figari creó el suyo; no tenía resabio alguno de la noción académica del acabado perfecto. El dibujo de Figari es individualista en grado sumo, desformulado al extremo, pero el más convincente a su propósito, el más preciso para imprecisar formas y detalles en su deseo de recordación poética del pasado, sin caer en las anacrónicas reconstrucciones, para poder fundir cualquier relato suyo en el plano de la leyenda, que es la que hace ciertas las cosas pasadas. (En una exposición de Figari, alguien, con asombro, advirtió que las figuras del pintor no arrojaban sombras, sin darse cuenta de que esos personajes de ensoñaciones eran sombras coloreadas ellos mismos...)

Rápida ubicación

Y puesto que componemos un artículo para una divulgadísima revista hispanoamericana, no estará de más extender bien el ojo para observar que los artistas que en varios países suramericanos cumplieron las faenas de interpretaciones más libres, personales y de mayores ocurrencias de la figuración, fueron tres hombres, que llevaron pesado lastre de disciplinas de estudio o de culta sedimentación familiar: Miguel Carlos Victorica, bohemio de casona argentina, autor de sorpresivos enfoques y extrañas combinaciones colorísticas, excepción en el mesurado arte bonaerense, y los abogados el chileno Herrera Guevara, comentarista del fauvismo, y el uruguayo Pedro Figari.

Nació en Montevideo el 29 de junio de 1861 y falleció en su ciudad el 24 de julio de 1938. Al cumplirse el centenario de su nacimiento, tuvo la honra póstuma del traslado de sus restos al Panteón Nacional y la apertura de un museo dedicado a su obra. Asimismo, el Museo Nacional de Bellas Artes de la capital uruguaya guarda buena cantidad de sus óleos.

Lo primero que pudo señalarse al cumplirse esa conmemoración es el asombro de que el centenario haya ocurrido. Las cifras no mienten: cien años son cien años, pero cuesta un tanto adaptarse a la evidencia y considerar al autor de esos cuadros, aún bastante nuevos para aquí, como anterior a figuras de nuestro arte, tales como Carlos María Herrera, discípulo, al comienzo del siglo, de Sorolla, y Carlos Federico Sáez, amigo de Pradilla, que lo preceden como ejercitantes de escuelas ubicadas en épocas que las historiamos como muy distantes, pintores a los que aún les faltan años para ser centenarios. Resulta curioso, pero es bien explicable. Si la historia de las artes latinoamericanas, después del impresionismo, la



establecemos por fechas, relacionándolas con la marcha del arte occidental europeo, del cual es señaladamente tributario, no podríamos dejar de advertir la evolución local como regida por una loca cronología.

El modernismo, veinte años posterior al impresionismo en sus fuentes de origen, aquí le antecede, y los modernistas de la Argentina, Uruguay y Brasil vienen a resultar preimpresionistas, aunque deriven de aspectos de la misma gran escuela que parecen anunciar. Por otra parte, en el desarrollo de las artes locales, la evolución lógica de las ideas en pintura se ve frecuentemente alterada por la incorporación de artistas compatriotas cuya formación se ha cumplido en el extranjero. Barradas y Torres García—tomémoslos como ejemplo—concretaron sus más valiosas etapas en España y Francia, para regresar a su patria, a la que entregaron una obra acompasada a lo más nuevo de su tiempo, y, desde luego, recibida como inesperada o extraña en el medio nativo. No menos curiosa, pero por otros motivos, fue la incorporación del pintor Pedro Figari al movimiento artístico montevideano.

Un tránsito poco común

La vida de este pintor, como la de todo creador genuino, tiene sus características singularísimas. Entre las de Figari se destaca su radical cambio de ubicación social y oficial, que constituye una excepción de la existencia de sus notorios compatriotas. Se califica, con mucha agudeza y acierto, al intelectual, como hombre preocupado, y al político, como hombre ocupado. Figari desempeñó las dos actividades, pero puede decirse, si nos atenemos a la más objetiva apreciación de su quehacer, que ha invertido los períodos tal como la lógica establece y la vida ciudadana los suele ordenar.

Harto frecuente es que el hombre inquieto de ideales o simplemente de nombradía, en busca de vocación, comience por escarcear en las técnicas artísticas para luego abandonarlas por la prédica partidaria. La verdad es que el hombre opina con más facilidad cuando se encuentra requerido y movido por las eventualidades de los sucesos públicos; más difícil y de mayor esfuerzo mental es la labor del artista sumido siempre en la investigación de nuevas formas, únicamente incitado por sí mismo. Figari describió, pues, la trayectoria opuesta. Hombre evidentemente social, gozó en su juventud de la simpatía de los triunfos. Primero fue universitario, sobresaliente en el Derecho penal como defensor de inculpados en causas célebres de su tiempo; letrado y alto funcionario de instituciones del Estado, político que ocupara la banca de representante nacional. Un poco más aisladamente, ensayista de una filosofía panteísta; a ratos muy espaciados, pintor. Comprendiendo como pocos en qué grado las artes representan la sabiduría del pensamiento humano, supo compendiar todas sus ideas, fragmentadas en actividades múltiples, en la unidad visual del cuadro pintado.

En su ecuación personal, la pintura iguala la suma de numerosas experiencias en el trabajo constante y variado de persona de alta cultura. Confiarse así, como lo cumplió, con entrega total a las artes, tan llenas de incertidumbre, tan difíciles para los juicios definitivos, tan proclives al descontento íntimo de quienes las ejercen; darse enteramente a soltar sus preocupaciones después de haber sido solícitamente ocupado por su sociedad, es sencillamente haber realizado un acto heroico. Porque este inteligente personaje que conformaba muchos adeptos a su alrededor sabía que por este tránsito se ubicaba en cierto modo frente a esa sociedad en el lugar incómodo del incorformista. Al iniciar decididamente su entrega a la pintura, la conciencia debió de serle clara sobre el destino futuro, pues no podía ignorar su inmersión voluntaria en el descrédito ante los círculos y mundo oficial en que actuaba, el abandono total de los halagos fugaces y de la suspensión en su país por un largo lapso de su condición popular de prohombre, todo lo cual sucedió.

Por otra parte, hasta el momento de su decisión hacia la pintura, los círculos artísticos a los cuales iría a integrar no le estimaban más que como aficionado, como persona destacada, brillante, que amaba la pintura. En consecuencia, era un aficionado, un *amateur* distinguido. En general, el artista plástico profesional es condescendiente con el hombre ilustrado, culto; más aún con el universitario que le muestra sus obras. Tiene para él palabras de estímulo, le concede fácil halago y ha de reparar en menos defectos que el crítico, pero siempre y cuando no pretenda salir de esa categoría del pintar como entretenimiento. En una correspondencia del año 1919 enviada al pintor José Cúneo para felicitarle por unos recientes cuadros expuestos, Figari se coloca en una situación de *dilettante*. Comprensivo admirador de otros pintores, declarándose en categoría neófita, no reciben sus pinturas combativas negociaciones, como tampoco se divulgan sus méritos.

El estigma del aficionado le acompañó en la desconsideración ajena más de lo debido; su título universitario molestaba la estimación profesional de su pintura. Se le llamó repetidamente ingenuo; ¡a él!, el más docto y culto de la pintura rioplatense, el artista que trabajó sobre una organizada visión intelectual—por comprensiva—de su medio. Por otra parte, es posible preguntarse: ¿podría interesarle atender, leer o escuchar opiniones sobre su expresión muy nueva; los juicios de aquellos momentos, acostumbrados a medirlo todo con patrones de arte extranjero; críticas que resucitaban la leyenda de Procusto, estirando o acortando a los viajeros de la montaña griega hasta dejarlos ajustados a la sola medida de su lecho?

Paisajes, escenas, personas

Había ejercido el afecto a la pintura desde muy joven. Hay deliciosos apuntes suyos al óleo antes del fin de siglo. Hay acuarelas que reproducen aspectos del Montevideo antiguo, de seguro y correcto dibujo descriptivo y tono pictórico. El autorretrato con su mujer, de recién casados, es del año 1890. Tiene en sus comienzos el gusto italiano del 800, que era el que en la época se importaba a Montevideo. Anglada Camarasa, a cuyo taller de la Academia Vity, en París, concurrían destacados pintores uruguayos—el citado Cúneo, Arzadun, Rosé—en la segunda década de este siglo, influyó en Pedro Figari por su color enjoyado, preciosista, y por el arabesco dibujístico que coincidía a maravilla para trazar la abierta trama del ombú criollo. En algún momento las armonías de este artista son aún más audaces, libres y francas, como las polícromas preparaciones para los muros de la antigua pintura romana. Finalmente, los neoimpresionistas franceses del grupo intimista, de los cuales había hermosísimos cuadros en la casa de su amigo el pintor Milo Baretta, le sirvieron para soltar su interpretación evocadora de paisajes, escenas y personas.

Antes de 1921 ya había concretado la imagen de los aborígenes, agoreramente inmóviles, clavados a su suelo, sobre rocas o en llanuras, en medio de vastos horizontes, por falta de medios para desplazarse en las largas distancias. Había glosado con culta admiración la figura del gaucho, siempre altivo, en el campo libre, en peleas o amoríos; a pie o a caballo. Tenía ya compuesta la chanza cariñosa con los negros, siempre disfrazados, tanto en las fiestas como en los velorios. En el negro disfrazado de negro, como le pintó Figari, se cifra todavía hoy el mayor interés de los carnavales montevideanos. Era más duramente satírico, llegando a veces a la crueldad, en la concepción aguda de los ambientes ciudadanos, donde se hallaban las personas de su mismo medio social, a las que aludía en el recuerdo de las cursis veladas artísticas de los salones de otrora, cuyos descendientes en seguida irían a vociferar contra el estilo de un pintor más que contra la ironía, que posiblemente no sería entendida.

Cuando Figari estructuró toda la creación de su arte, tras larga meditación y paciente recato, fue a Buenos Aires a producir. Allí vivió cuatro años, pintando su reposo.

Creación y producción

Figari separó perfectamente estos dos tiempos de la obra de los artistas que establecen distinciones definitivas, y que en el presente tiéndese a confundir por el apresurado deseo de una uniformidad de expresiones, consideradas como conquista del artista moderno. Todo horizonte que presenta un nuevo pintor señero es recurrido inmediatamente por multitud de colegas de todos los países, sin conciencia de temores. Es verdad que el tiempo universal del arte moderno permite que hoy se mire a esos soles de frente no bien amanecen, como es cierto que en otros momento anteriores se contentaban los pintores colectivistas con dibujar las espaldas de los astros en declinación. Es una rápida actitud para la liberación de dudas, y eliminando las angustias y tedio de las esperas por las nuevas expresiones del devenir, se consume con apresuramiento en una hora de entusiasmo lo que debería ser producto de más larga convicción. Apenas capacitados para la identidad en la apariencia creadora—desde luego, inédita, brusca, llamativa, poderosamente diferenciada, como ocurre con los cambios evolutivos de las artes actuales—, con urgencia que sobrepasa todos los asombros, el artista produce. Su adhesión es tan total, que es imposible detenerlo en sus ansias. Ya no investiga; produce en esa nueva devoción; allí aporta, matiza o calca la expresión que le imanta. Su pasado, su ayer inmediato, otro culto anterior, no lo retiene; produce en la nueva manera y repite 20 ó 30 veces un mismo ejercicio para cumplir la exposición personal solicitada y responder a las invitaciones de los cada vez más numerosos certámenes nacionales e internacionales, con rostro anual diferente.

El igualismo expositor que hoy vemos en las exhibiciones personales, y aun colectivas, estuvo en épocas transcurridas en el producir del pintor mercader sin savia ni ingenio, y es hoy algo curioso y, a nuestra manera de ver, bastante lamentable que se constituye en práctica de artistas inquietos, algunos ciertamente valiosos. Diríamos que de los «especialistas en temas» se ha pasado al «especialista en expresiones», cambio muy peligroso, porque entraña confusión en valores más altos. Cuando el arte moderno aún no había cosechado consideración más que de una minoría de vigorosos sostenedores de sus necesarias virtudes de renovación, el proceso de arribo al momento de la producción, cuando el artista suelta su discurso en la improvisación absoluta pero eficaz, era más lento. Consciente de sus posibilidades formativas de una expresión, le era permitido al artista una producción sin límites, que participaba toda ella de la comunicación auténtica, sin caer en la repetición o plagio de sí mismo.

Si la creación requiere una concentración y aislamiento del artista, la producción se condiciona y facilita por una incitación externa o, mejor aún, por la toma de conciencia de que existe un interés de verdadera comprensión por lo que expresa.

Símbolo de la pintura de Hispanoamérica

Figari, en tren de divulgarse, de apoyar el factor extensivo de su mensaje, de ejecutar las necesarias aplicaciones de sus descubrimientos, de abrir la riqueza de sus variantes, se dirige a Buenos Aires, y allí se instala en el año 1921. Va en la búsqueda de un ámbito propicio que le permita producir sin rebajar la condición de libertad de su arte. Es difícil

que una expresión inédita como la suya—más aún cuando está apoyada y extraída de raíces e ingredientes locales, pero en versiones aún no mensuradas—obtenga en su medio el eco de comprensión necesario para sostener su existencia. En otra residencia diferente de la suya, especialmente si es cosmópolis importante, ciudad acústica, se sabrá comprobar sus resultados expresivos como autónomos y también advertir la verdad de la forma nueva, sin que le perjudiquen el achaque de extravagancia con que puede juzgarle la opinión de su comarca. Querer encontrar en este mismo ámbito un apoyo para seguir expresándose, pronto hubiera sido caer en un conformismo y resignación de sus más bellas condiciones de creador.

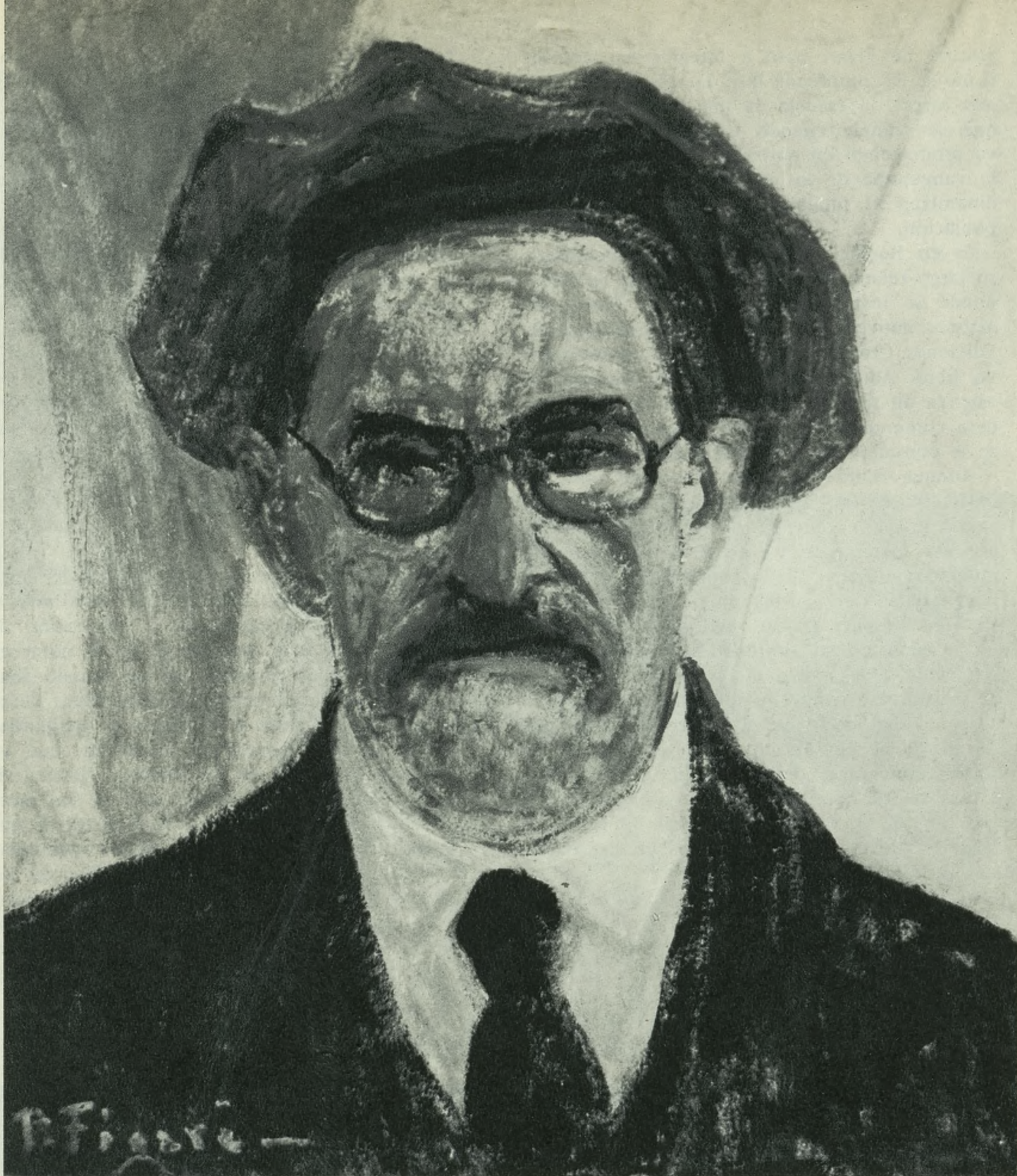
Marc Chagall pudo continuar, como integrante de la escuela de París—y sólo en esa capital internacional—, la ensoñación más íntima de su aldea rusa; allí sigue, repetidamente, volando inmaculada su vocación lugareña, al igual que sus parejas de novios aldeanos se unen en los cielos sin pesantez realista.

Aunque los temas de Figari—no el tiempo expresivo—eran ciertamente afines a los usados por artistas argentinos, allí completa su repertorio con interpretaciones de motivos propios del país, como el episodio de Barranca Yaco, del retrato del personaje literario *Don Segundo Sombra* y las danzas provincianas. Encontró en Buenos Aires un medio, una «élite», culta acogedora, pero lo suficientemente reciente en el contacto del artista para apreciarlo como versión totalmente inédita y respetarlo en su virginidad interpretativa. Una «élite» muy culta, de alta napa de la sociedad bonaerense, le sostiene y alienta. Algunos literatos intuyen su gran aporte a la cultura ciudadana. Un crítico amigo de los pintores de vanguardia, más brillante panfletista que certero de juicio, lo niega y lo befa; pero el saldo, entre estímulos y rechazos, afirmaciones y negaciones, es ciertamente favorable, porque no son pocas las inteligencias que llegan al meollo mismo de la intención del creador, y le es suficiente a cualquier artista comprobar que se advierte como cumplido lo que fue su intención inicial.

Se reconocía la veracidad de su nuevo estilo, lo que aportaba como renovación expresiva para una temática cuya objetividad documental en los anteriores pintores comenzaba a fatigar. Su pintura, ciertamente influida en su último tiempo por Vuillard y Bonnard, marca aportes a esa tendencia de los «intimistas» franceses, no sólo en el incuestionable interés de sus nuevos motivos, sino también en la presencia de una síntesis que es traducción, válida hasta hoy, de la mayor sencillez y juventud continentales. Figari es uno de los iniciales y más conspicuos representantes de un momento de la pintura de Hispanoamérica, después del período documental, que lo reconocemos como la etapa de investigación de un carácter nacional o nativo en el contenido, con una preocupación formal de expresarse en lenguajes pictóricos más recientes y experimentales. En lo colectivo, es un momento en que el arte de América del Sur se ve invadido por los pintoresquistas, los cultores del tipismo, que, más que estructurar, armaban teatralmente sus motivos y teñían de fuertes colores dominantes las escenas de sus pueblos y sus paisajes, exaltando lo que podría ser observado por el extranjero como extraño o turístico.

De Buenos Aires, a París, con retorno

Figari se aisló en su posición: nada reprodujo, nada subrayó; todo en su pintura fue un comentario. El comentario de Figari, lejos de ser pirotecnia propagandística de folklore, era solera y prosapia rioplatense; una historia usada, sabia e íntima, idea plástica que se ha considerado como precursora del movimiento «martinfierrista» de Buenos Aires. Por haber recibido en su nueva residencia el hálito necesario para la extensión de su mensaje, la


«Autorretrato».


«Pericón».


«La Puya».

pintura de Figari pasó a integrar en seguida, como se la comprende hoy, la «escuela de Buenos Aires», la escuela de una capital del arte, que se cumple cuando la obra que en ella va produciendo un nativo o extranjero está en la vanguardia de los nuevos movimientos que dinamizan al intelecto y sensibilidad de una población.

Es en Buenos Aires donde Figari comienza su largo relato, que han de continuar en París, donde se instala en el año 1925. Entre *Les artistes nouveaux* le coloca asaz rápidamente Ediciones Crés en un delicioso y representativo libro. Adolfo Basler y Charles Kunstler le asignan un sitio en su libro sobre pintura francesa contemporánea. A este uruguayo también se le consideró de la «escuela de París».

Aunque retira casi enteramente su obra de París, trayéndola a Montevideo, desligado totalmente de *marchands*, allí también se le ha seguido estimando, y la crítica le tiene en cuenta como uno de los autores de más alta personalidad de las artes americanas. Casi treinta años después de su regreso de Europa, y en ocasión de su centenario, la obra de Figari volvió de nuevo a París, con argentinos y uruguayos, como aislado fenómeno rioplatense, a exponerse en el Museo de Arte Moderno. Puede pensarse que hubiera sido de interés reintegrarle definitivamente, ya a esta altura de su nombradía, al movimiento pictórico al que pertenece y exhibirlo junto a los grandes artistas, afines, reunidos en exposiciones o libros colectivos.

Cada cartón suyo es una palabra de ese enorme mundo experimentado por este sin duda insólitamente culto pintor. Este hombre, universitario y de letras, redactor de ensayos filosóficos, se convierte en el visualizador por excelencia. Visualizar es el acto psicológico de pensar en imágenes, y en sus cartones pueden leerse sus ideas. Es el gran visualizador. En el apurado dibujar de sus cartones mueve arabescos, facilitados por los movimientos de su mano, cuya muñeca giró como *pivot* de increíble huelgo que va describiendo sus invenciones incesantes.

El iniciador de la pintura uruguaya, Juan Manuel Blanes, discípulo de la Academia de las Artes del Dibujo de Florencia, formula enteramente su arte; antes de transcurrir un siglo, Figari se presenta, como la antítesis del viejo pintor, con la desformulación más completa. (Con motivo de los festejos de su centenario, fue posible observar un cuadro de Figari en la retrospectiva realizada en la Biblioteca Nacional de Montevideo, en el que se representaban ocho figuras femeninas, cuyos rostros mostraban dibujos iniciados y resueltos de manera diferente entre sí, en la improvisación más absoluta.)

De aquí que, aunque semejándose los cuadros de los últimos años por temas, armonías, señalización de horizontales o disposición de las figuras en friso, siempre se ha de notar en la interpretación pictórica de su mundo figurativo una nueva ocurrencia o metáfora de su pincel, que le quita o le anula la posibilidad de ser calco o repetición, condición que ya habíamos señalado en el *Anuario Plástico* de 1945: «En todas sus obras, aun en los motivos más repetidos, conserva la frescura de una nueva creación, presentando alguna resolución inédita, porque es dueño de una libertad sin límites, que lo hace inimitable y desconcierta a los copistas.» Lo que es bueno de recordar hoy, que se cuestiona en ambas capitales del Plata la autenticidad de cuadros atribuidos al pintor.

J. P. A.

«Los mancarrones».







El campo, la plaza y el patio, tres motivos constantes en la obra pictórica de Pedro Figari



Carmen Bernardos, en Titania



Puck



Maite Blasco, en Herminia

SHAKE-SPEARES

1564-1964 WILLIAM SHAKESPEARE

EL 23 de abril del presente año se cumple el cuarto centenario del nacimiento de William Shakespeare en Stratford-on-Avon (Inglaterra). Shakespeare, máximo dramaturgo de la lengua inglesa, es también uno de los más grandes poetas de su país. Excelso creador en verso y prosa, la conjunción de ambas facetas nos da la cifra de su personalidad. Hombre de teatro desde muy temprana edad, a la poesía, en cambio, no arriba plenamente hasta 1609, con la publicación de sus «Sonnets», de los que existe, entre otras, una espléndida versión en castellano realizada por Astrana Marín.

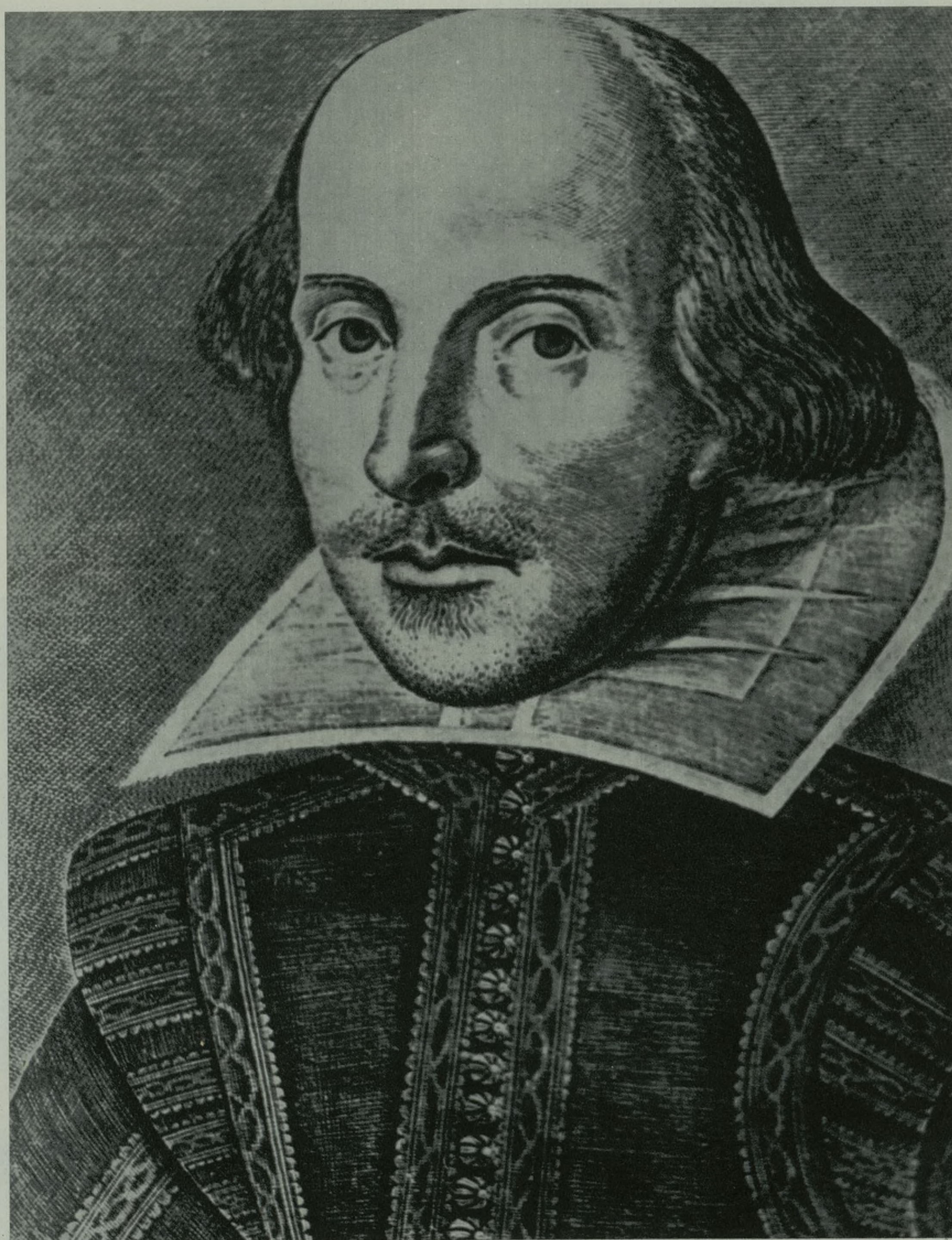
Hijo de Mary Arden y John Shakespeare, William trabajó como actor durante bastante tiempo, y de esta experiencia nació, sin duda, su profundo conocimiento del arte teatral. Los dramas y las comedias de Shakespeare siguen conservando para los públicos de hoy, aparte sus permanentes valores, una firmeza y una frescura de construcción que hacen de cada una de las obras lección siempre válida de buen teatro. Con motivo de este cuarto centenario, el repertorio shakespeariano vuelve a todos los escenarios y estudios de televisión.

A la pequeña localidad de Stratford-on-Avon, lugar de peregrinaje turístico y literario durante todo el año, llegan los visitantes, en este de 1964, con redoblada afluencia. Visitan la casa natal y fotografían el monumento a Shakespeare, levantado en 1888, donde la estatua del dramaturgo aparece rodeada por las de algunos de los personajes de sus obras: Hamlet, Lady Macbeth, Falstaff, etc.

Uniéndose, y anticipándose en cierto modo, al homenaje mundial a William Shakespeare, el teatro Español, de Madrid, dirigido por Cayetano Luca de Tena, ha presentado una nueva versión de la obra más poética y risueña del genio del Avon, «El sueño de una noche de verano», según traducción de Nicolás González Ruiz, con la primera actriz Carmen Bernardos en el papel de Titania, Maite Blasco como Herminia y un delicioso Puck infantil.

La gloria de Shakespeare, paralela en tantos aspectos de vida y obra a la de nuestro Cervantes, se renueva en este mes de abril y en este año de 1964 como lección universal de alto sentido metafísico e impecable elaboración artística.

M. H.



Por GONZALO TORRENTE BALLESTER

—¿ME escribe usted un artículo sobre Shakespeare? Este año es el centenario.

Y uno responde que sí, confiadamente, porque uno cree tener ideas sobre Shakespeare, y algo que decir, o algo que escribir. Pero luego resulta que, ante la máquina y la hoja en blanco, las ideas no acuden, o si acuden, no vienen vestidas de color propio, sino, todo lo más, del uniforme general de ideas tópicas.

Sí, uno sabe algunas cosas acerca del dramaturgo inglés; las sabe, pero ¿las ha inventado? ¿No son, en realidad, decantación de lecturas? Es muy difícil hoy atribuir paternidad a las ideas que cada cual maneja. Las tiene como se tiene lo que puede adquirirse o robarse. Lo único verdaderamente propio, personal, es la experiencia, y yo tengo mi experiencia de Shakespeare, una experiencia que no he robado a nadie, que no he plagiado, que no tengo que identificar. Mi experiencia es lo único verdaderamente mío.

Shakespeare era un nombre que se leía a veces, y que el fraile que explicaba literatura pronunciaba con frecuencia: «Chéspir.» Era también una lección del programa, o mejor dicho, parte de una lección. «¿Qué obras escribió Shakespeare? Shakespeare escribió...» A eso se reducía la información de un bachiller del plan de 1903.

Hasta que un día—a los catorce años—Shakespeare se convirtió en un volumen bonito, editado en Barcelona. Contenía *Hamlet* y *Romeo y Julieta*, y lo había traducido a un castellano excelente J. Roviralta Borrell. Primero, *Hamlet*; después, *Romeo y Julieta*. Los leí ávidamente, y me gustó más *Hamlet*. No sé por qué. Sigue gustándome más.

Contar en el colegio que estaba leyendo a Shakespeare no me confirió la más mínima superioridad entre los escolares, e incluso me valió algunas bromas, algunas burlas. Leer a Shakespeare no era una prueba de virilidad, precisamente. Pero a mí me divertía más que correr tras los gatos nocturnos y apedrearlos. (Es un error pensar que el gamberrismo pertenece exclusivamente a nuestro tiempo. Se le llamaba de otro modo; eso es todo.) Descubrí una colección de los dramas completos en una biblioteca pública, y todas las tardes allí me refugiaba.

A los dieciséis años había leído todo Shakespeare. Pero no tenía muchas ideas acerca de él. Si me hubieran preguntado, como se preguntaba entonces, habría respondido... eso, lo que venía en los textos. Preguntado de otro modo menos inquisitivo y más poético, quizá hubiera dado respuesta original, o, mejor dicho, personal. No en una sala de exámenes, sino en un camino, paseando. Hubiera podido haber hablado de Shakespeare con alguien, pero ese alguien entonces no existía a mi alrededor, ni para hablar de Shakespeare ni de nadie.

—Este ha leído a Shakespeare—dijeron una vez de mí en la Universidad.

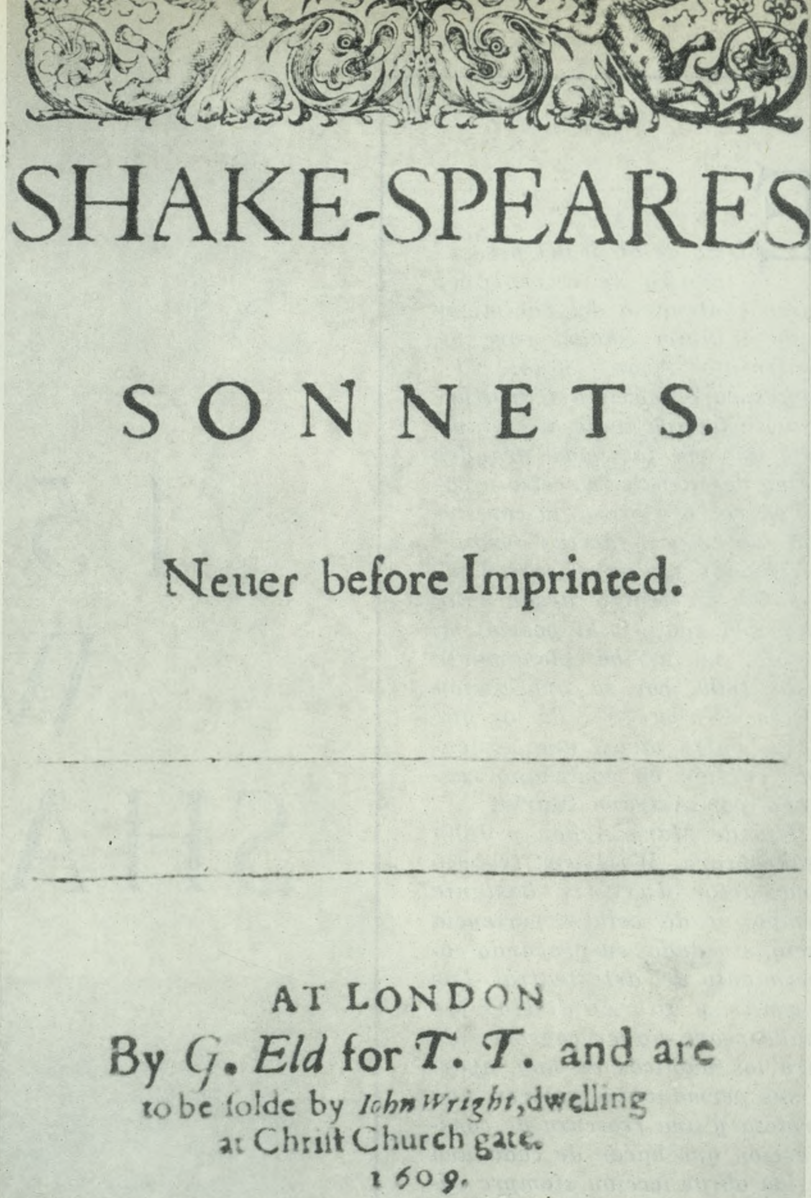
Y tampoco se me confirió importancia. Decidí entonces que aquella lectura, y otras parecidas, eran cosa de uno, cosa privada, clandestino placer—o dolor, ¿quién sabe?—, y que su relación con lo que uno estudiaba, con lo que uno proyectaba, sólo podría establecerse a través de lo que otros habían escrito o pensado, a través de la ciencia.

—Dígame usted: bibliografía sobre Shakespeare.

—Pues mire, yo... Lo he leído todo, naturalmente.

—Le he dicho: bibliografía sobre Shakespeare.

Una cosa, la obra de un poeta, puede ser objeto de amor y de conocimiento amoroso; pero existe otro modo de conocer que a mí no me era simpático: el conocimiento erudito, que consiste en saber de las cosas por lo que se ha escrito de ellas. Como el de cierto preste que decía: «No he leído a Kant, pero sé refutarlo.» También existe un modo de ir a las cosas buscando ideas que no coinciden—tampoco—con el amor. Cuando, a los veinticuatro años, poseía mi primera edición completa de Shakespeare; cuando, durante mucho tiempo, fue mi más frecuentada lectura; cuando pasé muchas horas matinales rodeado de diccionarios y lexicones con la pretensión de leerlo en inglés, no me movía ánimo erudito, ni aspiraba a exudar excogitaciones sorprendentes. Quería solamente leerlo en su lengua, porque me pa-


SHAKE-SPEARES

SONNETS.

Neuer before Imprinted.

AT LONDON
By G. Eld for T. T. and are
to be solde by Iohn Wright, dwelling
at Christ Church gate.
1609.

Portada de la primera edición de los «Sonetos» de Shakespeare. Londres, 1609.

1564 - 1964
WILLIAM
SHAKESPEARE

Vista parcial del Londres de la época de Shakespeare.



S. PAULES CHURCH

Bow Church

THAMESIS

The Bear Gardne

The globe

Habitación donde el famoso dramaturgo vino al mundo, el 23 de abril de 1564.



En este centenario del nacimiento de Shakespeare los turistas visitan constantemente su casa natal.

1564 - 1964
WILLIAM
SHAKESPEARE

Una escena de «El sueño de una noche de verano», según la versión que ha ofrecido el teatro Español, de Madrid, bajo la dirección de Cayetano Luca de Tena.

La B. B. C. de Londres ha conmemorado al gran autor incluyendo en sus programas de televisión una serie de piezas shakespearianas. En la foto, un momento de «Marco Antonio y Cleopatra».



recía que así su poesía alcanzaría con más fuerza mi corazón.

Después me vi obligado a dejar el amor aparte. Mi conocimiento de Shakespeare adquiría, de pronto, valor utilitario. Un tema de las oposiciones se titulaba así, escuetamente: «Shakespeare». Fue la primera vez en que me di cuenta de que tan larga frecuentación amorosa no servía, objetivamente, para nada. Había que estudiar textos y acumular bibliografía. «Porque lo que usted puede decir de Shakespeare, desengáñese, ya lo habrán dicho otros.» Sí, naturalmente. Es que, además, yo no podría decir nada de Shakespeare ante el tribunal de oposiciones. Podría, eso sí, contar... No los argumentos, claro, sino mis sentimientos, y lo que la lectura me había suscitado, y lo que mi experiencia de la vida se había enriquecido leyéndolo, y... todo lo demás.

—Todo lo demás, ¿qué?

—Bueno, eso.

Entonces escribí un libro en forma de drama, y un crítico dijo: «Se ve que el autor conoce bien su Shakespeare.» Era cierto. En aquel drama, o lo que fuere, estaba todo Shakespeare sin estar; estaba de esa manera que no es imitación ni plagio, sino discipulaje. ¡Tremendo error! Si yo hubiera querido hacer mi carrera literaria como discípulo de Shakespeare, arreglado estaría. Y, sin embargo...

Una vez asistí a una representación de *Marco Antonio y Cleopatra*. Una representación deficiente, a la que me había llevado mi profesión de crítico. Recuerdo que, en no sé qué escena, no sé qué personaje secundario entra, dice unas cosas, hace otras y marcha para no volver. Aquellas pocas palabras habían bastado para que yo, espectador aburrido, hubiera tenido la impresión de hallarme ante un individuo concreto, ante una persona inconfundible. Cuando Shakespeare sacaba a escena personajes meramente «funcionales», lo hacía de tal modo que el espectador se hallaba ante un hombre verdadero. Fue una lección.

Otra vez me di cuenta de que, según el criterio de una estricta economía dramática, en bastantes dramas shakespearianos sobran muchas escenas, pero, fijándose bien, todas ellas son necesarias para el total despliegue del personaje. Si suprimimos una de esas escenas «de lujo», el protagonista pierde un matiz. Entonces comprendí que la construcción de una obra de arte puede obedecer a un criterio orgánico o a un criterio mecánico. Por lo general, los árboles no crecen de acuerdo con principios teóricos. Muchos de sus nudos, retorcimientos, rugosidades, raíces y ramajes exceden de lo biológicamente indispensable, y, sin embargo, el árbol, para ser tal árbol, ha crecido así. A los hombres y a las obras de arte les sucede otro tanto. Y ésta es una lección que nos dan los excesos de Shakespeare, y que puede leerse, probablemente, en los libros, pero que sólo se aprende acariciando calmosamente, deleitosamente, las estrías inútiles de la corteza. Si Racine es un conjunto de columnas, Shakespeare es un bosque.

Bueno, ¿y qué más? Sí. Queda mi larga, mi antigua preocupación por la verdadera personalidad de Shakespeare, el deseo de saber quién se esconde tras ese nombre, quién fue tan desdeñoso con la posteridad y su gloria, que ha sido capaz de ocultarse, de no dejar resquicio por donde pueda penetrarse a la verdad. Ese inglés—si fue inglés—, que ha realzado a Inglaterra y que recibe la admiración de los hombres con el nombre de otro, de un pobre diablo, quizás. Me preocupó moralmente, y durante mucho tiempo me hubiera gustado también ser el autor de una obra anónima (más modesta, por supuesto). Suprema elegancia intelectual la de ese hombre, noble, filósofo, conspirador, o lo que sea. Y una lección más.

Ahora, al llegar aquí, yo debería decir algo de más sustancia; algo, al menos, biográficamente importante: «Shakespeare me reveló el sentido de la vida», por ejemplo, y sería una gran frase, pero falsa. Mucho más cierto es que le debo horas fascinadas de lector o de espectador, y que muchas veces me sacó de la tristeza o de la alegría. ¡Dios mío!, ¿por qué se ha de pensar que un gran poeta sólo sirve para que los demás sean pedantes a su cuenta, cuando para lo que de verdad sirve es para hacernos felices?

G. T. B.

Monumento en Stratford-on-Avon, donde el autor de «Hamlet» aparece rodeado de algunos de sus más famosos personajes.



filatelia



De las emisiones actuales de España, una que atrae con especial interés, tanto a los coleccionistas nacionales como a los extranjeros, es la serie denominada «Escudos». Los sellos que la forman, en lugar de haber salido todos ellos al mismo tiempo, como es el sistema normal, van siendo emitidos uno cada mes. Se inició esta serie en el mes de enero de 1962, con lo cual, en este mes de abril de 1964, han aparecido ya un total de 28 valores.

En ellos figuran reproducidos los escudos de cada capital de una provincia española, relacionadas éstas por orden alfabético. Como actualmente las provincias españolas son 54, esta serie habrá de terminarse en el mes de junio de 1966. Todos estos efectos postales tienen un valor facial de cinco pesetas, están realizados en huecograbado y a varios colores, tal como exige la heráldica de cada escudo reproducido, y tienen todos una tirada uniforme de cuatro millones de ejemplares.

El éxito de esta serie, a los ojos de los coleccionistas, está en el procedimiento de emisión de un sello mensual, lo que hace que cada nuevo ejemplar que aparece repercuta en los anteriores a efectos de la plus valía que adquieren.

Por otra parte, como se trata de una serie larga y es creciente la afición que hay actualmente a las colecciones por temas, ello ha originado que muchos coleccionistas estén realizando un conjunto independiente con estos sellos, en donde se agrupan, al mismo tiempo que el sello en sí, los sobres con matasellos de primer día y las postales máximum con dicha obliteración. Como dato significativo del interés que ha despertado esta serie española de «Escudos», ha de indicarse que ya se cotizan en el mercado filatélico algunos de estos sobres primer día, o postales máximum, al precio de 600 pesetas, cuando, si fueron adquiridos en el día de emisión, no costaron más de unas ocho pesetas.

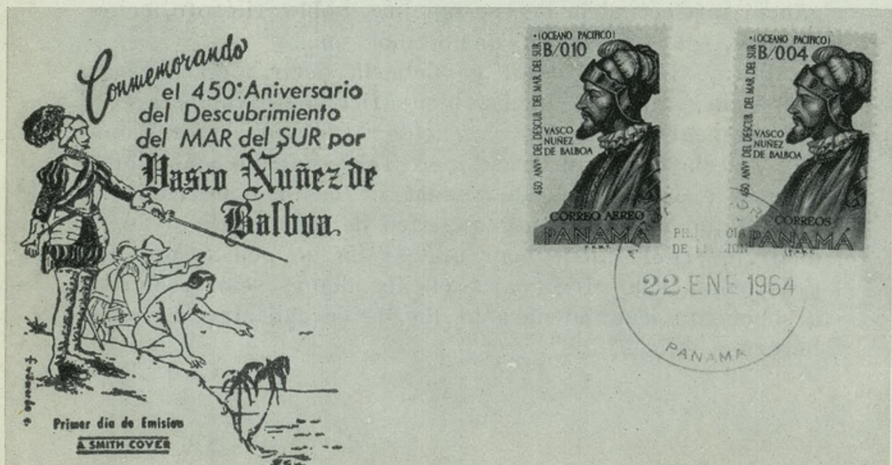












ARGENTINA

El LX aniversario de la toma de posesión de las islas Orcadas del Sur, con la cual se inició la soberanía argentina en la zona antártica, ha dado lugar a la emisión de tres sellos, con valores de 2, 4 y 18 pesos, todos ellos en colores celeste, azul y ocre, con tiradas de dos millones para los dos primeros y un millón para el tercero. Este, que es para la correspondencia aérea, lleva como dibujo el mapa de las islas Malvinas, territorio irredento argentino. Sellos confeccionados en litografía y con fecha de emisión del 22 de febrero.

ESPAÑA

Las emisiones que aparecen en el mes de abril son:

Día 1.—Una serie compuesta por 14 valores, conmemorativa de los XXV Años de Paz, bajo el mando del Caudillo. En estos sellos figurarán motivos alegóricos a las realizaciones más significativas que se han desarrollado en España desde el día que terminó la guerra de Liberación, tales como construcciones, obras hidráulicas, nuevos regadíos, viviendas, investigaciones científicas, transportes, repoblación forestal, etc. Esta serie está compuesta por los faciales de 25, 30, 40 50, 70 y 80 céntimos, y 1, 1,50, 2, 2,50, 3, 5, 6 y 10 pesetas. En este último sello figura la efigie de Su Excelencia el Jefe del Estado. Realizados en huecograbado a varios colores, llevando algunos de los sellos hasta cinco. De cada valor se emiten cuatro millones de ejemplares, excepto los de 25 y 80 céntimos y 1 peseta, cuya tirada es de seis millones.

Día 6.—Cuarto sello de la serie «Turismo», con una vista de la Mezquita de Córdoba. Valor, 1 peseta; tirada, 60 millones de ejemplares, realizados en calcografía y a dos colores, al igual que los anteriormente aparecidos: Alcázar de Segovia; Patio de los Leones de la Alhambra, de Granada, y Cuevas del Drach, en Mallorca.

Día 13.—Sello de la serie «Escudos», correspondiente al de la capital de la provincia de Lérida. Valor, 5 pesetas, y tirada, cuatro millones.

Día 23. — Serie conmemorativa de la Feria Internacional de Nueva York 1964-65, confeccionada en calcografía y a dos colores, con los valores y motivos siguientes: 1 peseta, Pabellón español en la Feria; 1,50, Fiesta de toros; 2,50, Castillo; 5, Baile español (flamenco), y 50, Pelota vasca. La tirada será de cuatro millones de series completas, aunque para los valores inferiores seguramente se harán seis millones.

PANAMA

Dos sellos con la efigie de Vasco Núñez de Balboa, de faciales de 0,04 y 0,10 balboas, con tiradas, respectivamente, de 500.000 y 250.000 ejemplares, sirven para el correo aéreo. Estos sellos han sido confeccionados con el mismo dibujo que los aparecidos en España en octubre de 1963 y correspondientes a la serie «Forjadores de América». Los sellos panameños llevan la inscripción de «450 aniversario del descubrimiento del Mar del Sur» (océano Pacífico), y han sido confeccionados por la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre de Madrid. Por otra parte, la aportación de este país a los Juegos Olímpicos de Invierno de Insbruck es una serie formada por los faciales de 0,50 1, 3, y 4 centavos (correo ordinario), y 5, 15, 21 y 31 centavos (correo aéreo). Además, ha sido emitida una hoja bloque en la cual figuran los sellos de 21 y 31 centavos.

PARAGUAY

Los Juegos Olímpicos de Tokio dan lugar a una serie formada por los valores 15, 25, 30, 40 y 50 céntimos, que son para el correo ordinario, y 12,50 18,50 y 50 guaraníes, que son para el aéreo. Se han emitido 40.000 series completas dentadas y 8.000 sin dentar. Al mismo tiempo han sido hechas unas hojas bloque, de las cuales 8.000 son dentadas y otras tantas sin dentar.

EL SALVADOR

Una nueva serie general va a ir apareciendo a medida que se vayan agotando las existencias de los valores de la que está en uso.

Esta nueva serie, cuyos motivos son a base de aves y animales salvadoreños, estará formada por los siguientes valores: correo ordinario, 1, 2, 3, 5, 6 y 10 centavos, y correo aéreo, 5, 6, 10, 20, 30, 40, 50 y 80 centavos. Todos ellos serán realizados en huecograbado y multicolores.

LUIS MARIA LORENTE

música



LUCERO TENA: un fabuloso virtuosismo instrumental

La técnica de la interpretación ha conseguido en estos años una tan deslumbradora y perfecta realidad, que apenas puede ser ya noticia la que intente destacar una ejecución pianística, un dominio violinístico, una maestría directorial, por sólo el hecho de que se produzcan, al margen de razones o circunstancias—arranque de carrera, interés del repertorio, efemérides de tipo extraordinario—que dicten la excepción. Tampoco la fineza de una bailarina, su buen despliegue mecánico, su desplante feliz, bastarían para encender un rosario de adjetivos encomiásticos en nuestra pluma. Ya sí podría suscitarlos una musicalidad sólida, foco de versiones en que el temperamento se ve regido por el orden y no se cometen, so pretexto de burdos españolismos para la exportación, ataques al buen gusto e incluso blasfemias de tipo musical.

Menuda, morena, vivaz, delicada, gentilísima, Lucero Tena, mexicana de origen, que sueña desde siempre con España y se dispone a solicitar la nueva nacionalidad, es una gran *bailaora* y una excelente bailarina. Resulta curioso comprobar cómo, cuando ella sale, sin previo aviso, al tablao flamenco; cuando eleva los brazos y comienza su actuación, el silencio es distinto, como el ramillete de olés copiosos y el estruendoso caudal de aplausos dirimidos con unanimidad. Lucero Tena mezcla el nervio y la precisión, la gracia del desplante y el ordenado cálculo que surge del estudio, el análisis y la más severa de las autocríticas. Para los bailes a la guitarra y las danzas españolas al piano, con fondo orquestal, son las castañuelas termómetro de una vibración y soporte de un ritmo. Pero hasta aquí no había surgido la excepción. Lo sorprendente de Lucero Tena, lo pasmoso, lo distinto de cuanto conocíamos, surge por la disposición genial de concertista de palillos.

Concertista de palillos. No hay que rectificar la expresión. Lucero Tena es una virtuosa, equiparable a las grandes figuras de cualquier campo. Es posible que algunos tuerzan el gesto y consideren de poco interés el vehículo. Es posible, sí, *a priori* sobre todo, porque sería dudoso que, luego de asistir a una demostración, mantuviesen la indiferencia. Lo indudable, en todo caso, es que mejor no puede hacerse, ni jamás hemos oído un tan admirable y prodigioso exponente de un arte que se diría creado por Lucero Tena.

Porque, situada en el puesto vecino al director, el que ocupan los solistas instrumentales o vocales, ella canta con sus palillos, en una percusión que llamaríamos expresiva, porque los «toques» tienen alma, se diría que—a fuerza de matiz—llegan a ser afinados y tienen vuelo, no ya rítmico, sino melódico...

Frases largas, lentas; pasajes vivos, fulgurantes de *tempo*; temas dulces, dramáticos, optimistas, apacibles o *scherzantes* se despliegan con idéntica fortuna. El acento, el *stacatto*, el plano, el «toque» viril o femenino; el redoble, el trino, el *crescendo*, el *diminuendo*, se consiguen justos, nítidos y musicales.

Musicales. No es que Lucero Tena haga de la música pedestal para su capricho de «diva» —auténtica «diva»—de los palillos. Por el contrario, éstos se doblegan y sirven el estilo de cada partitura, cuidan su carácter, celan por su autenticidad. Es una verdadera maravilla de lógica y de fidelidad.

¿Y qué repertorio se busca? El clavecinismo de Couperin, Scarlatti, Rameau, el padre Soler; el clásico mundo peculiar de Haydn, Mozart, Beethoven—¡qué asombro de exactitud el final de la sonata *Claro de luna*!—; el romanticismo de Schubert y Chopin, la herencia impresionista de Claudio Debussy, la típica esencia popular de Sarasate...

Los palillos de Lucero Tena son para las melodías originales como la sombra al cuerpo. Incluso—¡Dios sea loado por tan excepcional acierto!—discriminan lo que es melodía y lo que es subrayado rítmico.

Ahora, no hace muchos días, un concierto con la Filarmónica de Málaga, dirigida por el maestro José María Franco Gil, ha sido prueba concluyente. Después de ella, sin solución de continuidad, Lucero Tena ha vuelto al trabajo. A preparar más repertorio. A tocar la música de los grandes y tomar el pulso a las más bellas partituras, hechas rítmico latido en sus palillos. Por cuanto su arte de concertista de castañuelas tiene de singular, se escribe este comentario. Cuando las actuaciones se prodiguen y la realidad maravillosa pueda popularizarse, las voces ditirámbicas serán muchas. Que la nuestra sirva de gozoso anticipo. Lucero Tena y su virtuosismo instrumental bien lo merecen.

ANTONIO FERNANDEZ-CID



Los cursillistas visitan los jardines de La Granja, en Segovia.

PERIODISTAS IBEROAMERICANOS EN ESPAÑA

Se están desarrollando en Madrid las tareas del XIII Curso de Estudios Superiores de Información y de Documentación Española para periodistas iberoamericanos, en el que participan representantes de periódicos, revistas y emisoras de radio y televisión de 15 países.

Este Curso corresponde a una de las actividades formativas a las que el Instituto de Cultura Hispánica dedica especial atención. Ha sido organizado en colaboración con la Escuela Oficial de Periodismo, y mediante la ayuda que prestan varias entidades públicas y privadas, al objeto de hacer más provechosa la estancia de los cursillistas en España.

En sus 12 ediciones anteriores han seguido estos estudios más de 500 periodistas, algunos de los cuales desempeñan hoy cargos importantes en diversos órganos informativos iberoamericanos. Muchos de esos profesionales se han distinguido en su labor informativa obteniendo diversos galardones, entre los que se cuenta el Premio Carlos Septién, dotado por el Instituto de Cultura Hispánica, y en cuya lista de ganadores figuran nombres de prestigiosos periodistas y escritores de Hispanoamérica.

Ahora, en su versión de 1964, el XIII Curso de Estudios Superiores de Información y de Documentación Española comprende las lecciones de cátedra bajo la dirección de don Juan Beneyto, director de la Escuela Oficial de Periodismo, y que abarcan los temas siguientes: mundo actual, sociología y sociografía, técnicas del periodismo impreso, relaciones públicas, técnicas del periodismo audiovisual, régimen jurídico de la información, publicidad, sistemas económicos y empresariales, España contemporánea, cultura española e historia del periodismo. Aparte de estas asignaturas, se desarrolla un curso monográfico a cargo de especialistas en materias de información con temas centrados sobre: la prensa en el Estado moderno, la España de la anteguerra, el estilo literario, la información extranjera, el periodismo cinematográfico y la teoría general de los medios informativos. Todas estas actividades docentes se completan aún con un ciclo de conferencias a cargo de ilustres personalidades, que orientan a los periodistas iberoamericanos sobre el teatro español de hoy, el paisaje musical de España, la pintura y la cultura española, los problemas educativos, la Iglesia, la economía, el nuevo modo de gobernar a España, la industrialización, la política del trabajo y el mundo sindical y el sector público de la radiodifusión.

Toda esta labor formativa y documental de los cursillistas en las aulas se completa con las visitas a los centros de interés periodístico, como agencias nacionales y extranjeras de información, estudios y emisoras de radio y televisión, redacciones de periódicos y revistas, servicios informativos de los departamentos oficiales, etc., incrementadas con las excursiones a los lugares de especial interés histórico, artístico y cultural, así como a los organismos y centros que evidencian el desarrollo económico, industrial y social alcanzado por España en los últimos años.

Los cursillistas

Es verdaderamente importante la convivencia de los periodistas representantes de diversos países iberoamericanos en España, ya que aquí estudian y comprenden mejor sus propios problemas, desde un ángulo de serenidad y de objetividad que ha de ser beneficioso para una mayor unidad de América. La selección de los becarios del Instituto de Cultura Hispánica se ha realiza-

do entre aquellos profesionales que cuentan con un mínimo de cinco años de ejercicio en las actividades informativas. He aquí la relación de los participantes en este XIII Curso de Estudios Superiores de Información y de Documentación Española, por orden de los países a que pertenecen:

ARGENTINA.—Don Roberto Carlos Bonelli, de «El Plata», de La Plata; don Tiburcio López Guzmán, de «La Gaceta», de Tucumán; señoritas Rosa Majian y Celia Zaragoza, de «La Nación», de Buenos Aires; don Felipe Ordóñez, de la «La Capital», de Rosario, con el comentarista científico doctor Pérez; don Raúl C. Sibellino, de «La Nación», de Buenos Aires, y don Raúl Henry Ruitor, de la televisión argentina.

BOLIVIA.—Don Jorge Alvéstegui, de «Ultima Hora»; el diputado y director de radio don Wilson Mendieta; don José Arturo Siles, de «La Nación», y don Rolando Viscarra Pando, de «El Diario», todos de La Paz.

BRASIL.—Don Florisvaldo Moreira de Mattos, del «Jornal de Bahía»; don Alexandre Nogueira Savio, del «Jornal do Comércio», de Río de Janeiro; don Francisco Ojeda, del «Jornal do Día», de Porto Alegre, y don Antonio R. Pellegrino, del «Diário de Notícias», de Salvador (Bahía).

COLOMBIA.—Don Julio César Avellaneda, de «La República», de Bogotá; don Alcibíades Bottía, de las emisoras Nuevo Mundo; señorita María Victoria Delgado Olana, de «El Tiempo», de Bogotá, y don Hernán Escobar, de «El Colombiano», de Medellín.

COSTA RICA.—Señorita Norma Loayza, de «La Nación», de San José.

CHILE.—Don Guillermo Arrieta, secretario de dirección de «La Unión», de Valparaíso; don Alfonso Fuentes Millán, de «El Sur», de Concepción; señorita Blanca Tejos Muñoz, de «El Mercurio», de Santiago, y don Sergio Varas, de «El Diario Ilustrado», también de Santiago.

ECUADOR.—Don W. Lisandro Quintana Miranda, de los diarios «El Telégrafo», «El Universo» y «La Nación», de Guayaquil.

FILIPINAS.—Señorita Lina Obieta de Sevilla, de «The Manila Times», de Manila.

GUATEMALA.—Don José Luis Palma Alarcón de «La Hora», de Guatemala.

MEXICO. — Señorita Dora Hilda Bravo Gartmann, de la cadena García Valseca, que incluye 34 publicaciones periódicas; señorita María Socorro Carrillo, de «Nosotras», de México; don Eloy Morales Torres, de U. P. I.; don Jorge Rebelo Hernández, de «Todo», «Marca» y «El Noticiero Gráfico», de México, y la señorita Alicia Triviño, de la revista «Atisbos».

NICARAGUA.—Señoritas Socorro Bonilla Calderón, periodista y recitadora, y Carmen Solís Bermúdez, agregado cultural a la Embajada de Madrid.

PARAGUAY. — Don Roque Meza Vera, de «Patria», y don José Ruiz Nestosa, de «La Tribuna», ambos de Asunción.

PERU.—Don Alejandro Diburga, de «La Tribuna», y don Orlando Raúl Vargas, del «Expreso», de Lima.

EL SALVADOR.—Don Francisco Cruz Revelo, de «La Prensa Gráfica», de San Salvador.

URUGUAY.—Don Félix Osvaldo Carreras, de «Repórter» y «El Bien Público», de Montevideo.

Su presencia en Madrid

De este nutrido grupo de profesionales del periodismo hispanoamericano y filipino sorprende, en primer lugar, la rapidez de su incorporación a la vida española y su facilidad de identificación con la actualidad madrileña para reanudar sus actividades, informando a sus respectivos países de los diferentes aspectos culturales, sociales y económicos que están descubriendo en España.

En el programa de visitas que realizaron hay que subrayar la audiencia que concedió a los periodistas iberoamericanos el ministro de Información y Turismo, don Manuel Fraga Iribarne, quien los recibió al finalizar la primera fase del Curso—el Curso completo es de febrero a junio—, departiendo cordialmente con todos ellos acerca de los problemas de las naciones americanas, que tan detalladamente conoce el señor Fraga. También el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón, ha venido manteniendo amistoso y frecuente contacto con los cursillistas desde el momento en que les dirigió sus palabras de salutación en el acto inaugural del Curso.

Para sintetizar el reconocimiento por la acogida que les dispensa la provincia de Madrid, los cursillistas entregaron un artístico pergamino al presidente de la Diputación Provincial, marqués de la Valdavia, con las firmas de todos los periodistas. A las palabras de salutación del marqués de la Valdavia contestó la periodista argentina Celia Zaragoza. También han visitado el Ayuntamiento de Madrid, donde fueron recibidos por el primer teniente de alcalde, don Jesús Suevos.

Después de las excursiones que han realizado a El Escorial y a Segovia, se preparan viajes de estudio a Toledo, la Ruta de los Conquistadores, el Plan Badajoz, Salamanca, Palencia, los castillos de la Mota y Navas del Marqués, así como a otros lugares que en distintos puntos de España testimonian el esfuerzo de reconstrucción alcanzado en estos veinticinco años de paz. Para dar mayores facilidades a su labor informativa, el Instituto de Cultura Hispánica entrega a cada uno de los cursillistas un kilométrico de 3.000 kilómetros, estable-



Señoritas Norma Loayza y Carmen Solís.



Félix Carreras.



Jesús Ruiz Nestoso.



Julio César Avellaneda.



Sergio Varas.

ciendo un período de veinte días de vacación para que cada periodista, de acuerdo con sus actividades y preferencias profesionales, complete su visión de España del modo que prefiera.

Además, desde su llegada a Madrid, la Dirección General de Prensa considera a los cursillistas como corresponsales acreditados, dotándolos del correspondiente carnet de prensa extranjera y solemnizándose su incorporación a las tareas informativas en España con la cordial recepción que les fue tributada en el Club de Prensa por la Junta directiva y su presidente, Eric Tingman.

Sus opiniones

Cambiados los términos de los entrevistadores, que se convierten en ocasionales entrevistados, hacemos a algunos de ellos diversas preguntas para conocer su opinión sobre varios temas actuales. En tal sentido nos responde Rosa Majian, de «La Nación» de Buenos Aires:

—La proyección de la vida intelectual hispana no se limita al perímetro de la península, sino que va más allá, en forma infinita y valiosa, cuando trasciende con todo vigor para fomentar un fructífero intercambio cultural entre todos los pueblos iberoamericanos.

Antonio Roberto Pellegrino, del «Diário de Notícias», de Salvador (Bahía), enjuicia el Curso diciendo:

—Además de lo que podemos aprender en las clases y en las conferencias, conocemos a periodistas de otros países, algunos con orientación igual a la nuestra y otros, tal vez, diferente, pero todos identificados en la cultura de Hispanoamérica. Convivir con estos periodistas americanos y españoles es tan interesante como ir a las clases todos los días, porque con ellos tomamos conciencia de lo que pasa en este momento histórico de la humanidad, en América y en Europa.

Raúl C. Sibellino, de «La Nación» de Buenos Aires, también se refiere en su contestación al Curso:

—Sólo debemos lamentar que, prácticamente, se limite a tres meses. No obstante, no dudamos de los múltiples beneficios que para nuestra formación profesional, y muy particularmente para el conocimiento de los lares que han producido genios como Cervantes, Lope, Goya, Unamuno, Falla y tantos otros, se traducirán de nuestro paso por esta acogedora y hermosa nación.

Norma Loayza, de «La Nación» de San José de Costa Rica, opinó sobre el periodismo español y sus relaciones con América:

—Me he percatado de que en España existen deseos vehementes de conocer cada día mejor a nuestra actual América, y la prensa española puede ser el conducto para hacer llegar al pueblo nuestro desarrollo en materia económica, cultural, política y social. Sin embargo, me ha resultado sorprendente el notar que los periódicos españoles tienen corresponsales en muchas partes de Europa, pero carecen de ellos en aquellas naciones en que, por razones obvias, debieran estar más vinculadas a España.

Félix Osvaldo Carreras, de «El Bien Público», de Montevideo, examina los modos de hacer periodismo en España y en Uruguay:

—Los periódicos españoles, en su mayor parte, guardan entre sus anhelos el de educar y formar, como consecuencia del humanismo hispano. En Uruguay, la prensa se ha fijado como meta la información. Son dos diferentes maneras de hacer periodismo que pueden criticarse por separado, pero difícilmente compararse.

Lisandro Quintana, de «El Telégrafo», de Guayaquil, expresó así sus preferencias:

—Me agradaría que fueran más periodistas españoles a conocer Amerindia para que la sientan y comprendan cada día mejor. Profesionalmente, me gusta el vespertino «Pueblo», y entre las revistas, MUNDO HISPANICO, porque constituye el gran hito de España en América, con un indeclinable afán de vinculación espiritual y de forjar la comunidad hispánica.

Francisco Cruz Revelo, de «La Prensa Gráfica», de San Salvador, manifestó:

—Algo que merece un elogio muy caluroso es la hospitalidad y amistad sincera que brindan los españoles a los hispanoamericanos. Por otra parte, siempre causa admiración el aspecto señorial que aún conserva Madrid.

Y damos fin a estas opiniones con la de Sergio Varas, del «Diario Ilustrado», de Santiago de Chile:

—Mi sorpresa ha sido la íntima y sincera convicción popular de que los veinticinco años de paz española es el don más preciado que alcanzó este país. Aun en el momento crítico, y cualesquiera que fuesen las opiniones más dispares, ésa será la convergencia sagrada de la inmensa mayoría ibérica. Por consiguiente, es un ejemplo, no siempre bien valorado, para el mundo.

Perspectiva de futuro

Continuando una tradición de entendimiento entre los periodistas hispanoamericanos con respecto a España, y facilitando al mismo tiempo una fórmula especial de convivencia, cuyos resultados habrán de experimentarse durante los años futuros en los distintos órganos de opinión iberoamericana, este Curso es una de las tareas positivas del Instituto de Cultura Hispánica, pero además ofrece a la esperanza la posibilidad de planteamiento de una formación profesional de periodistas realizada a escala continental, la organización de cursos más extensos y más varios que cubran todos los aspectos de la especialización periodística en una gran institución iberoamericana.

R. CH. P.

Raúl C. Sibellino.



Los cursillistas visitan la exposición que se ha montado para ellos en la Biblioteca Nacional.

Antonio R. Pellegrino.

El grupo de periodistas iberoamericanos fue recibido por el ministro de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne, que departió con ellos sobre temas profesionales.



¿EL A



Casa donde vivió el padre Anchieta, declarada monumento histórico nacional.



Las perspectivas urbanas de São Paulo se asemejan a las de Nueva York.

Detalle del monumento al Apóstol del Brasil.

JOSÉ de Anchieta, español de las islas Canarias, nacido el 19 de marzo de 1534 en San Cristóbal de la Laguna, es figura de relevante actualidad. El llamamiento efectuado por el Presidente de la República de los Estados Unidos del Brasil en favor de la canonización del célebre jesuita español que fundó São Paulo, la ciudad de mayor comercio e industria y una de las que crecen con mayor rapidez, ha conseguido traer a la memoria de todos la efemérides de la colonización de América, en la que tan decisivamente participaron los españoles.

La reliquia más importante que se conserva del padre Anchieta es su propia casa paulista, a la vez capilla, escuela y residencia, declarada monumento histórico. En ella se encuentran todos los elementos necesarios para recomponer los sucesos de aquellos días de la evangelización del Nuevo Mundo. En la casa de Anchieta se conserva el muro más antiguo de la ciudad, con más de cuatrocientos años; allí estuvo el cuartel general del jesuita. Desde la humilde cabaña de pajas y barro organizó la alfabetización de los indios, enseñándoles en principio las reglas más elementales de higiene hasta llegar a alguno de los tratados culturales que después han pasado a ser considerados de gran importancia pedagógica, como los célebres de climatología, etnografía y biogeografía, exponentes de los primeros tratados escritos en el Brasil, y también sus famosas cartas, que constituyen uno de los principales documentos históricos de esta gran nación.

El abnegado misionero gozaba de la admiración y del cariño de los indios brasileños. Así lo prueba el hecho de que, al entregar su alma a Dios, se viera rodeado de ellos. Y fueron los nativos los que trasladaron sus restos mortales desde Rerigtiva (hoy Anchieta) a Vitoria, Estado de Espíritu Santo, en una peregrinación espectacular: niños y ancianos, hombres y mujeres de la comarca, iban en silenciosa procesión tras el cadáver del misionero santo.

Para conseguir la canonización del padre Anchieta, numerosos diarios y revistas desarrollan una campaña en ese sentido, con la aprobación del nuncio apostólico y del cardenal-arzobispo de Río de Janeiro, secundados por la Academia Paulista de Letras, Instituto Histórico y Geográfico de San Pablo, Fundación Santos Dumont, Fundación Cásper Líbero, Asociación de Veteranos del 32, y otras entidades y personalidades, con la firme adhesión española. Porque nada más emotivo para todos que descubrir a España en los caminos del Brasil; descubrirla a través de sus representaciones, de la que nos sirve de ejemplo el Consulado General en esta hispánica ciudad de San Pablo; a través de sus manifestaciones culturales, como el recientemente inaugurado Instituto de Cultura Hispánica, y, en suma, a través de sus santos, como el padre Anchieta, Apóstol del Brasil.

MARIO GARCIA GUILLEN

PADRE ANCHIETA LOS ALTARES?

La firma del Presidente Goulart inicia los miles y miles de pliegos de firmantes de todas las clases sociales que desean la canonización.

Santíssimo Padre:

Nós, ABAIXO ASSINADOS, imbuídos do mais vivo sentimento de fé cristã e do mais fervoroso espírito de gratidão por quem, de maneira tão completa e tão santa tudo fêz pela nossa terra, e porque realmente sentimos e reconhecemos que o Venerável Padre José de Anchieta foi uma figura enviada pela Providência Divina, no século XVI, ao Brasil para dar ao nosso país um feliz impulso para o Cristianismo, vimos humildemente prostrados ante a SABEDORIA DO SUMO PONTÍFICE, e na certeza de que estamos representando o sentimento da totalidade dos católicos de nossa Pátria,

ROGAR A VOSSA SANTIDADE, seja concedida a justa consagração dos altares àquele que, na consciência dos brasileiros, já é um Santo e já vive aureolado, faltando-lhe apenas, para maior regozijo nosso, a honra dos altares e a glorificação de tôda a Cristandade.

Permita ainda a bondade paternal de VOSSA SANTIDADE afirmemos ser convicção dos brasileiros: que só um Santo, um Iluminado e um Amparado diretamente pelas mais altas fôrças da espiritualidade e pelos Privilégios Divinos poderia realizar a obra apostólica e realmente prodigiosa que coube ao Venerável Servo de Deus, Padre José de Anchieta; e que só mesmo uma criatura extraordinàriamente favorecida pelo Criador poderia alcançar incólume quanto logrou aquêle Venerando Padre num meio completamente selvagem como era o Brasil do século XVI.

José de Anchieta, através de penosíssimos trabalhos, com energias hauridas no seu imenso amor fraternal, logrou transformar feras em homens e homens cristãos, que aceitaram e respeitaram a Fé altíssima que nem estavam em condições de compreender, mas ante a qual se curvaram por amor e respeito à nobre e digna figura do nosso muito querido Padre José de Anchieta.

ACEITE VOSSA SANTIDADE os nossos mais fervorosos sentimentos de filial veneração.

EL Presidente de los Estados Unidos del Brasil, doctor João Belchior Marques Goulart, atendiendo al clamor del pueblo brasileño, nombró una misión especial, presidida por el doctor Dantón Jobin, director del «Diario Carioca», de Río de Janeiro, con carácter de embajador extraordinario, quien entregó en Roma a Su Santidad Paulo VI la carta de petición por la que el Gobierno y el pueblo del Brasil solicitan la elevación del jesuita padre José de Anchieta a los altares como virtuoso maestro y heroico evangelizador.

La campaña pro canonización ha sido reiniciada por el padre Hélio A. Viotti, y está patrocinada también por el embajador español, don Jaime Alba Delibes, al igual que lo había hecho su antecesor, el conde de Casa Rojas.

Muchos son los prodigios y actos proféticos que se dieron en la vida del gran misionero español, entre los que pueden espigarse algunos como la resurrección del indio Diego, confirmado por testigos en la apertura del proceso de beatificación. Hechos casi increíbles que colman los cuarenta y cuatro años que el padre Anchieta dedicó a la salvación de las almas en el Brasil, donde falleció santamente el 9 de junio de 1597, a los sesenta y tres años de edad.

Ahora se tramita la justificación de un nuevo hecho sobrenatural atribuido a su intercesión. Se trata de la curación prodigiosa de una señora, madre de cuatro hijos, que, padeciendo cuatro enfermedades consideradas mortales, y hallándose desahuciada por los médicos de São Paulo y en fase agónica, invocó al padre Anchieta y empezó a mejorar súbitamente. Ahora se encuentra en franca convalecencia en un lugar de Minas Gerais, manteniendo en secreto su residencia las autoridades médicas y religiosas mientras se hacen las declaraciones y testimonios.

Si le corresponde al Brasil el honor de haberle ofrecido al padre Anchieta el escenario donde pudo revelarse toda la grandeza de su bondad, España tiene la gloria de haberle dado la cuna y de haberle formado en letras y virtudes durante sus primeros años, hasta que en 1548 pasó a Coimbra. Por eso Portugal está hermanado también con España y con Brasil en la santificación del padre Anchieta.

Ahora, pasados más de cuatro siglos de la fecha en que José de Anchieta embarcó en el Tajo con rumbo a Bahía, España, que en él le dio al Brasil a uno de sus preclaros hijos; Portugal, que le acogió para inculcarle su vocación misionera, y el Brasil, que recibió asombrado sus trabajos apostólicos durante casi medio siglo, se unen los tres grandes pueblos para glorificar al padre Anchieta orando y laborando por su canonización.

Melchor AUÑON

objetivo hispánico

Los actos que han tenido lugar en Caracas al asumir la presidencia de la República de Venezuela el nuevo Presidente, doctor Raúl Leoni, han revestido un gran esplendor y una especial significación. Celebraba la nación conjuntamente el hecho de la sucesión presidencial con la circunstancia insólita de que se cumplía un período constitucional completo. El Presidente saliente, doctor Rómulo Betancourt, hubo de afrontar para ello incontables violencias, pero al fin, en el Palacio del Capitolio, ante los embajadores extraordinarios llegados del mundo entero, realizaba el sencillo y solemne acto de traspasar la banda simbólica al nuevo Presidente, elegido por la nación.

Caracas, la atormentada capital de los últimos años, ahora en un clima de paz, vivió jornadas de júbilo oficial y de jolgorio popular. Los enviados extraordinarios al traspaso de poderes eran personalidades de la más alta jerarquía. La misión española estaba presidida por el ministro de Marina, almirante don Pedro Nieto Antúnez, y la constituían el embajador en Caracas, don Matías Vega Guerra; el alcalde de Barcelona, don José María de Porcioles; el catedrático de la Universidad de Madrid don Antonio Rumeu de Armas, el capitán de corbeta don Eliseo Alvarez Arenas y el secretario de Embajada don Antonio de Oyarzábal, que actuaba como secretario de la misión. Los representantes españoles han sido objeto de las más cordiales atenciones por las altas autoridades del Estado venezolano.



El doctor Raúl Leoni leyendo su discurso presidencial en el Capitolio, después de la transmisión de poderes. Su mandato abarcará un período constitucional de cinco años.

Raúl Leoni,

El ministro español de Marina, almirante Nieto Antúnez, y el embajador en Caracas, don Matías Vega, departen con los representantes de otros países en la transmisión de poderes presidenciales durante la recepción en la Casa Amarilla.



El almirante Nieto Antúnez (en el centro de la foto) y el embajador de España, señor Vega Guerra (a su derecha), con el doctor Ramón J. Velázquez y el ministro de Justicia de Venezuela, en la recepción ofrecida por el embajador en honor del ministro español de Marina.



El nuevo Presidente de Venezuela, doctor Raúl Leoni, recibe la banda presidencial de manos de su predecesor, el doctor Rómulo Betancourt, en presencia del presidente del Congreso, doctor Luis Beltrán Prieto, que testimonió el acto de la jura del primer magistrado de la nación.

Presidente de Venezuela

De izquierda a derecha, el capitán de corbeta don Eliseo Alvarez Arenas, el capitán de fragata venezolano señor Omar Sanz; el embajador de España, don Matías Vega Guerra; el ministro de Marina, almirante Nieto Antúnez, y el comandante general de la Marina venezolana, señor Sosa Ríos.



Los miembros de la misión española fueron entrevistados en Radio Caracas Televisión, en cuyos estudios se tomó esta foto: don José María de Porcioles, alcalde de Barcelona; don Félix Cardona; el ministro español almirante Nieto Antúnez; el profesor don Antonio Rumeu de Armas, y el embajador en Venezuela, don Matías Vega Guerra, con otras personalidades.



Arte de América y España, en Lisboa



La Exposición Arte de América y España, organizada por el Instituto de Cultura Hispánica, y mostrada con gran éxito en Madrid, Barcelona y varias ciudades europeas, ha sido instalada recientemente en Lisboa, a cuya inauguración asistió el Jefe del Estado, almirante Thomas; los ministros portugueses de Educación Nacional, Marina e Información; el ministro español de Información y Turismo; el embajador de España, señor Ibáñez Martín, y otras personalidades. En la fotografía, el secretario general del Instituto de Cultura Hispánica, señor Suárez de Puga, da lectura a unas cuartillas de presentación.

Intercambio cultural



En el Instituto de Cultura Hispánica ha tenido lugar el acto de la firma del acuerdo por el que las universidades norteamericanas de Purdue e Indiana enviarán alumnos a la de Madrid.

Figuran, en primer término, Mr. Lytle J. Freehafer, vicepresidente de la Universidad de Purdue; el rector de la Universidad de Madrid, señor Royo Villanova; el director del Instituto, señor Marañón, y el vicepresidente de la Universidad de Indiana, Mr. Donald H. Clark. Les acompañan el jefe del Departamento de Intercambio y Cooperación, señor Alvarez Romero; vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras, señor Pérez Castro; secretario general del I. de C. H., señor Suárez de Puga, y jefe del Departamento de los Estados Unidos en el Instituto, señor Bela.

Curso de Veterinaria y Zootecnia Americanas



Se ha clausurado, en el Instituto de Cultura Hispánica, el I Curso de Especialización en Veterinaria y Zootecnia Americanas, al que asistieron 30 doctores en veterinaria de los países de habla española y portuguesa. En la fotografía, el director del Instituto de Cultura Hispánica, don Gregorio Marañón, hace entrega a una de las cursillistas, la señorita Gloria Mansilla, de México, del diploma correspondiente. Constituyen la mesa presidencial del acto (de izquierda a derecha, en la fotografía) el profesor Fernández Navas, catedrático de Santiago de Chile; el secretario general del Instituto, don Enrique Suárez de Puga; el director general de Ganadería, don Francisco Polo Jover; don Gregorio Marañón Moya, director del I. de C. H., y el director técnico del Curso, don Carlos Luis de Cuenca.



Monumento a Rubén Darío en Málaga

En el parque de Málaga se ha inaugurado un monumento a Rubén Darío, descubriendo el busto del gran poeta hispánico el embajador de Nicaragua en España, don Vicente Urcuyo Rodríguez, que pronunció el siguiente discurso:

«Si nacer en América vale tanto como ser español, venir a Málaga es encontrarse de nuevo y emocionadamente sorprendido en mi propia tierra nicaragüense. A ello contribuyen los más felices elementos de vuestra geografía: la luz, el clima, la atmósfera cálida y acogedora de la ciudad, y hasta la peculiar manera de hablar de sus habitantes. Incluso vuestro alegre litoral mediterráneo, de tan fabulosa antigüedad histórica, rica en mitos y dioses, me despierta el recuerdo de mi mar antillano, con su prometedor augurio henchido de porvenir.

No es extraño que nuestro gran poeta Rubén Darío, y digo nuestro porque, si era hijo de América, se sintió nieto de España; no es extraño, repito, que se sintiese aquí, en este pequeño paraíso malagueño, como en su propia casa. Y que aquí se engendraran algunas páginas rutilantes de su libro "Tierras solares", con sus encendidos elogios a vuestras mujeres, a vuestros vinos y a vuestras danzas y canciones, en una continua actividad creadora. Porque Rubén era un trabajador infatigable, pese al destino adverso y equívoco de su leyenda.

Cuando surge un nuevo genio en el mundo, viene ya con toda la fatalidad a cuestas, de sus virtudes y sus defectos. Rubén, al morir, como el genio que fue, dejó repartida por la tierra la luz de su bien lograda victoria espiritual, pero asimismo la sombra implacable de su leyenda. Felizmente, después, los investigadores de la Historia y la Literatura, con su fervor, su limpia conciencia y su escrupulosidad, van poniendo otra vez las cosas en orden. Y merced a esta labor, de la que es testimonio ejemplar el Seminario-Archivo Rubén Darío de Madrid, nos encontramos con un Rubén organizado, metódico, clarividente y digno.

Ahora, en este acto conmemorativo que celebramos, y al que tanto me honra aportar mi personal colaboración, Rubén vuelve de nuevo a visitar vuestra ciudad, como un poético y glorificado testigo póstumo. Y en medio de esta vía malagueña me parece estar abriendo, si me permitís la imagen, un libro bien conocido de vosotros, un libro titulado "El tropel", en cuyas páginas iniciales aparece, como en su "Pórtico", el busto de Rubén Darío, y el resto del volumen permanece reservado para vuestro deslumbrante poeta Salvador Rueda, ambos unidos en la vida y en la gloria, porque ambos fueron hermanos en la iniciación de un movimiento literario que hizo el regalo al mundo de una nueva belleza, nacida del corazón y la cabeza de los dioses.

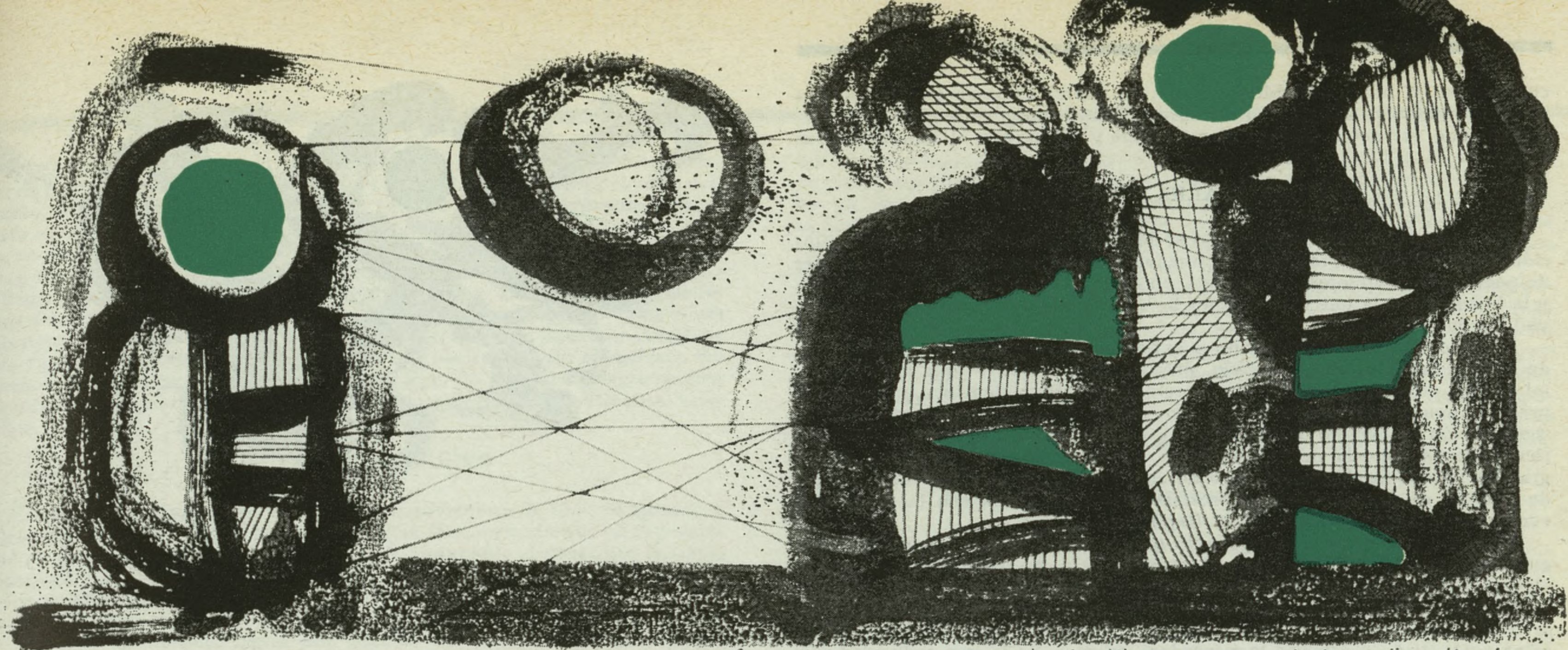
Se celebraba un día un acto semejante a éste, en el que se dio el nombre de Rubén Darío a la antigua glorieta del Cisne de Madrid; al intervenir en él, el ilustre escritor y diplomático mexicano Alfonso Reyes, señalaba la paradoja de que Rubén, "el menos municipal de los hombres", se estuviese convirtiendo en un genio municipal, testigo preclaro de sus calles y plazas, de sus fiestas y de sus costumbres. La paradoja no era más que aparente, porque Rubén, exactamente valorado, no fue solamente el consabido poeta de princesas y cisnes (siempre admirable, sin duda, sino que, por su prodigioso sentido humano, fue el compañero de todas las alegrías y tristezas, de todos los ademanes nobles o ruines del mundo que le rodeaba. Es decir, del íntimo sentir y concebir de los pueblos. Y como los municipios son sus legítimos y vitales representantes, sus regidores le erigen estatuas, le consagran calles y plazas, reverdecen su honor y su culto por todos los rincones de Europa y América, como acaba de hacerlo la municipalidad de París, en fecha reciente, y lo hacéis vosotros ahora.

La fina sensibilidad de vuestro ilustre alcalde, el excelentísimo señor don Francisco García Grana; su penetrante cultura, su noble ejecutoria política, hombre de cara a todos los vientos, no podía permanecer sordo a la llamada de la Poesía. Y aquí ha plantado un firme jalón que lo suma a la carrera pacífica, de reconocimiento, al genio de Darío, que paseó por el mundo la bandera de la concordia y de la comprensión.

A su excelencia, el muy ilustre señor alcalde, y, en general, al pueblo de Málaga, tengo la satisfacción de expresar, en nombre de mi Gobierno, de mis compatriotas, y en mi propio nombre, nuestro profundo agradecimiento por esta obra, que es la obra del espíritu, del amor y de la hermandad entre los hombres.»

DON GREGORIO MARAÑON MOYA, GRAN CRUZ DE ISABEL LA CATOLICA

Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, ha concedido a don Gregorio Marañón Moya, en reconocimiento a la labor desarrollada como director del Instituto de Cultura Hispánica, la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica. El ministro de Asuntos Exteriores, don Fernando María Castiella, le impuso las insignias, en presencia del subsecretario y de los directores generales del Departamento.



VEINTICINCO AÑOS DE HISPANOAMERICANISMO BAJO UN NUEVO SIGNO

por Gastón Baquero

Una de las grandes pruebas de cuán hondos son los sentimientos que unen a España y a la América Hispana, fue dada por la reacción producida en el Nuevo Mundo al iniciarse la guerra española en 1936.

A veces, en tiempos de paz y de calma, no se tienen noticias verdaderas de lo unidas que están dos naciones o dos personas. Necesítase la llegada de una crisis, y mientras más intensa y amenazadora de destrucción sea ésta más a propósito resulta para comprender o descubrir lo que estaba ahí, pero no se reconocía. Tal ocurre en algunas familias, donde un miembro de ellas es tenido por *despegado* o poco amoroso, pero en cuanto llegan la grave enfermedad, o la ruina, o la necesidad de que todos digan presente, ocurre que los más prestos y fieles vienen a ser los que parecían más fríos e indiferentes.

Las relaciones entre España y la América Hispana, desde principios de siglo, eran buenas, pero no eran ciertamente apasionadas, vivas, atentas de veras al íntimo sentir y acontecer de las naciones separadas por el mar, y crecientemente debilitadas en su cariño por la poderosa realidad de la distancia y por la ausencia de una política orientada hacia la vigorización del amor, fuese partiendo de Hispanoamérica hacia España, fuese partiendo de España hacia Hispanoamérica. Era más bien una rutina correcta, no una convivencia; una tarea normal de la diplomacia, alimentada de bellos discursos, pero en la práctica se creía que se estaba «cumpliendo» mejor con la tradición y con la cultura cuando se organizaba un Comité para erigir una estatua a Cervantes, que si se intentaba intercambiar todos los años cientos y cientos de estudiantes, de profesores, de libros, de ideas y de proyectos requeridos para la cooperación firme de España con las naciones hispánicas en América y en Filipinas, y de éstas con España.

En ese *dolce far niente* llega el terrible llamado de la guerra. Los millones de españoles radicados en América poseían, lógicamente, su ideología o sus preferencias políticas. Los pueblos hispanoamericanos, por una tendencia de afinidad perfectamente explicable y lógica, veían en el término «República» algo que por sí mismo, sin más, sin tomar en cuenta la diversidad de características y de hechos que caben bajo una denominación genérica, *tenía que ser mejor y más útil* para el pueblo español que una monarquía o que otra forma cualquiera de gobierno. Sin que se conociese a fondo la penosa evolución, tan rápida como absurda, de la República española hacia una verdadera anarquía, hacia la pérdida total de autoridad y de auténtica representación de los sentimientos reales del hombre español, los pueblos hispanoamericanos, en su inmensa mayoría, tomaron partido por lo que ellos, idealmente, concebían como «la República».

Y tomaron partido apasionadamente, a la española integral, viviéndose los episodios de la guerra como si se estuviesen librando en el propio territorio en que cada cual vivía. Ciertas tradiciones, originadas en España, particularmente en el siglo XIX, y trasladadas a América, inclinaban a creer que un «levantamiento militar» era siempre, sencillamente, un golpe de estado contra unos gobernantes, por la sola y potísima razón —o sin razón— de la fuerza. En muchos países de América la inestabilidad política casi perpetua debíase a la sucesión de golpes militares, de pronunciamientos, de asonadas.

LA VERDAD EVAPORADA

Faltos de información real sobre lo que venía ocurriendo en España desde el mismo año 1931, el Alzamiento pareció a muchos un hecho caprichoso, efectuado por unos militares que, sin ton ni son, por el simple placer de destruir, querían echar abajo la República. Luego, la inmensa propaganda, cuya magnitud debió alertar a las gentes de buena fe para comprender que «algo» había detrás de la demasiado unánime y demasiado mundial lamentación por una República «agredida», fue minando en América el criterio más y más, hasta llegarse a un punto de disentimiento con los esfuerzos titánicos del ejército de España y de los españoles que corrieron a secundarle para salvar a su patria.

No se veía la verdad —acaso no era humanamente posible hacerlo— a distancia, en el terrible maremagnum de la guerra, dominado cada cual por las emociones supremas que despierta el diario riesgo de vivir o morir. Un hecho simple, evidentísimo, no era, sin embargo, reconocido en su escueta e imperiosa realidad: la República, que los militares españoles aceptaron en 1931 con el más absoluto respeto, era algo que ya mucho antes de abril de 1936 había dejado de existir. Quedaba en el papel una ficción, pero en España, desde 1931, no había ni podía haber paz. Y la paz es la consecuencia firme del poder, o el poder no tiene justificación ni derecho. Las fuerzas decisivas de la nación, ligadas al poder, habían sido progresivamente secuestradas por los astutos agentes del comunismo internacional, quienes aún utilizaban como pantalla a hombres muy doctos en literatura y en oratoria, en la mayoría de los casos, pero desprovistos de sentido político. La República se había escapado de manos de los republicanos y hallábase ya, prácticamente, bajo el dominio absoluto del comunismo internacional. Precisamente, la duración de la guerra, que se mantuvo ante todo por la ayuda que en hombres y en armas sin cuento enviaban los soviets, demuestra cuán profundamente había clavado su garra en la Península la organización encargada de transformar en realidad la horrible profecía de Lenin: «Después de Rusia, España».

El Alzamiento se transformó inmediatamente en Cruzada; se hizo, en realidad, para llevar a cabo una Cruzada necesaria, imprescindible ya. Fue la salvación de España, y por ende la salvación de Europa. Basta considerar por un instante la hipótesis de un triunfo de las armas rojas en España —y a nadie se le ocurriría imaginar siquiera que ese triunfo habría significado la restauración de la República, sino la implantación del Soviet— para medir en su exacta grandeza el valor de aquella gran salida de los españoles amantes de la libertad, de la religión, de la cultura, de la paz, en guerra abierta contra los agentes del sistema de vida exactamente contrario a la

civilización, y, por inevitable desdicha, en guerra también contra quienes no siendo en teoría adscritos al marxismo, conducíanse, sin embargo, en forma tal que sus actos servían al marxismo y facilitaban el triunfo de sus planes.



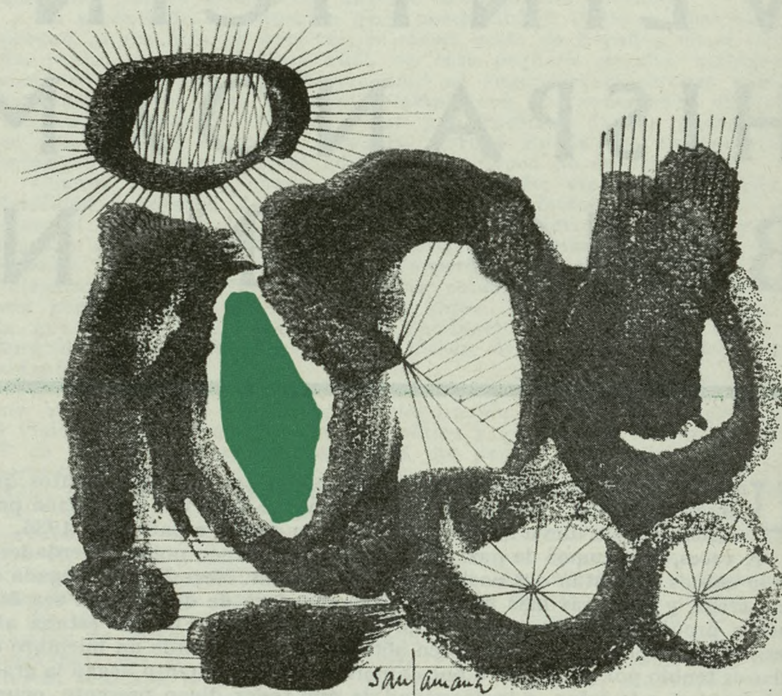
INTELECTUALES Y POLÍTICOS

Pero en la América Hispana no se hizo presente, al principio, la distinción precisa entre el prestigio que pueden merecer algunos grandes nombres de poetas, de profesores, de juristas, en su condición de tales, y el fracaso y la incompetencia que esos mismos hombres pueden representar al ser llevados a la política.

La autoridad de un escritor no se extiende a las ideas que en política puede haber preferido; esto es obvio, pero también es obvio que ante los admiradores, ante los públicos, una autoridad poética, o científica, o filosófica, presta a una causa cualquiera un peso que la gente confunde con el de la significación intelectual del individuo, y se lo traslada a la causa... La América Hispana conocía de la República, en su nacimiento, la presencia de grandes figuras intelectuales, pero no cuidó de seguir la trayectoria mental de muchos de aquellos prohombres, rectificada a ritmo con la desastrosa evolución o descomposición de la República.

Por otra parte, no se comprendió que la adhesión que algunos de ellos guardasen a la República hasta después de 1936, no quería decir en modo alguno que «la República» tuviese razón, *porque no hay posiblemente juicio menos seguro en cuestiones de política que el juicio de los intelectuales y de los artistas.* Pero ¿quién convence a un lector de que su poeta favorito puede estar equivocado o ignorar la verdadera entraña de lo que defiende? (Es por esto que el comunismo solicita con tanto empeño la adhesión de los intelectuales: conoce su influencia sobre el público, y conoce igualmente su enorme ceguera y su casi biológica incapacidad para atender en la práctica los reales propósitos y vericuetos de la política. Los comunistas saben que el común de las gentes confunde la firma de Picasso al pie de un cuadro, con la firma al pie de un manifiesto...)

LA RAZÓN DE UNA FOBIA



La influencia de los grandes hombres que salieron al exilio en Hispanoamérica, así como la devoción general de aquellos países por el término «República», determinarían el hecho de que la guerra terminase en España, pero quedasen allá zonas neurálgicas, a las que sería preciso ir persuadiendo de la verdad con el largo paso del tiempo y con la luz de los hechos. Aspirábase a que se comprendiese, por lo menos, que el Alzamiento no fue un caprichoso y personalista «golpe de Estado», sino una Cruzada indispensable e inevitable para no ver a España convertida en un satélite de la Unión Soviética. Quienes querían esto, ciertamente, eran los menos. Esos menos, sin embargo, poseían una capacidad tal de simulación y de absorción, que los llevaba a mezclarse con éxito con quienes querían otra cosa, y acababan por teñir de su particular color político todo el exilio, toda la concepción popular hispanoamericana de la guerra civil, y toda la sinrazón para el mantenimiento del rencor contra España y su nuevo régimen. No veían muchos españoles, cegados por el sufrimiento, doloridos por una derrota que no creían merecer, que estaban sirviendo a los enemigos tradicionales de España, y permitiéndoles que introdujesen de contrabando en las actitudes y en los sentimientos de los no-bolcheviques, actitudes y sentimientos que eran, lisa y llanamente, o procomunistas, o antiespañoles *por España misma.* Eran los enemigos de la cultura, de la influencia, de la supervivencia de España en el Nuevo Mundo, *fuese quien fuese quien gobernase en España.*

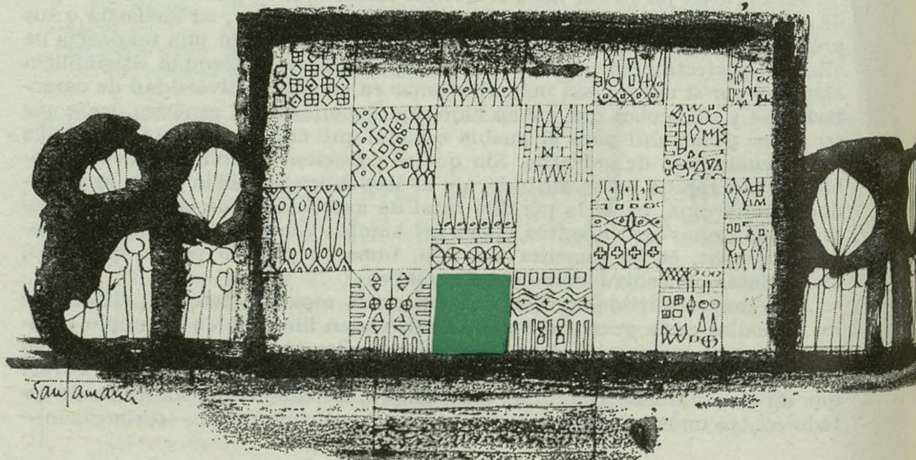
Contra esa muralla de incomprensión, de confusiones mentales, de actos injustos, ¿cuál iba a ser la actitud de quienes, habiendo salvado a España, y habiendo salvado a la larga a la propia América Hispana, veíanse, sin embargo, tratados como enemigos, y lo que es peor, como aliados de las fuerzas del mal? La actitud española fue paciente y caballerosa. Simultáneamente con los trabajos para la reconstrucción nacional, iniciáronse los trabajos para poner en pie una nueva forma de aproximación y de convivencia entre España y la América Hispana. Iba a nacer, con la nueva España, un nuevo hispanoamericanismo.

Ahora, a los veinticinco años de ese hispanoamericanismo heroico, levantado y mantenido contra viento y marea, tenaz en convencer de su buena voluntad y de su lealtad, podemos preguntarnos por sus resultados, y, sobre todo, por su eficacia. Eficacia, subrayemos, para España, y eficacia para América.

ADIÓS A LOS ÚLTIMOS FANTASMAS

Muy difícil iba a ser la tarea de acercamiento, de sutura de las heridas, de convencimiento, a quienes se habían visto arrastrados al remolino de la guerra sin una aduana firme para los prejuicios y los venenos de la propaganda internacional.

Impertérritamente, segura de su verdad, España echó a andar. Se concibió «un proyecto de vida en común» —como reza en su preámbulo el instrumento de creación del Instituto de Cultura Hispánica—, recordando los antecedentes del movimiento hispanoamericanista, que se inicia concretamente en los Congresos Iberoamericanos de Montevideo y de Lima, en 1868 y 1878. Desde entonces, con alternativas de periodicidad nacidas de la problemática interna de España o de Hispanoamérica, celebrabánse esporádicos congresos y reuniones hispanoamericanistas genuinas, hasta 1931. La Unión Iberoamericana, las Exposiciones memorables bajo el patrocinio del Rey, en Sevilla y en Barcelona; las revistas y los movimientos literarios, coronados con la aparición de grandes figuras españolas entregadas al estudio y al amor de América, y de grandes figuras hispanoamericanas entregadas al amor y al estudio de España, iban desbrozando un camino hacia el porvenir.



A pesar del impacto de que he hablado, en valiosos sectores de la América Hispana se inició, sin embargo, el movimiento de comprensión hacia el Alzamiento, y, como un símbolo, las dos primeras naciones del mundo que reconocieron al nuevo Gobierno de España establecido en 1936 fueron Guatemala y El Salvador. Lo reconocieron primero que Alemania e Italia, y quedó

abierta así una senda de acercamiento que otros países tardarían más en recorrer, pero que era la senda justa. En el mismo año 1936 llegó el reconocimiento de Nicaragua (obsérvese que se trataba de países centroamericanos hasta aquí), pero tras esto, al abrirse el largo periodo de duración de la guerra, no hubo otros reconocimientos sino hasta febrero de 1939, cuando el Uruguay fijó la nueva aparición de países hispánicos que se aproximaban a la España renaciente. Venezuela, Argentina, Perú, Bolivia, Brasil, República Dominicana, Haití, Chile, Costa Rica, cerraron el desfile de naciones que otorgaban su reconocimiento. Faltaban tan sólo tres países de América, pero ya con el número presente se podía dar por terminado el delicado interregno de falta de relaciones formales, sin las que era prácticamente imposible echar a andar una nueva política vocada hacia el continente Americano.

BAJO EL SIGNO NUEVO

Esa nueva política se puso en marcha en noviembre de 1940, al aprobarse la ley que creaba el Consejo de la Hispanidad. No obstante que en el preámbulo de dicha ley se especificaba por modo indudable el propósito real que se perseguía, en muchos países de América cundió la especie calumniosa de que se trataba de un instrumento creado por el fascismo internacional ¡para propiciar la reconquista de las colonias perdidas en 1825!

Presentar al Consejo como una especie de fruto tardío de la Santa Alianza, se hizo pronunciamiento común en los medios donde los españoles contrarios al régimen y los agentes del comunismo —de ese comunismo que jamás perdonaría a los españoles no haber obedecido a Lenin— podían influenciar a los universitarios, a los intelectuales, a los artistas. Fingiendo desconocer la entraña histórica, el significado pluricentenario del yugo y las flechas, que no eran otra cosa que las iniciales de Fernando e Ysabel, sillares de la reconstrucción de España unificada tras una guerra disociadora, dieron en decir allá en América que las flechas y el yugo no eran sino un símbolo tomado del fascismo italiano para anunciar el enyugamiento de los pueblos y la ejecución de los cautivos mediante flechas...

Era una grotesca desfiguración de la verdad, pero iba dirigida hacia los grandes públicos, que frecuentemente toman por *verdad* lo que le dicen los agitadores y los expertos en confundir a la opinión. Muy pocos se tomaban el trabajo de producirse honestamente y de hacer conocer a los grandes públicos americanos, mediante la prensa, como en el preámbulo de esa ley se decía explícitamente: «La desunión de espíritu de los pueblos hispánicos hace que el mundo por ellos constituido viva sin un ideal de valor y trascendencia universales. Y, sin embargo, la Hispanidad, como concepto político que ha de germinar en frutos indudables e imperecederos, posee y detenta esa idea absoluta y salvadora. El espíritu de la Hispanidad, que no es el de una tierra sola, ni el de una raza determinada, radica en la identidad entre su ser y su fin, en la conciencia plena de su unidad...»

Ni tampoco se dio a conocer que ese mismo preámbulo concluía afirmando: «No le mueven a España con esta actitud a que hoy da ser, apetencia de tierras y riquezas. Ante el espíritu materialista que todas las ambiciona para sí, ella nada pide ni nada reclama; sólo desea devolver a la Hispanidad su conciencia unitaria y estar presente en América con viva presencia de inteligencia y amor, las dos altas virtudes que presidieron siempre nuestra obra de expansión en el mundo, como ordenó en su día el generoso espíritu de la Reina Católica».

Estas diáfanas premisas no bastaron para poner en fuga a los fantasmas incorporados a golpe de propaganda y de falacias. El Consejo, en realidad, no pudo cuajar en una acción como la que se proponía, porque la respuesta en América, por lo general, fue de inercia o de indiferencia cuando no de ataque o suspicacia. Era lógico hasta cierto punto que las heridas abiertas por la guerra, y que tantos se empeñaban en mantener sangrantes allende los mares, impidiesen abrir los ojos a unos pueblos que iban a ser precisamente los más beneficiados con la afirmación de la Hispanidad. Porque —y es muy oportuno subrayarlo ahora que comienzan a ver claro por fin los más renuentes y los más aprensivos— la Hispanidad no es sino sólo en parte muy reducida un *interés de España*: la Hispanidad representa para la América Hispana y para Filipinas el disponer en forma dinámica, práctica, actual, de una reserva de ideas y de principios, y por ende de normas, que pueden contrarrestar y aun vencer el avance de ideologías extrañas al espíritu americano. En un mundo de grandes bloques armados con terrorífico poder destructivo, el Continenete hispanoamericano, como las Filipinas, necesita contar urgentemente con aquellas armas, las del espíritu, las de la religión, las de la lengua, las de la tradición de unidad y de destino común, porque de lo contrario tendrá que rendir inexorablemente su libertad en manos de uno de los bloques nuclearizados.

HACIA ADELANTE, A PESAR DE TODO

El noble intento de 1940 dejó como secuela inmediata la creación de la Asociación Cultural Iberoamericana, así como todo un movimiento en Universidades y medios religiosos de Hispanoamérica. Y sobre todo, por decirlo así, *se puso de moda Hispanoamérica en España*. Ésta, a su vez, redescubría su gran vocación culturizadora extranacional, ecuménica, y ponía de relieve ante los ojos de todos los españoles —comenzando por aquellos que tampoco entendían cómo la América Hispana es, para siempre, una parte vital de España y de los hispánicos—, que para realizar de veras el espíritu de una nueva España, era imprescindible incorporar a sus tareas esenciales para la juventud, para las generaciones de postguerra, para el hombre español renacido a la esperanza y a la fe en el porvenir, el fascinante desafío de continuar en lo grande la historia superna de España, que fue, en definitiva, una historia que consistió en crear a imagen española un mundo acunado en los brazos de Isabel la Católica, y derramado sobre los océanos y las tierras hasta erguirse, como un perpetuo centinela, en los confines del Asia.

De todos modos, como lo que interesaba era la realización de la idea, hallóse la manera de borrar de las mentes poco informadas o mal orientadas las nubes que enturbiaban el avance de los trabajos del Consejo. Un primer paso fue intensificar en España los testimonios de acercamiento sincero a América. Surgieron los departamentos de Historia de América en las Universidades; una verdadera legión de especialistas en estudios de aquel mundo y sus problemas apareció en cátedras, en publicaciones y en Institutos *ad hoc*, como el «Gonzalo Fernández de Oviedo», la *Revista de Indias*, la Universidad Hispanoamericana de Verano Santa María de la Rábida, el Colegio Mayor «Casa de Santa María del Buen Aire», la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, el Museo de América...

A lo largo de estas tareas creadoras, libraba España, además, la gran batalla de su dignidad en el terreno puramente diplomático. La actitud de Hispanoamérica comienza al cabo a modificarse muy lentamente, pues no había cedido aún la presión de los grupos políticos a quienes convenía, por un motivo u otro, la confusión. Comprendían que, de cristalizar los empeños manifestados en la llamada a la unión activa de los miembros de la Hispanidad, acabarían por sufrir un descalabro en sus planes quienes medran con el divisionismo y con la balkanización ideológica y económica de América.

POSTGUERRA Y POSTCONSPIRACION

Terminada la guerra mundial, y disponiéndose el mundo a organizarse bajo nuevas estructuras internacionales, bien que híbridas éstas por la comparecencia de la Unión Soviética a título de aliado, prepárase España también para hacer frente a la previsible tormenta de dicterios y de persecuciones que forzosamente supondría una alineación internacional agitada por la presencia superactiva de los marxistas.

En julio de 1945 llegó al Ministerio de Asuntos Exteriores de España Alberto Martín Artajo. En ese mismo año, un mes antes, España había sido excluida de las Naciones Unidas, exclusión que ratificaron los dirigentes americano, ruso e inglés, en Postdam. Comenzaba ahora el viacrucis de la exclusión y del aislamiento de España —para ella no habría Plan Marshall ni ayuda de ningún tipo—, pretendiéndose la absurda idea de cercarla por hambre hasta hacer que su Gobierno cayese en manos de los comunistas. Poco conocían a España y a los españoles quienes pedían sanciones internacionales, o pretendían hacer creer al mundo que de veras consideraban un peligro mayor la existencia de un gobierno de orden en España que el avance de la Unión Soviética por el orbe con sus legiones de agitadores.



Los países hispanoamericanos, y esto es lo que interesa destacar ahora, aceptaron por poco tiempo aquella conspiración. Primero fue la Argentina quien gallardamente rechazó la orden de «los grandes» de romper con España. Luego fueron apareciendo una tras otra las naciones hispánicas que consideraban las posturas del primer momento, cuando el mando de los vencedores era un *dictum* en las Naciones Unidas, y comenzó *a verse una vez más, que en el fondo, en definitiva, la familia termina por reunirse.*

España, frente a la conspiración, proseguía actuando y actuando, llena de paciencia y de seguridad en que pasadas las inevitables pasiones de la guerra, las aguas tomarían su nivel, y resplandecería la justicia. No apartaba la vista de su propósito de solidaridad con la América Hispana, y, por encima de las relaciones formales, fomentaba y llevaba adelante relaciones vivas a través de exposiciones, congresos, visitas a España de grandes núcleos de estudiantes y de profesores, y visitas a América de figuras relevantes de la vida española.

Al finalizar el año 1945, fue creado el Instituto de Cultura Hispánica, cuyos lineamientos perfilaban más, precisaban más, el mentís práctico a las insidias. Después del Consejo de la Hispanidad, este nuevo organismo cultural, llamado a un gran destino, presentaba como característica adicional a cuanto se había hecho hasta entonces el funcionamiento en armonía con los Institutos creados en cada nación. La aparición del Instituto fue acogida por América con talante muy distinto al que reservara para el Consejo. Cierto es que los cinco años transcurridos habían presenciado nada menos que el vuelco total de la política del mundo. Acaso porque se comprendía que ante las organizaciones gigantescas en apariencia, pero minoritarias en el fondo (por el derecho del veto que se reservaban los «grandes»), no había más remedio *que procurar agrupaciones que fortalecieran a los pueblos llamados débiles*. Una suerte de *instinto de conservación* que ha ido despertándose y creciendo paso a paso abre el camino a la conciencia y a la prác-

tica de la Hispanidad. La acogida brindada al Instituto de Cultura Hispánica por los países del otro lado del mar permitía anunciar una nueva era en las relaciones, y una nueva oportunidad para consolidar el hispanoamericanismo como política esencial de la nueva España y de la Hispanoamérica de la postguerra y de la postconspiración.

EL INSTITUTO Y SUS REALIZACIONES

Con hombres provistos de una visión mundial de la cultura española, con fervorosos creyentes en el destino común de los pueblos hispánicos como Joaquín Ruiz Jiménez y Alfredo Sánchez Bella —los directores de la primera etapa del Instituto—, y como Manuel Fraga Iribarne, Manuel Jiménez Quílez, Pedro Laín Entralgo, Carlos Robles Piquer... puso a punto el Instituto el Canciller de la Resistencia, Alberto Martín Artajo. En enero del 46 ya se creaba el Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe», orientado, según explicaba el introito del Decreto que le daba vida, a ofrecer a los estudiantes hispanoamericanos «en el seno de la Universidad un hogar en donde hallen, en convivencia con los estudiantes españoles, ambiente apropiado a sus tareas de estudio e investigación, a la par que puedan proseguir su entera educación de hombres para los que rigen los grandes principios de nuestra civilización cristiana».

El Colegio Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe» ha representado un maravilloso puente para la entrada y arraigo en España de estudiantes de todos los países de América. Al principio, como era razonable esperar, dentro de la irrazonable actitud general del momento, venían pocos, y además procedían, casi exclusivamente, de centros religiosos. Lentamente, la vuelta de generaciones y generaciones profesionales hacia América, servía para dar allá testimonio vivo de lo que aquí conocían y veían los estudiantes. Desde poner en su sitio la verdad en cuanto al alto nivel cultural de las Universidades españolas, hasta describir además la vida pacífica, libre de sobresaltos y de presiones políticas que llevaban en España los extranjeros y los españoles, los profesionales y los estudiantes que regresaban a América echaban por tierra la nueva leyenda negra e incitaban con su testimonio a buscar el abrigo de España a un número creciente de hispanoamericanos ansiosos de formarse al pie de la fuente original de su cultura.

Habíase intentado crear allá entonces el ambiente de que en España no quedaron profesores universitarios de capacidad, tras el éxodo de 1936, ni intelectuales de monta, ni movimiento de ideas. La presencia y actividad de Ortega y Gasset, de Marañón, de Menéndez Pidal, de Jiménez Díaz, de Eugenio D'Ors, y de una legión de grandes catedráticos, investigadores, poetas y escritores, parecía no decir nada a quienes en realidad no querían que se les dijese nada. Afirmábase, además, que el Gobierno español ejercía tal política sobre los extranjeros y los nacionales, que se vivía bajo la persecución perpetua «de la policía y el clero». Pero los que venían al Colegio Mayor de Guadalupe, jóvenes, inclinados como es propio de su edad al inconformismo, regresaban a América luego de haber visto y vivido, y decían allá, a su generación, la verdad de España.

EN BUSCA DEL TESORO PERDIDO

El Instituto se entregó con pasión a la obra de acercamiento, asociándose con los Institutos de América, e incorporando a ellos, sin tintura política, a las personalidades de cada país que más se distinguían por su amor a la cultura hispánica. Paralelamente, el Departamento Editorial dio comienzo a la publicación de obras fundamentales, desde las Leyes de Indias y los Cedularios Indianos, a los grandes monumentos de la literatura inicial hispanoamericana. La obra de Mutis, completamente arrinconada hasta la fecha, encontró al fin el recuerdo merecido mediante acuerdo con el Gobierno de Colombia. Poetas de América, historiadores, ensayistas eran editados en proporción mucho mayor que la de autores españoles. Se inició la reaparición en España de grandes figuras hispanoamericanas, encabezadas por el maestro José Vasconcelos, el titán mejicano que tuvo el valor de enfrentarse en el Continente con los antiespañoles y con los izquierdizantes de toda laya.

Iba cayendo paso a paso el tabú levantado por el comunismo internacional a los escritores y hombres de ciencia al respecto de visitar a España. Y como gracias al espíritu imbatible de los diplomáticos españoles —quienes no cejaban un punto en los respetos debidos a España en el escenario internacional—, se descongelaba día tras día la muralla construida por los enemigos, ocurría también que la labor de relación de un organismo como el Instituto de Cultura Hispánica podía desarrollarse y fructificar más y más en un número mayor de países y con una libertad de movimientos que al principio le estaba cohibida.

La creación de la Cátedra bautizada con el nombre egregio de Ramiro de Maeztu, uno de los artífices, con Ganivet, de la noción moderna de la Hispanidad, ofrecía también a los intelectuales de América una tribuna libre y eficaz. Seguía esta creación a la del Instituto Cultural Iberoamericano, que agrupaba a señeras figuras hispanoamericanas como Pablo Antonio Cuadra y Julio Icaza, de Nicaragua; el Padre Osvaldo Lira, de Chile; Juan Carlos Goyeneche, de la Argentina; Felipe Sánchez Villaseñor, de Méjico; Guillermo Lohman Villena, del Perú, y a otros nombres eminentes de allá que se acompañaban por una pléyade de grandes valores de la intelectualidad española. Este Instituto Cultural Iberoamericano nacía en realidad como una consecuencia de la reunión en España del XIX Congreso de Pax Romana, y venía signado por una fuerte emoción de lo religioso como instrumento supremo de salvación histórica. Al año siguiente de instalado el Instituto en Méjico, inaugurése en Madrid, como filial suya, la Asociación Cultural Iberoamericana, con sede en el Instituto de Cultura Hispánica. Es esta Asociación, de ya larga vida, la que con admirable periodicidad ofrece semanalmente una tribuna a los poetas y escritores de Hispanoamérica y de España en la llamada Tertulia de la ACI. En tanto, el Instituto ofrecía, además, campo a la publicación de la obra en marcha de los autores de ambos mundos y a los reportajes sobre problemas vivos con las revistas *Mundo Hispánico* y *Cuadernos Hispanoamericanos*, que consiguieron rápida difusión y prestigio en todo el orbe de la Hispanidad, al extremo de que no es posible escribir la historia de la cultura y de la vida hispanoamericana de estos últimos lustros sin contar con las colecciones de ambas revistas, que mejoran con el paso de los años, como los vinos y como la buena pintura. Otras publicaciones del Instituto vendrían a llenar, cada una en su género, una necesidad para la investigación y el análisis del mundo hispanoamericano.

Bajo la rectoría de don Blas Piñar, un consagrado a América, el Instituto prosiguió su despliegue de actividad, subrayándose la atención a la vida universitaria del hispanoamericano en España, que crecía por días y requería cada vez una atención más delicada y sagaz.

El Instituto ha ido, pues, afirmando su existencia, ampliando su radio de acción, cumpliendo sus fines en forma ascendente. El Canciller don Fernando María Castiella, conocedor directo de los problemas e intereses de Hispanoamérica, como que figuró en la misión inicial que recorriera el Nuevo Mundo para divulgar los principios y objetivos reales del recién creado Instituto de Cultura Hispánica, y fue además, siempre, uno de los principales mantenedores de la estrecha vinculación de España con los países de allá, cuando llegó al Ministerio de Relaciones Exteriores poseía una clara conciencia de la dimensión de los problemas urgentes a afrontar en este campo, y estaba además imbuido de la importancia excepcional de la obra encomendada al Instituto. El pensamiento hispanoamericanista del Jefe del Estado podía contar con don Fernando María Castiella, como uno de esos diplomáticos que han conocido de primera mano a la América y sienten por ella un auténtico fervor.

HISPANOAMÉRICA SE DESCUBRE A SÍ MISMA

En todos los años decursados desde aquel 31 de diciembre de 1945 en que naciera el Instituto, se ha ido cumpliendo allí cotidianamente una rica función de convivencia entre los hispanoamericanos que vienen a España. Los viajes organizados sin espíritu comercial, sino educativos y de recreo; la Biblioteca Hispánica; el Departamento de Intercambio Cultural; los servicios de Información y Orientación universitaria y periodística; la venta de libros importantes a precios reducidos; las exposiciones internacionales de pintura; la atención y la estima a escritores, periodistas, autores de teatro y novela, a través de concursos y de servicios especiales; la oferta anual de cursos de Documentación sobre la vida española y sobre materias de particular interés como el arte, el derecho internacional, la medicina; la vinculación estrecha con organismos como la OIE y la OISS, toda su estructura y funcionamiento, en fin, hacen del Instituto no un simple centro para traer becarios a España y distribuirlos por las Universidades —función que realiza, además, en forma eficacísima y en aumento anual—, sino un verdadero hogar cultural para que conviva la familia hispánica.

Es en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid donde más se ha hecho, en los últimos veinte años, por el conocimiento *de los países hispanoamericanos entre sí*. Ha sido en el «Guadalupe» y en el Instituto donde muchos prejuicios, enconos y rivalidades entre países hermanos, que vivían de espaldas unos a otros, se han evaporado al contacto diario entre los hijos de cada país. Aquello que decía el conde Keyserling, de que para conocerse a uno mismo el camino más corto es dar la vuelta al mundo, puede parafrasearse al describir el papel de aglutinador y de fraternizador que el Instituto llena, diciendo que para conocerse bien los países del Continente americano han tenido y tienen que reunirse en España, la tierra sin fronteras, el Hogar común.

Si no fuese más que ese gran resultado, lo de que se conozcan y fraternicen los jóvenes de los países hispánicos, lo único que el Instituto arrojara como saldo, al contemplarlo en estos veinticinco años de hispanoamericanismo ya sería más que suficiente para aplaudirlo. Había excesivo aislamiento entre los países, y se conocían tan poco entre ellos, que el vacío formado por el desconocerse recíproco era un lastre para el desarrollo y para la seguridad. Pero ha ido y está yendo más allá el Instituto. Hoy, bajo la dirección de don Gregorio Marañón Moya, uno de los grandes valores de la postguerra española, los horizontes editoriales y los empeños que podemos calificar de *llevada del hispanoamericanismo a sus últimas consecuencias*, se ensanchan sin cesar.

El I Congreso de Instituciones Hispánicas, realizado con la sencilla y nada ruidosa eficacia de Marañón, ha representado un genuino aporte a la ansiedad hispanoamericana de encontrar en su propio mundo un camino de organización, de actividad colectiva, que la libre de vivir a expensas de cuanto para ella quieran diseñar los países extraños a su ser y a su historia.

La Exposición «Arte de América y España», uno de los grandes eventos culturales de los últimos años, con resonancia tal que aún hoy está recorriendo Europa, fue otro de los desvelos de don Gregorio Marañón, que significa una clara voluntad de servir a América en todos los terrenos, así como el impulso que ha dado a las publicaciones, creando el Consejo Editorial y llevando las ediciones a un nivel sorprendente. En el Instituto, la Hispanidad no fue nunca una figura de retórica, un arranque de lirismo. Es con hechos como el del Congreso de Instituciones Hispánicas —de lo económico a lo filológico se pasó revista intensa a la actual problemática hispánica— que se toca ya en puerto seguro en cuanto a obtener de la concepción y práctica de la Hispanidad lo que hay derecho a esperar de ella: la apertura en América de caminos propios para escapar de esta férrea cárcel en que se quiere meter al mundo contemporáneo, al dejarlo sin otra alternativa que la de escoger el tipo de bomba atómica con que prefiere ser pulverizado.

LA HISPANIDAD NO ES NEUTRALISTA

La Hispanidad es otra cosa; es una salida propia y más apropiada que otras para las naciones hispánicas. *No es una tercera posición ni un neutralismo*, sino una posición distinta, previa a las de la alternativa trágica de hoy. La Hispanidad no es ecléctica, porque del materialismo no acepta ni recoge nada, y su raíz religiosa le impide el eclecticismo, aun en lo histórico, por ser éste equivalente a un agnosticismo ya superado por la conciencia occidental.

Aún queda mucho por hacer en el Instituto de Cultura Hispánica para colocar a la Hispanidad en posición de máximo rendimiento, pero se ha hecho muchísimo, y se está haciendo más cada día. Gracias a su labor, hoy son millones los que comprenden, en España y en la América Hispana, que están casi intactos los valores, los alimentos morales y materiales representados por una América unida en razón de sus orígenes, de su alma propia, de

su espíritu. Y esa América no puede unirse si no es al calor de una voz unánime, de una llamada común, neutral en lo de preferir a esta o a aquella nación, porque todas son iguales para ella, pero definida en cuanto al rumbo a escoger frente a la disyuntiva actual. Podrá existir alguna rivalidad, alguna fricción de territorios, entre tal y cual nación del Continente, pero con España no hay rivalidad, ni hay celos, ni hay rencores. España —y esto es lo que demuestran veinticinco años de hispanoamericanismo activo— es la mediadora y la unificadora irreemplazable.

UNOS HECHOS CONCRETOS PARA UN MUNDO REALISTA

Cabría espumar aún unas cuantas estadísticas para apuntalar con el convincente lenguaje de los números cuanto dejamos dicho. De una pequeñísima suma de estudiantes, que con cierta timidez se asomaban a la vida española en 1945, se ha pasado hoy a más de trece mil estudiantes hispanoamericanos en España. Lo que esto significa para la cultura de cada país, para la concepción cristiana de la vida, en el Continente, para el porvenir de la civilización hispánica está a la vista de todos. Pero las estadísticas, muchas veces, dicen menos de lo que se piensa. Hay en esto de la práctica de la Hispanidad un hecho que me parece mucho más aleccionador y convincente. Es el de la nacionalidad. Trátase de una de esas cuestiones vidriosas, superdelicadas, que a primera vista parecen insolubles. Sin embargo... Quienes hablaban aquí de Hispanidad, desde el Jefe del Estado y los Ministros de Relaciones Exteriores y los Directores del Instituto hasta los más modestos defensores de la idea, no hablaban por gusto, sino que *creían* sinceramente en lo que pregonaban.

El 24 de abril de 1958 fue reformado el artículo 22 del Código Civil español, para admitir la doble nacionalidad con hispanoamericanos y filipinos. Dice el nuevo artículo: «Perderán la nacionalidad española los que hubieren adquirido voluntariamente otra nacionalidad... No obstante lo dispuesto en el párrafo primero, la adquisición de la nacionalidad de un país iberoamericano o de Filipinas no producirá pérdida de la nacionalidad española cuando así se haya convenido expresamente con el Estado cuya nacionalidad se adquiere. Correlativamente, y siempre que mediare convenio que de modo expreso así lo establezca, la adquisición de la personalidad española no implicará la pérdida de la de origen cuando esta última fuera de un país iberoamericano o de Filipinas».

El 27 de mayo de ese año se firmaba el convenio de doble nacionalidad con Chile. Y en la actualidad existen convenios de esa índole con Paraguay, Perú, Nicaragua, Guatemala, Bolivia y Ecuador. Costa Rica ha aprobado la Reforma Constitucional que permitirá el tratado. En la Argentina hay un fuerte movimiento para conseguirlo, promovido por argentinos. Y en cuanto al Brasil, el *Jornal do Brasil* comentaba en octubre de 1961 la «acogida sorprendente» que estaba teniendo la firma de estos tratados entre España y distintos países de América, y ponía ese tipo de doble nacionalidad como ejemplo que debieran seguir los brasileños y los portugueses.

ALERTA EN DEFENSA DE HISPANOAMÉRICA

La doble nacionalidad es un fruto de la larga y tenaz siembra del concepto de la Hispanidad como un acto de vida, como una cotidiana manera de vivir. Y otro fruto de esa preocupación práctica se refleja en la conciencia que tienen los españoles representativos del papel que toca hoy desempeñar a los pueblos hispánicos en la lucha a que quieren arrastrarlos los bloques en pugna. El Jefe del Estado español —un hombre cuyo amor y respeto a Hispanoamérica han resplandecido hasta en las más adversas circunstancias— ha dicho en un mensaje de fin de año que deseaba «que los pueblos libres a quienes corresponde muy particularmente evitar que los países hispanoamericanos caigan bajo la férrea mano de Moscú, les ayuden a encontrar el camino de la paz y del progeso. No obstante, la solución ha de partir de los mismos pueblos hispanoamericanos; es necesaria la voluntad de salvarse... Sólo un propósito alienta en mis palabras —continuaba—: la grandeza y la libertad de Hispanoamérica. Con inquietud creciente venimos siguiendo los pasos de esos comandos del imperialismo esclavista por los caminos que hace más de cuatrocientos años trazara para la fe de Cristo una raza de misioneros y de héroes. Hace tiempo —concluía— dábamos el toque de alerta al advertir que en las actas del año 1935 del antiguo Kommintern ya se señalaba de una manera expresa como el campo más favorable para la expansión del comunismo a las jóvenes Repúblicas de origen hispano, con sus masas de emigrantes y sus procesos económicos sin estabilizar. *Lo que España sufrió* —resumía Francisco Franco— *no queremos verlo en los que son nuestros pueblos hermanos*».

Es el legado de la experiencia. Es la acción paternal que se produce con discreción, pero con absoluta firmeza, en favor de alguien a quien se ve expuesto a un peligro que ya los mayores han sufrido y han superado.

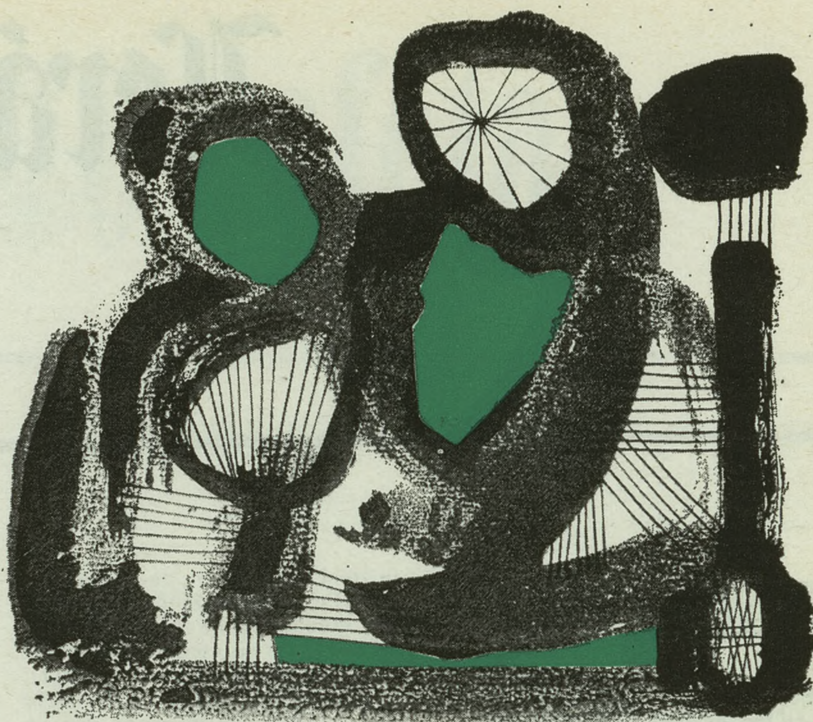
Compartir las lecciones del pasado, es evitarle al amigo, al hermano, el recorrido por un camino que de antemano se sabe azaroso. Como dijera en ocasión solemne un hombre de allá que ha comprendido a la perfección el contenido pragmático de la Hispanidad, «perseverar y vigorizar la cultura hispánica son ideales y labores de incalculable valor; *mas tengo para mí que en la presente situación crítica en que se halla el mundo libre, continuamente asediado y batido por el comunismo internacional, podrían y deberían ser más amplios los objetivos y mayores los esfuerzos del grupo nada despreciable de pueblos y naciones que se nutrieron con la sangre generosa de España*».

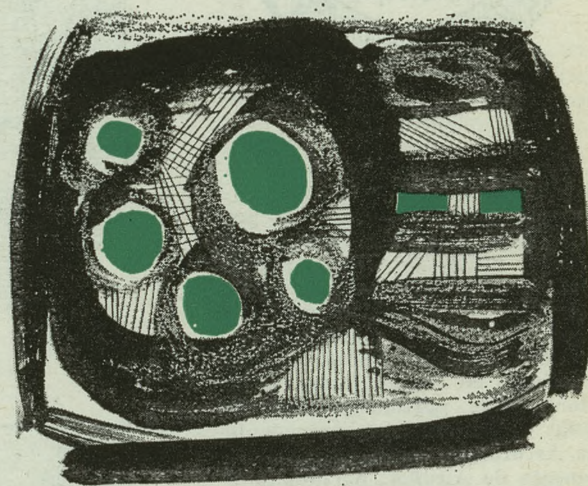
Estas palabras del Presidente de Filipinas, señor Macapagal, señalan a la etapa actual y a la inmediatamente futura que llenará el Instituto de Cultura Hispánica, motor de la Hispanidad, para dotar a los pueblos, hoy dispersos y expectantes, de instrumentos realistas de defensa y de supervivencia. La salvación de sí misma puede obtenerla la América Hispana integrándose en torno a aquello que es su propia médula y su razón de ser.

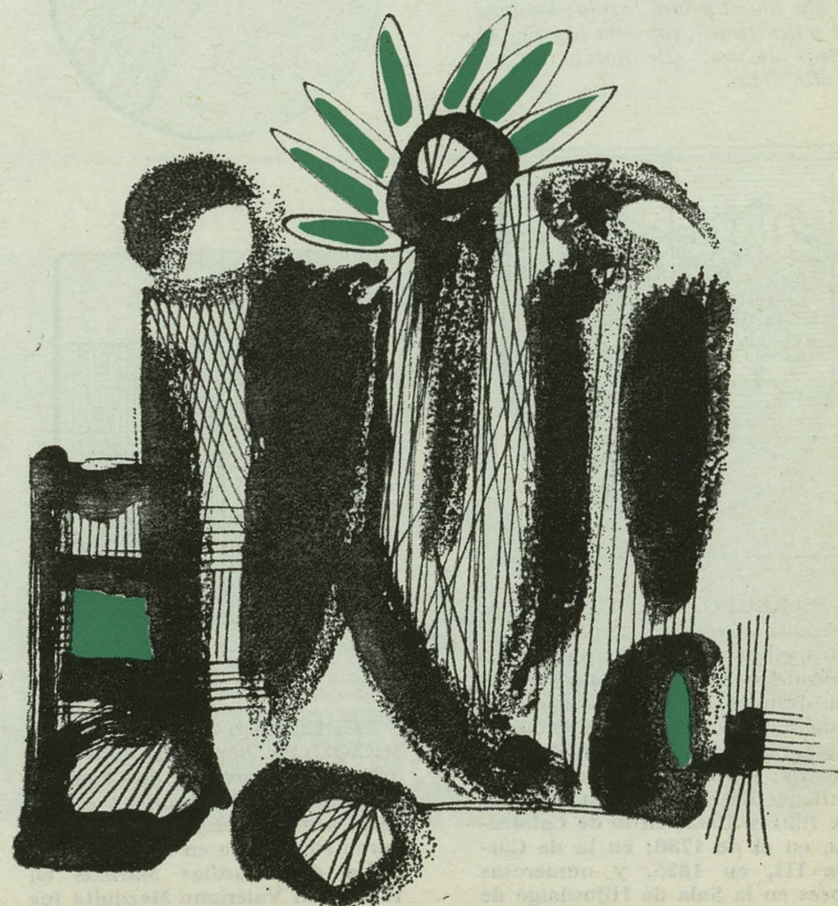
A los veinticinco años de hispanoamericanismo, superadas ya las imprescindibles etapas y fórmulas propedéuticas de adaptación y de ambientación, todo está dispuesto para transformar la vasta y honda siembra en una dinámica política de salvación en lo cultural, en lo económico, en lo político y en la salvaguarda de la libertad y de la paz.

G. B.

(*Dibujos de Santamaría*)







Heráldica

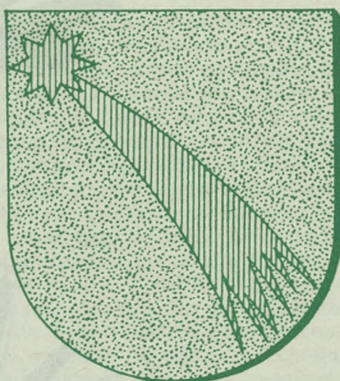


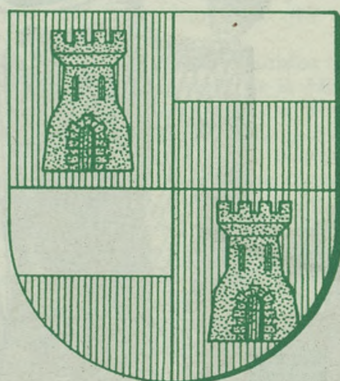
LORENZO GARCÍA. *México.*—Acaso sea el de García el apellido patronímico más extendido por España y América. Proviene del nombre propio de García, por lo que no tienen ninguna relación genealógica los distintos linajes que ostentan la misma denominación. Las dos casas más importantes que existieron en Burgos fueron la de Moncalvillo, partido judicial de Salas de los Infantes, procedente de Asturias, y la de San Quirce, concejo de Ausines, partido judicial de Burgos. Otras casas importantes en Castilla la Vieja radicaron en las provincias de Avila, Segovia, Valladolid y Soria. Los de Burgos traen por armas: *en campo de plata, una garza de sable (negro), picándose en el pecho, en el que muestra una herida; bordura de gules (rojo), con esta leyenda en letras de oro: «De García arriba, nadie diga».*



MARCELO VALDEZ CORTA. *Córdoba (República Argentina).*—El apellido Zurueta es una variación del de Zulueta, acaso realizada después de su radicación en América. Es oriundo de Oñate y Vergara, en la provincia de Guipúzcoa, y probó su nobleza en las Órdenes de Santiago, en los años de 1691 y 1692; en la de Calatrava, en el de 1786; en la de Carlos III, en 1825, y numerosas veces en la Sala de Hijosdalgo de la Real Chancillería de Valladolid. Don Pedro Juan Zulueta Ceballos fue creado Conde de Torre Díaz en 1847. Es su escudo *mantelado: primero y segundo de azur (azul), con un águila volante de oro cada uno, y el mantel de plata, con un lobo pasante de sable (negro).*







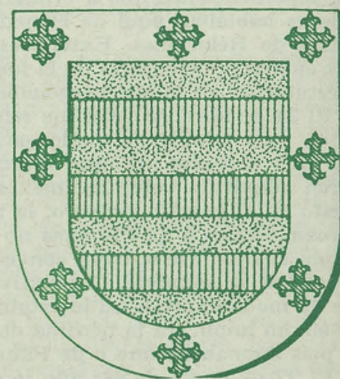
PEDRO DEL CASTILLO Y DE MEZQUITA. *Barcelona.*—Los Mezquita de la provincia de Castellón son oriundos de Cataluña y extendidos por Aragón y Valencia. Probaron su nobleza en la Real Compañía de Guardias Marinas en 1768. Don Valeriano Mezquita fue creado Barón de Pobadilla en 1728. Traen por armas: *escudo cuartelado: primero y cuarto, de oro, y segundo y tercero, de azur (azul), y, sobre los cuatro cuarteles, un grifo con los colores invertidos, es decir, del uno en el otro.*

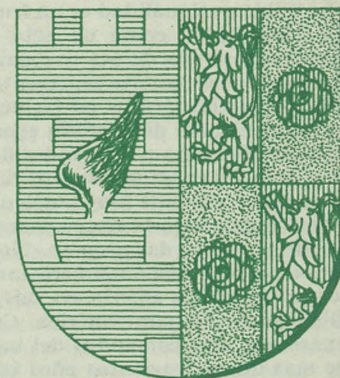


FRAY VICENTE REYNAL LLÁCER. *Bogotá (Colombia).*—Tanto los Reynal como los Llácer son de origen catalán. Usan los primeros: *en campo de oro, un cometa de gules (rojo),* y los Llácer, *escudo cuartelado: el primero y el cuarto, de gules (rojo), con una torre de oro, y el segundo y el tercero de plata, cortado de gules (rojo).*



FRANCISCO JARAMILLO. *La Victoria (Venezuela).*—Oriundo de Navarra es el apellido Jaramillo. Una rama pasó a Colombia y otra a Chile. Figuró, anteriormente, en la conquista de México. Trae por armas la casa española *escudo cuartelado: el primero de oro, con un castillo de gules (rojo); el segundo de gules, con cinco veneras de plata, puestas en aspa; el tercero de plata, con un árbol de sinople (verde), y el cuarto de oro, con un árbol de sinople (verde) con un lobo de sable (negro), pasante al pie del tronco.* El Emperador Don Carlos I, por privilegio dado en Valladolid el 20 de julio de 1538, concedió al caballero Jaramillo, conquistador de México, el siguiente escudo: *en campo de oro, un águila de sable (negra), sobre ondas de agua de azur (azul) y plata.*





ÁNGEL GÓMEZ VIDAL. *Viena (Austria).*—El apellido patronímico Gómez proviene del nombre propio de Gome. Sus solares más antiguos radicaron en las montañas de Burgos y Santander, y traen por armas: *en campo de oro, tres fajas de gules (rojo); bordura de plata, con ocho cruces floreteadas de sinople (verde).*

De Barcelona son oriundos los Vidal, que probaron su nobleza en las Órdenes de Santiago (1645, 1650 y 1671), Alcántara (1751), Montesa (1580, 1625, 1633 y 1672), San Juan de Jerusalén (1759 y 1784) y numerosas veces en la Real Chancillería de Valladolid. Una rama pasó a Puerto Rico. Usan *escudo partido: el primero de azur (azul), con un ala de plata y bordura de ocho piezas de este metal, y el segundo cuartelado: primero y cuarto, de gules (rojo), con un león rampante de plata, y segundo y tercero, de oro, con una rosa de gules (rojo).*

JULIO DE ATIENZA
Barón de Cobos de Belchite



estafeta

PAQUITA PAYAN: Maestra Nacional, Molinillo (Salamanca). Desea correspondencia con católicos mayores de 35 años, preferible universitarios.

MARÍA LUISA DORADO. Hosp. S. T. Apartado 45, Barcelona (Venezuela). Desea correspondencia con lectores cultos de 47 a 50 años.

TONY MORALES NAVARRO. Route du Wainage, n.° 151, Lambusart-Hainaut (Bélgica). Desea correspondencia con chicas de todo el mundo de 15 a 19 años, de habla española.

OLGA CUENLLAS. Aranguren, número 208 (norte), Guanabacoa-Habana (Cuba). Desea correspondencia en castellano con caballeros de 27 a 32 años, de cualquier nacionalidad.

ANGUSTIAS CONDE-SALAZAR. (Para Francisca), General Mola 79, Madrid-6 (España). Desea correspondencia con chicos mayores de 28 años que gusten de Literatura, Música o Medicina.

T. VIVET. San Rafael, 32. Mataró Barcelona (España). Solicita correspondencia con jóvenes ambos sexos, mayores de 20 años, de Israel, Norteamérica y Australia, en español.

ANDRÉS SABALL SOLER. Córdoba Letra A, 2.° Ceuta (España). Desea correspondencia con chicas nórdicas y de otros países en español o francés.

FRANCISCO R. GÓMEZ. Ayacucho, 1.246, San Luis (Rep. Argentina). Argentino de 31 años, desea relacionarse con estudiantes de ambos sexos de España por correspondencia.

MARÍA ELENA VALLEBONA C. Martín de Zamora, 6.340. Las Condes. Santiago de Chile (Chile). Desea correspondencia con chicos y chicas de España u otros países.

ILDA MARÍA CEAN. Av. 8 de octubre, 4.084. Montevideo. (Uruguay). Desea correspondencia con chicos españoles mayores de 26 años.

ALFREDO ARJONA. Cafferata, 2.812. B.° San Francisquito. Rosario de Santa Fe (Rep. Argentina). Desea relacionarse urgentemente con espiritistas, hipnotizadores, siquiatras, clarividentes y teósofos.

Lidia A. Vázquez Peris. Dr. J. F. Aranguren, 86. Buenos Aires (República Argentina).

Antonio Martins dos Ramos. Rua de Macán, 24, 2.° Dt.° Amador (Portugal).

Luis Monteiro. O. G. M. A. Alberca do Ribatejo (Portugal).

Indru B. Manghnani. C/o Bhojumal Sons, Sanyogitaganj. G. P. O. Box 111. Indore-1 (India).

Sra. Betty Jane Diskant. 4.519 W. Belmont Avenue. Chicago. Illinois (U.S.A.).

Carlos Castillo. San Blas, 1.221, Distrito 1. Buenos Aires (Suc. 16) (República Argentina).

Kito Rodríguez. La Rioja, 1.333. Piñeiro (Avellaneda); prov. Bs. Aires (República Argentina).

José Ferreira Campinho. Apartado postal 188. Porto (Portugal).

Elizabeth del Valle. España, 177. Santa Lucía. Departamento Canelones (Uruguay).

Ashok Damre. C/o O. M. Makode, Agarwal Niwas, Gorul-Peth, Nagpur (India).

Sri Amit Kumar Das. Station Road, P.O. Chan Dernagore, Dist. Hooghly, West Bengal (India).

Stephen P. Hallett. 7, Sharphill Road. Edwalton. Nottingham (England).

Jean Marc Alland, Bernard Angebault, Patrick Galland y Michel Sauve. Institution Libre. Combrée (M. & L.) Francia.

BUZÓN FILATÉLICO

JORGE M. GRINBERG. Salta, 521. Bahía Blanca. Prov. Buenos Aires (República Argentina). Desea intercambio de sellos y postales con todo el mundo.

MISS KELLY SOLÍS NAVARRO. 4.340 W. Normal Av. Los Angeles 29. California (U.S.A.). Desea recibir sellos de España a cambio de U.S.A. y otros países.

CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ Meléndez Valdés, 43. Madrid-15 (España). Desea sellos de Venezuela anteriores a 1955, facilitando de España o europeos.

MIGUEL MONTERO R. Laín Calvo, 23, 2° izquierda. Madrid-11 (España). Desea intercambio de sellos y postales con todo el mundo. No envío primero. Contesto siempre.

HORACIO J. MOGILEVSKY. Chiclana, 588. Dto. número 3. Bahía Blanca. Prov. de Buenos Aires (República Argentina). Desea intercambio de sellos mundiales de fauna y flora.

ROBERTO ANTONIO GUARNA. Francisco Bilbao, 7.195. Capital Federal (República Argentina). Desea intercambio de sellos de correos de todo el mundo. Correspondencia certificada.

ANGEL PRIETO LOZANO. Hermosilla, 114. Madrid-9 (España). Desea sellos usados de Venezuela e Hispanoamérica, facilitando a cambio de España.

JUAN PÉREZ. Apartado 74. Habana-1. La Habana (Cuba). Desea intercambio de sellos de correos con todo el mundo y correspondencia a tal fin.

VICENTE MAS. 61 Cours Julien. Marseille (Francia). Desea canje de sellos de Panamá y Nicaragua y corresponsales de estos países. Ofrezco sellos de Francia desde 1940, base Yvert, impecables.

OPORTUNIDADES COMERCIALES

JOSÉ L. CALVIÑO ALONSO. Camino de la Laguna, 45, 4.° B. Carabanchel Bajo. Madrid-19 (España). Vendo completa colección Crisolín Aguilar. Escriban.

A. D. I. C. I. Casilla de Correos número 5649. Correo Central. Buenos Aires (República Argentina). Asociación Argentina de Intercambios y Correspondencia Internacional. Escriban.